



I. SELGAS

LA
MANZANA
DE ORO

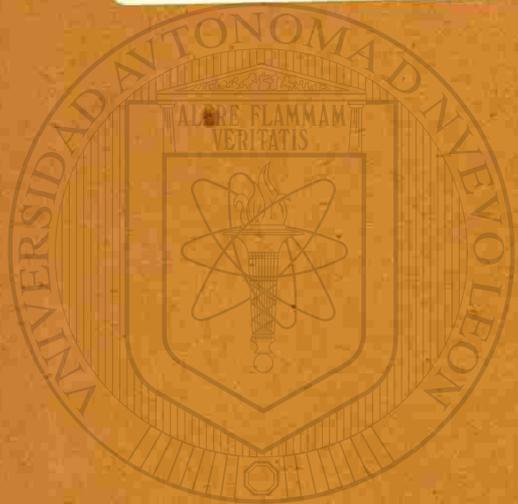
3

P06565

S4

M3

V.3



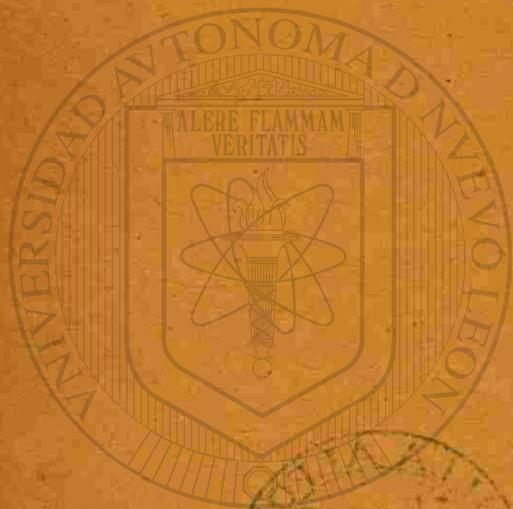
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



RODRIGO GONZALEZ

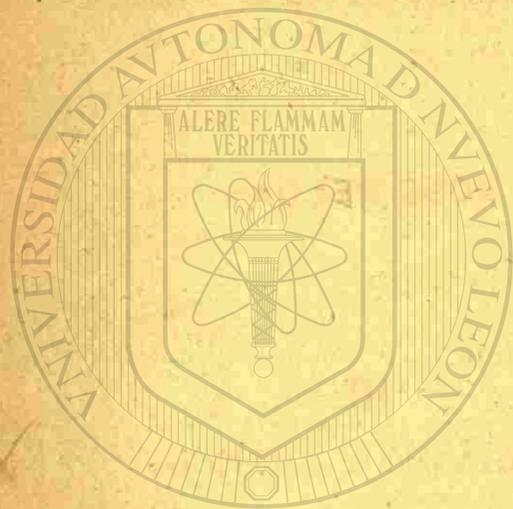
LA MANZANA DE ORO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. _____
Núm. Autor SN 465m
Núm. Adq. 33841
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó 29



LA
MANZANA DE ORO,

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ SELGAS.

III.

VENGANZA Y CASTIGO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID,
LIBRERÍA DE D. LEOCADIO LÓPEZ,
calle del Cármen, 13.

PARÍS,
LIBRERÍA DE D. FRANCISCO BRACHET,
8, rue de l'Abbaye.

1872.

100415

33841

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

863
S.



PQ6565

.54

M3

v.3

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID: Imprenta de M. RIVADENEYRA. Duque de Osuna, 3.

CAPÍTULO PRIMERO.

Dos problemas insolubles.

Dos problemas al parecer insolubles habían aparecido de la noche á la mañana, empujando el amor propio de los curiosos que se devanaban los sesos buscando la *X* misteriosa que obstinadamente se escondía, huyendo de las más activas é ingeniosas investigaciones.

No se trataba de sucesos extraordinarios que estuvieran á punto de conmover la tierra, ni de penetrar secretos, cuya averiguación corrigiera ó reformara las leyes de la naturaleza ó abriera nuevos horizontes á los destinos del género humano.

Como pasamos la vida desde Adán hasta la fecha cayendo y levantando, naciendo y

muriendo, sin que la ciencia haya encontrado la fórmula comun entre el cuadrado y el círculo, sin que haya podido adquirir el timon imposible con que dar á los globos direccion en el aire, sin que haya podido apropiarse la perpétua inquietud del movimiento continuo que palpita debajo de nuestros piés y circula incesante sobre nuestras cabezas; del mismo modo habriamos seguido viviendo indudablemente si las dos incógnitas que la curiosidad buscaba en el momento en que abro la primera página del presente capítulo, hubieran permanecido sepultadas en los abismos de sus respectivos problemas.

Pero, ¿qué sería de las gentes desocupadas que han hecho de la *murmuración el alimento de las almas sensibles*, si no tuvieran en las intimidades de la vida ajena, motivos continuos en que emplear la actividad ociosa que las anima?

¿Qué sería de las tertulias, de los cafés, de los casinos, de los pasillos de los teatros, de los pasillos de los congresos, de los salones y hasta de las mismas antesalas, si las concurrencias habituales á unos y otros sitios no

tuvieran por lo ménos una novedad diaria á que aplicar sus raros conocimientos acerca de las costumbres contemporáneas?

Es cosa por todos sabida que ya no hay rincón de taberna, ni mesa de café, ni chimenea de casino, donde cuatro sabios desconocidos, vagos por regla general, no arreglen, una vez al día por lo ménos, los enmarañados asuntos de Europa, no conquisten á África, no exploten á Asia y no envidien á América; sin que el mundo ingrato, siguiendo por pura terquedad el curso de los sucesos, deje ni un instante de ir de mal en peor, lo mismo en Europa que en Asia, en África que en América; pero la verdadera *comidilla* de estos centros de comunicacion intelectual, la verdadera orden del día de estas asambleas constantemente deliberantes, es lo que en el lenguaje técnico se llama *chismografía*, que constituye la parte más amena, más variada, más entretenida, más edificante de lo que todos conocemos con el nombre de *crónica escandalosa*.

La vida privada es siempre el asunto, el hogar doméstico la escena, alguna desdicha

ó alguna miseria sorprendida ó inventada, el tema discutible y discutido.

A esta especie de instruccion pública, á este órden de conocimientos pertenecian los dos problemas con que la curiosidad insaciable se encontró de la noche á la mañana.

Con el mismo afan con que un sabio buscara la sustancia desconocida de un fenómeno nuevo, la causa oculta de un efecto inesperado, con la misma sed de sabiduría trataban los curiosos de indagar el doble motivo de dos hechos inexplicables que súbitamente habian corrido de boca en boca por las altas regiones de la buena sociedad.

Los más hábiles matemáticos en esto de ajustarle la cuenta al prójimo, los más consumados en el arte de extraer la raíz de todo secreto, los más fuertes en elevar al cubo de la importancia los actos más ordinarios de la vida, se veian y se deseaban para explicarse de algun modo el misterio del caso, acerca del que nadie absolutamente sabía nada de buena tinta, porque en esta ocasion ninguno habia podido beber en buena fuente.

La X, pues, continuaba sumergida en el

pozo del problema, la incógnita se resistia obstinadamente á ser despejada.

Ya se ve, sobre la oscuridad de la causa brillaba con más viveza la luz del efecto, y los curiosos, semejantes á los murciélagos, daban incesantemente vueltas al rededor de la luz, quemándose las cejas sin fruto alguno.

Ademas del interes dramático que lleva en sí todo secreto miéntras no se averigua, los hechos de que hablo habian adquirido la celebridad de un acertijo indescifrable, y como nadie los explicaba satisfactoriamente, cada uno apeló al recurso de explicárselos á su manera.

No pudiéndose explicar de modo alguno satisfactorio, se explicaba de cualquier modo, ó, lo que es lo mismo, no habiendo modo de explicarlos, se explicaban de todos modos.

De la ignorancia de unos y otros nacieron diversos pareceres, contrarias opiniones, opuestos dictámenes y continuas empeñadas disputas, porque nadie se resignaba á ignorar lo que ninguno sabía.

Y el caso es que una vez aplicados tanto

interés, tanto talento y tanta curiosidad en averiguación de las causas de tan misteriosos acontecimientos, ni los más condescendientes se avenían ya á que tanto estrépito viniera á reducirse al *parto de los montes*.

Cuanto más se escondían las causas que se buscaban, más grandes debían ser y más extraordinarias; porque si bien es verdad que es más difícil ver y encontrar la punta de una aguja que la rueda de un molino, vaya usted á hacer entender esta vulgaridad á los que no viendo más allá de sus narices, se empeñan en que al otro lado de la oscuridad que los rodea hay este mundo y el otro.

Mas ya es tiempo de que sepamos lo que pasa, porque el lector sentirá la misma curiosidad que los demás, y justo es que se entere del motivo de tantas averiguaciones, siendo lo más gracioso del caso que el lector es el único que está en el secreto.

Ocurria lo siguiente:

Primero: que la Marquesa, joya de los salones y alma de la buena sociedad, se había encerrado á piedra y lodo, sin dejarse ver en ninguna parte, con la rara circunstancia

de que no saliendo para nada de su casa, nunca se la encontraba en ella. Las visitas no pasaban del recibimiento, donde los criados recogían diariamente muchas tarjetas; el mismo Matusalem había intentado sin éxito atropellar, digámoslo así, la consigna que los criados, fieles como suizos, mantenían con rigurosa exactitud y corteses maneras.

Segundo: que el Duque, en quien tenían puestos los ojos más de cuatro hermosas criaturas, empeñadas en ser duquesas, á pesar de hallarse ajustado su matrimonio con la rica criolla, había desaparecido de Madrid, ignorándose su paradero, con la grave circunstancia de no haberse despedido de bicho vivo.

Hé ahí los dos problemas insolubles.

En los círculos de la alta sociedad no se hablaba de otra cosa, y para que el interés fuera mayor y la curiosidad más viva, ambos sucesos coincidían en la fecha; los dos hermanos anochecieron y no amanecieron en el transcurso de una misma noche.

Se sabía que el Duque había comido aquel día con su secretario, y que Matusalem á

la misma hora poco más ó ménos comia con la Marquesa; y ya no se sabía más. Las pesquisas se detenian, sin poder pasar de estos dos datos, seguros sin duda alguna, pero que arrojaban muy poca luz sobre los dos misteriosos acontecimientos, tema obligado de las conversaciones de aquellos días.

El secretario del Duque podía saber algo, y se habia pensado en él, como medio de ponerse en la pista del negocio; pero daba la casualidad que era un jóven oscuro, desconocido, que ademas no se le veia por ninguna parte, y hubo que renunciar á este recurso.

Matusalem ya era otra cosa; su intimidad con la Marquesa lo colocaba en situacion de saberlo todo, y sus extensas relaciones lo ponian al alcance de continúas preguntas; mas no habia manera de sacarle una palabra, pues se sonreia benévolutamente, y encogiéndose de hombros, contestaba:

— No sé; me coge de nuevas. No adivino..... Es posible.....

Y jamas salió de estas respuestas evasivas,

que al principio parecian estudiadas y que al fin se tomaron al pié de la letra.

Picaron su amor propio, admirándose de que el amigo íntimo de la Marquesa no estuviera al corriente de los secretos motivos de una reclusion y de una fuga, que tan vivamente estaban llamando la atencion; pero Alejandro en vez de desatar el nudo de esta observacion lo cortaba, diciendo:

— Señores: ó lo sé ó no lo sé. Si lo sé y no lo digo, es claro que debo callarlo; si no lo sé, me es absolutamente imposible decirlo.

No parecia natural que un hombre tan fácil, tan complaciente como Matusalem, poseyera un secreto de tamaña importancia y permaneciera mudo ante la viva curiosidad de tanta gente; y aceptando el dilema, decian:

«¿Lo sabe?..... pues cuando se obstina en callarlo debe ser un secreto sumamente grave. ¿Lo ignora?..... pues no hay que decir; asunto tan cuidadosamente reservado merece saberse.»

Al fin se convencieron de que Matusalem estaba completamente á oscuras, cosa que en honor de la verdad le hizo perder gran

parte de su importancia, pues cayó de golpe todo el prestigio que le daba su estrecha intimidad con la Marquesa.

A falta de datos, se planteó la cuestión en el terreno de las conjeturas, y cada uno buscó dentro de sí mismo lo que no había podido encontrar en los otros.

Unos decían: la Marquesa ha sido víctima de una violenta erisipela, que ha descompuesto su semblante, y esconde este contratiempo de su hermosura en el último rincón de su casa.

No había médico alguno que diera testimonio de la exactitud de semejante suposición; mas por eso no dejó de correr la especie acreditada, aunque con algunas variantes, pues no todos convenían en la erisipela, inclinándose á creer que habían sido viruelas negras, cosa que parecía excesiva á los más compasivos, que sostenían que bastaba que hubieran sido unas viruelas locas.

Alguno observó que del mismo modo habría podido ser un ataque de perlesia, y la observación pareció tan aceptable, que se convino en ello.

Mas estas explicaciones, que las mujeres acogieron con verdadera lástima, llorando, como quien dice, la ruina de tanta hermosura, no calmaron la curiosidad más que por veinte y cuatro horas, abriéndose paso un nuevo rumor ménos lamentable y mucho más artístico.

Se decía que la Marquesa, aficionada á las artes, y especialmente á la pintura, se había recluso para dedicarse exclusivamente de día y de noche á la ejecución de un cuadro, que se presentaría anónimo en la Exposición próxima, que sería el asombro de los inteligentes.

Acerca de lo último hubo gran diversidad de pareceres, pero la especie se admitió en principio, discutiéndose despues largamente las condiciones artísticas de la Marquesa, que resultó algo incorrecta en el dibujo y no muy segura en el colorido.

Este capricho pareció muy propio de su carácter, y se dió por sentado que la Marquesa estaba pintando secretamente un cuadro para la Exposición.

Dado el cuadro, era preciso convenir en

el género, y por el mayor número de pareceres se acordó que sería un cuadro de costumbres; recordóse la feliz disposición de la Marquesa para los retratos, y no quedó duda de que aparecerían en el lienzo personajes conocidos, y cada cual, en el fondo de su alma, deseó la preferencia de ser uno de tantos.

Mas se hizo notar la propension epigramática de la bella viuda, su tendencia á reirse de todo, y los más temieron verse en espectáculo de una manera desfavorable, porque la Marquesa era muy capaz de poner en berlina al género humano por pura genialidad, por mero pasatiempo.

Acerca del asunto se divagaba mucho, y hubo quien apostó muy formalmente que el lienzo anónimo representaría *un baile á beneficio de los niños de la Inclusa*, y que el pincel se estaba mojando en sal y pimienta.

Pero este cuadro, célebre ya ántes de ser conocido, y probablemente ántes de ser pintado, sugirió, por lo visto, una nueva idea, ó coincidió con ella, pues comenzó á circular cierto run-run de oído en oído, que hacia

arquear las cejas del que escuchaba, como quien se admira, no de lo raro del caso, sino más bien de no haber caído ántes en la cuenta.

Es verdad que las conjeturas se perdían buscando un cómplice absolutamente indispensable, cómplice *sine qua non*, pero se pasaba por encima de esta dificultad y se daba la cosa por hecha.

Delante de las niñas se hablaba del particular con tan misterioso recato, que las pobres criaturas, muertas de curiosidad, no vivían hasta averiguarlo con puntos y comas.

En cierta ocasion, estrechado el agente más activo en toda esta serie de averiguaciones por un corro de señoritas que lo arinconaban, preguntándole, más por apurarle que por saberlo, pues parece probable que no lo ignorasen, el hombre, no pudiendo evadirse de tanta pregunta, se creyó en la necesidad de apelar al ingenio para salir del paso, y dijo:

—Señoritas, un capricho lo tiene cualquiera mujer, y la Marquesa ha tenido ése.

—¿Cuál? preguntaron todas con la risa en los labios.

—Claro está, contestó él..... el capricho de eclipsarse.

—Pero ¿por qué?..... ¿por qué?..... insistieron ellas.

—Hijas mías, replicó..... los caprichos no tienen *por qué*.

—Bueno, exclamaron; si los caprichos no tienen *por qué*, á V. no le ha de faltar un *por qué* para este capricho.

—Vamos, dijo, me comprometo á explicarles á ustedes científicamente el eclipse de la Marquesa si me dan palabra de no entenderlo.

—Palabra, palabra, gritaron todas.

—Pues hé aquí el caso: Vénus se ha oscurecido por la interposicion de Júpiter.

—Eso es muy oscuro, replicaron ellas.

—Seré más claro si me dan ustedes palabra de no oirme.

—Palabra, palabra, volvieron á repetir ellas, tapándose los oídos y aproximando las cabezas.

—Perfectamente, exclamó él. Ahora,

atencion: la Marquesa ha debido incurrir en alguna pequeña falta, y se ve en la necesidad de ocultar algun pequeño exceso.

Deshízose el corro, porque todas las que lo formaban huyeron bufando de risa, y la fórmula, corriendo de boca en boca, hizo fortuna.

Encontrada esta explicacion ya no se buscó otra, y se desecharon por absurdas las suposiciones de las viruelas negras y de las viruelas locas, de la erisipela y de la perle-sía, y se arrinconó la suposicion del cuadro por ser de todo punto inverosímil. Lo más natural era lo último. Las mujeres lo comprendian perfectamente, y á los hombres les parecia la cosa más corriente del mundo; y cada uno de por sí, como el boticario del cuento, poniéndose el índice en la mejilla, exclamaba: «Como si lo viera»; no obstante, todos se hacian cruces.

Por lo que hace á la repentina ausencia del Duque no eran ménos variados los comentarios.

Unos lo hacian en Lóndres, otros en París; quién aseguraba que no habia salido de

España, quién creía que, como la Marquesa, se ocultaba en Madrid.

Corría la voz de que estaba arruinado y que huyendo de una vergonzosa bancarota había ido á refugiarse á los Estados-Unidos, último punto de reunion de todos los que se pierden en el mundo.

Partiendo de aquí, se le llevaba á más remotas regiones, pues dándolo por arruinado, era probable que no se hubiera avenido á morir de hambre en ningún lugar de la tierra, y se presumía con horror y como cosa también corriente, que habría puesto término á su vida, emprendiendo la caminata del otro mundo.

Peró ¿y su cadáver?

Semejante pregunta no era una objecion sería, porque, segun uno de los más empeñados en sostener la evidencia de la catástrofe, queriendo ocultar su muerte para librar-se del escándalo del suicidio, habría escondido su cadáver ántes de matarse, pues lo creía muy capaz de haberse enterrado vivo.

Lo que realmente hacia dudar acerca de

fin tan desastroso, era que la casa del Duque continuaba con el mismo boato y con la misma opulencia, sin que apareciera nadie con crédito alguno contra la caja del Duque. Si no tenía deudas, ¿cómo estaba arruinado? Si no estaba arruinado, ¿á qué había de haber atentado á su existencia?

¿Podría haber sido víctima de algun crimen hasta entónces ignorado?

Era posible, pero en tal caso, ¿cómo se explicaba la tranquilidad que se veía en su casa y el inalterable aplomo de sus criados, que decían sencillamente: «El señor Duque ha salido..... El señor Duque no está en casa.... el señor Duque no ha vuelto.....»; y ya iban más de quince dias de ausencia y de misterio?

Verdaderamente era cosa de perder la cabeza y llegar hasta las más espantosas suposiciones..... porque cuando no se ve nada..... ¿qué cosas se ven!

La política se hizo cargo de tan misterioso acontecimiento, y la primera suposicion fué que el Duque había salido á desempeñar una mision secreta, de que le había encargado el

Gobierno cerca..... no se sabía á punto fijo si del gabinete de Lóndres, de París, de Viena ó San Petersburgo, razon por la que viajaba de incógnito sin que nadie pudiera dar cuenta de su paradero.

Otros, conviniendo en el fondo, atribuian el viaje á una negociacion financiera, á una nueva forma del empréstito fracasado.

No era el Duque ni hombre político ni hombre de negocios; pero la falta de una y otra aptitud, que pudiera servir de razon para no dar crédito á la especie, servia precisamente para confirmarla.

Tratándose de una mision reservada, no habia el Gobierno de ser tan incauto que eligiera á un hombre conocido por sus talentos políticos ó por su trastienda financiera, porque hubiera sido darle un cuarto al pregonero y hacer del asunto el secreto á voces.

Por otra parte, los amigos del Gobierno volvian la especie del reves, y aseguraban que la ausencia misteriosa del Duque era un manejo de los conspiradores, que habian conseguido catequizarlo, haciéndolo instrumen-

to de sus planes, sirviéndose de él, como persona ménos sospechosa á los ojos de las autoridades, cabalmente porque vivia apartado de las agitaciones de la vida política.

Y la razon segura de que ésta era la verdad, la encontraban firmemente apoyada en el empeño con que las oposiciones esparcian el rumor de que el Duque habia desaparecido de Madrid seducido por el Gobierno.

En idéntica razon se fundaban los otros para sostener lo contrario; y de tal modo se disputaba en los salones, en los cafés y en los periódicos, que probablemente habria llegado el fin del mundo sin que ni éstos ni aquéllos hubieran podido entenderse.

De pronto corrió una voz que causó buen efecto por lo inesperada, por lo atrevida y porque sacaba á la arena de la disputa á una nueva persona de la que algunos habian recibido desaires ó desdenes, que no siempre caen en saco roto.

La especie circulaba concebida en estos términos:

«El Duque huye de la criolla.»

Despues del primer efecto la noticia se

desvaneció como el círculo trazado en el agua por la piedra que cae rompiendo la superficie.

Sobre ella cayó la maza de Fraga de un argumento incontestable.

Hé aquí el argumento :

¿Qué hombre en pleno siglo diez y nueve es tan cobarde que huye de trescientos mil duros de renta inofensivos?

La contestacion que se daba á esta pregunta era categórica.

Los más reflexivos, los más cautos, los menos prontos en ponerse al cabo de las cosas contestaban al golpe :

— Ninguno.

La especie, lo mismo que la piedra que al caer produce el círculo en el agua, se sumergió para no aparecer más en la superficie.

Mas apenas sumergida, surgió un nuevo rumor, al cual prestaron todos atento oído.

Se trataba de un raptó..... el Duque había robado á una mujer : semejante á París, había robado á Elena ; pero la credulidad,

un tanto escamada, oponia dos sérias dificultades.

Primera. ¿Cómo se roba á una mujer si ella misma no es cómplice del robo? Mas si no era probable, era posible.

Segunda. ¿Quién podria ser la hermosa Elena robada por París?

Despues del robo de las Sabinas ningun latrocinio de esta especie habia sido objeto de tanto comentario.

Se repasaron una á una todas las bellezas que á la sazón estaban en juego, y ninguna se habia perdido de vista, todas se hallaban presentes : tentaciones tendria alguna de desaparecer para hacerse por más ó menos tiempo heroína de tan interesante episodio ; mas es el caso que no se encontró ningun marido abandonado ni ninguna madre sorprendida.

Se detenia el rumor ante una consideracion tan sorprendente como natural, á saber : que la Elena robada no parecia ; ninguna de las Elenas dispuestas á dejarse robar brillaban á la sazón, como el romano, por su ausencia.

Pero ya se ve, la alhaja robada no había sido extraída del estuche del hogar doméstico, pertenecía al dominio público, y había sido apartada de la circulación como un billete que se retira, como una moneda que se esconde, como una calle que se cierra.

La Elena robada era una bailarina; la agilidad de sus piernas no la había servido para huir del peligro.

Se contó y se recontó el cuerpo de baile que en aquellas noches hacía las delicias del público en el Teatro Real y no faltaba ninguna: todas ellas, ofendidas quizás por semejante sospecha, aparecían en la escena poniendo el pie en el cielo para dar completo testimonio de la identidad de sus personas.

Ellas, valiéndose de las más atrevidas piruetas, con la sonrisa de una honrada satisfacción, decían bien claramente:

—Ah, señores, nosotras no tenemos nada oculto.

Y el público, justamente tratado á punta-piés, las creía á puño cerrado y abría la mano, aplaudiéndolas loco de entusiasmo.

La suposición quedó desvanecida, y las pobres bailarinas se vieron por esta vez libres de la envidia de las demás mujeres.

Por último, se hizo contra esta especie un argumento que obtuvo los honores de irreplicable.

El robo de una bailarina es un hecho que no tiene precedente en la historia. Sólo hay un caso, el caso único y general del baile que se titula *Boleras robadas*; fuera de ése no hay otro.

Así habría trascurrido próximamente un mes, sin que el tiempo, que todo lo descubre, diera señales de rasgar el velo de tan obstinado secreto, cuando penetró en las casas más distinguidas, llegando á manos de las familias más ilustres, un billete de invitación, en que la Marquesa convidaba á sus numerosos amigos á una fiesta que se celebraría en la noche del día siguiente.

Esta invitación imprevista cayó como un rayo, desconcertando á los curiosos y dejando con la boca abierta á los murmuradores, porque, según la cuenta que ellos habían echado, la Marquesa no debía estar aún en

disposicion de abrir su casa; pero todos se dispusieron á asistir, por tres razones.

Primera: porque era una fiesta.

Segunda: porque era una fiesta que daba la Marquesa.

Tercera: porque en la fiesta sería fácil encontrar la explicacion del enigma.

Los dos problemas quedaron en pié, tenaces é insolubles, como la cuadratura del círculo, el movimiento continuo y la direccion de los globos, esperando la solucion satisfactoria.

CAPÍTULO II.

La luna de miel.

Tiene el año su primavera, el dia su aurora, la vida su infancia; del mismo modo el amor tiene su primavera, su aurora y su infancia, y esa infancia, y esa aurora, y esa primavera es lo que en rigor debe llamarse la luna de miel.

Esta luna de miel es fugitiva ó eterna, ó dura poco ó dura siempre; y lo primero es lo usual, lo admitido, lo que en todas partes pasa como moneda corriente; lo segundo es muy raro, sumamente raro; á lo ménos se ve poco.

La luna de miel es la realizacion de cuantas ilusiones ha forjado el alma, movida por el afan de los sentimientos y por la inquietud de los deseos; es soñar sin dormir, es

disposicion de abrir su casa; pero todos se dispusieron á asistir, por tres razones.

Primera: porque era una fiesta.

Segunda: porque era una fiesta que daba la Marquesa.

Tercera: porque en la fiesta sería fácil encontrar la explicacion del enigma.

Los dos problemas quedaron en pié, tenaces é insolubles, como la cuadratura del círculo, el movimiento continuo y la direccion de los globos, esperando la solucion satisfactoria.

CAPÍTULO II.

La luna de miel.

Tiene el año su primavera, el dia su aurora, la vida su infancia; del mismo modo el amor tiene su primavera, su aurora y su infancia, y esa infancia, y esa aurora, y esa primavera es lo que en rigor debe llamarse la luna de miel.

Esta luna de miel es fugitiva ó eterna, ó dura poco ó dura siempre; y lo primero es lo usual, lo admitido, lo que en todas partes pasa como moneda corriente; lo segundo es muy raro, sumamente raro; á lo ménos se ve poco.

La luna de miel es la realizacion de cuantas ilusiones ha forjado el alma, movida por el afan de los sentimientos y por la inquietud de los deseos; es soñar sin dormir, es

dormir despierto, es vivir en ese paraíso que solemos llevar en el corazón, desde el cual se ve el mundo exterior, el mundo que nos rodea como una perspectiva lejana, como desde la claridad del cielo deben verse las sombras de la tierra.

La primera dulzura que ofrece la luna de miel es la persuasión de que tanta felicidad no va á tener fin.....

Miguel había trasladado por completo su domicilio á la casa del Duque, y debía ser tal el cúmulo de negocios que lo asediaba, que no salía de ella, donde pasaba las horas muertas encerrado en su despacho; en aquel despacho que ya conocemos, contiguo á la biblioteca.

Allí nadie le molestaba, sirviéndole la oscuridad de su nombre de salvaguardia contra las impertinencias que acarrea la celebridad; no tenía amigos ni admiradores, nadie se disputaba su amistad ni su trato, ni sus visitas ni sus saludos, y aunque no fuera esto motivo de satisfacción, tenía á lo menos la ventaja de que lo dejaban vivir tranquilo.

No obstante, había desaparecido del palacio en *comandita*, donde lo vimos jugar por primera vez con tan mala fortuna, que perdió, como ya sabemos, cuatro mil duros que entonces no tenía, y que merced al vivo interés que inspiró su suerte á A. Gil y Agudo, pudo, como un caballero, pagar á la noche siguiente, con alguna admiración de los circunstantes y no poca honra suya.

Pero ya se ve, había realizado en las noches sucesivas grandes ganancias, llevándose el dinero de todos, faltándole manos para recoger tantos billetes y tantas monedas como la loca fortuna le ponía delante al volver de cada carta. Ganando jugó con la misma desesperación con que la noche ántes había jugado perdiendo. Tan pálido estaba delante de la suerte como lo había estado delante de la desgracia, y todos vieron en él un jugador de primera fuerza, capaz de perder los ojos, y muy capaz de arruinar á medio mundo, siendo desde aquel momento un punto importante al rededor del tapete; así es que su prolongada ausencia causó mal efecto.

Había ganado y no volvía..... esto no era

lo admitido, porque hay entre los jugadores cierta obligacion moral, cierto convenio tácito, que impone al que gana el deber de jugar lo que ha ganado.

No era, pues, delicada la conducta de Miguel á los ojos de los jugadores, sobre todo de aquellos á quienes habia limpiado los bolsillos, porque decian, y con razon, que les debía el desquite; ellos se consideraban, y esto no tiene nada de particular, con algun derecho todavía al dinero que Miguel les habia ganado, porque si indudablemente habia podido llevárselo, era en último resultado con cierta obligacion de perderlo.

Enhorabuena que aquel que todo lo pierde no vuelva, cosa difícil; mas al fin es cuenta suya; pero el que gana parece que está obligado á dar una satisfaccion de su fortuna—como si la fortuna fuera un ultraje, ó más bien, como si hubiera en las ganancias del juego algo parecido al robo.—Desde luego se puede decir que es tomar lo ajeno contra la manifiesta voluntad de su dueño; es verdad que esto es exponiendo lo propio, pero tambien los ladrones en cuadri-

lla exponen su vida en las encrucijadas de los caminos; y la vida, aunque sea de un facineroso, vale mucho dinero.

Ello es que Miguel, despues de pagar, si no honrada, á lo ménos honrosamente, su deuda, y despues de desquitarse de su mala fortuna con una fortuna inaudita, debió volver á dar cuenta de su persona, esto es, de sus ganancias.

Mas semejantes quejas no pasaron los límites de la sala de juego; se murmuró á prorata; cada uno puso su parte de descontento proporcional á la suma que habia perdido, y la cosa no pasó adelante, dejándolo tranquilamente entregado á las urgentes ocupaciones que le ocasionaba su secretaría.

Muchos al principio creyeron que *habia caido un primo*, y luego les dió el naípe por pensar que se habian encontrado con un *pillito*, y pensaban así injustamente, ignorando que acaso por primera vez el amor podía más que el juego, pues sabian por experiencia que no hay mujer en el mundo que en el corazon de ciertos hombres equivalga, por ejemplo, á la sota de bastos. Los más filóso-

fos no llegaban tan lójos, quedándose en esta sencilla consideracion.

Ellos decian : perderse á la vuelta de una carta ó á la vuelta de una esquina, ¿qué más da?

Es preciso tener en cuenta que la palabra *pillo* tiene, si no dos sentidos, por lo ménos dos aplicaciones : una con la cual se injuria, otra con la cual se alaba; por una parte, *pillo* es el hombre degradado capaz de cualquier infamia, y por otra, *pillo* es el hombre listo que sabe dónde le aprieta el zapato, que no se mama el dedo y que no se deja engañar fácilmente.

En esta acepcion se aplicó á Miguel la palabra *pillo* en la sala de juego; denominacion envidiable para alcanzar la consideracion de las gentes, y en el presente caso injusta, porque nuestro pobre héroe ni aún en tal sentido la merecia.

Pero es lo cierto que el amor pudo en él más que el juego, y la Marquesa más que cualquiera de las cuatro sotas de la baraja. No sé si semejante triunfo halagaria su vanidad de mujer, porque estas preciosas cria-

turas que se llaman mujeres suelen tener muy tristes vanidades.

De todas maneras era dejar un juego por otro, y solo Dios sabe en cuál hubiera perdido ménos.

El amor, digo, lo tenía sujeto en casa del Duque, sin pensar en nada, sin acordarse siquiera de Magdalena, pues si alguna vez acudia este recuerdo á su memoria como acude el pájaro á su nido, lo espantaba diciendo :

— Pobre muchacha; ya no se acordará ni del santo de mi nombre.

Sin duda alguna buscaba en el presunto olvido de Magdalena una disculpa al suyo. Mas, ¿por qué este hombre, tan pronto para creer en la inconstancia de Magdalena, creia firmemente en el amor de la Marquesa? Porque tal es el corazon humano.

El amor, vuelvo á decir, lo tenía preso, enjaulado, por el deslumbramiento de los sentidos. Un amor con un jardin por medio..... jardin solitario, con bosques, con fuentes, con flores y con estatuas, con un pabellon pequeño como un nido, donde los

vivos matices de las alfombras competían con los matices de las flores, donde las acordadas notas del piano respondían al canto de los pájaros, donde el murmullo de una dulce conversacion iría á perderse con el murmullo de las fuentes y los suspiros del aire.

Y en el fondo de este paraíso una mujer sentada á la sombra de un árbol en lo más escondido del bosque, ó abandonada voluptuosamente á los cómodos brazos de una butaca, cuyos muelles ocultos bajo el terciopelo tiemblan conmovidos, ó inclinada sobre el piano haciendo exhalar á las teclas todos los acentos de la pasión, ó arrancando de su pecho notas de alegría y de tristeza, de amor y de celos; una mujer..... ¿á qué describirla?..... una mujer como la Marquesa.

Vamos, cualquiera hubiera caído en el lazo de este amor novelesco, fantástico, lleno de confianza y de misterio. La vanidad podía muy bien decirle al corazón: «¿Qué más quieres?»..... ¿No se podía hacer una comparación victoriosa entre este cuadro y el cuadro de la ventana de Magdalena?

Es verdad que habia creído encontrar la imagen de la mujer soñada en el rostro apacible y risueño de la vecina del cuarto cuarto; pero tambien lo es que se encontraba de manos á boca con un amor que jamas hubiera podido ni soñar siquiera, y váyase lo uno por lo otro.

Al día siguiente de la noche en que imitando á Matusalem lo dejamos tranquilamente en el comedor de la Marquesa, Miguel se presentó muy temprano en casa del Duque, y allí supo el viaje repentino de éste, sin poder averiguar con certeza el punto adonde se habia dirigido, porque los criados lo ignoraban.

—¿Quién es ella?..... preguntó sonriéndose.

Los criados se sonrieron tambien, encogiéndose de hombros, y no hubo ni más preguntas ni más respuestas.

Desde la ventana de su despacho registró con los ojos el jardín, creyendo ver á cada instante una sombra que se perdía debajo de los árboles ó que pasaba como un relámpago por el lejano extremo de la calle que alcanzaba su vista.

Cansado de mirar y no ver, aplicó el oído y le parecía que de vez en cuando sonaba un suspiro más próximo ó más lejano, ya hacia la derecha, ya hacia la izquierda, y hubo momentos en que hubiera jurado que algo tan suave como la seda se arrastraba por la arena amarilla que cubria las calles del jardín; pero el ruido se desvanecía para dejar paso al murmullo de las fuentes y al cuchicheo de las hojas movidas por el viento.

Quiso escribir y no pudo, porque no encontraba la primera palabra; quiso leer y cogió un libro, el primero que halló á la mano, y lo abrió por donde el mismo libro quiso abrirse, y leyó algunas páginas sin enterarse de lo que leía; dejó el libro y comenzó á pasearse de un extremo á otro de la habitación con las manos en los bolsillos como un preso ó como un loco, ó como un genio que meditara una obra maestra ó un golpe supremo.

Pasaba por encima de los dibujos de la alfombra tan meditabundo y tan cabizbajo como nos pintan á Napoleon pasando los Alpes.

De esta manera pasó la mañana. A la tarde se colocó de nuevo detras del cristal de su observatorio, esperando algun indicio que le advirtiese la aparicion ó la proximidad del astro que iluminaba con luz vivísima al horizonte de sus deseos; mas poco profundo en el estudio de esta astronomía, ignoraba las caprichosas irregularidades de la órbita en que hacia su revolucion el luminoso planeta que sus ojos buscaban en el cielo del jardín.

El pabellon era sin duda alguna el oriente por donde debian aparecer los primeros resplandores de tan deseada aurora, pero el pabellon permanecia mudo y solitario, medio oculto entre la sombra de los árboles, insensibles é indiferentes á las impacencias de nuestro héroe, que detras del cristal todo era ojos y todo era oídos.

Ya empezaba el sol á hundirse en las primeras brumas de la tarde, iluminando con rojo esplendor las veletas de las torres y las copas más altas de los árboles, y aún no habia amanecido para Miguel.

Nunca habia tenido que esperar tanto tiempo á Magdalena, porque la inocente

niña era una estrella fija; mas la Marquesa era otra especie de astro; sabía oscurecerse, porque sabía brillar, y semejante á los cometas de rumbo desconocido, hacia sus apariciones más asombrosas, por lo mismo que eran imprevistas.

Poseia la táctica de las retiradas victoriosas, ponía la miel en los labios y retiraba el vaso. Como los Partos, combatía huyendo. Sabía que la fuerza de la mujer consiste en su debilidad, y se mostraba débil para ser más fuerte, y no se le ocultaba que no hay á nuestros ojos encanto más irresistible que aquel que se nos escapa de las manos.

Había recogido del mundo brillante en que vivía nociones seguras del arte de agradar, y daba el amor, no como una ofrenda, sino como un cebo.

Miguel esperaba lanzando las miradas al través de los cristales, cuando le pareció ver algo como una falda que flota entre el espeso ramaje de los árboles, y sin detenerse en más averiguaciones, pasó á la habitación inmediata, abrió la puerta que daba al jardín, y tomó la calle que conducía al sitio donde

había visto aquello, que era indudablemente la onda fugitiva del vestido de una mujer.

No quería ir, sino aparecer; no quería que sus pasos lo anunciáran, y marchaba ocultándose, saboreando el placer de la sorpresa que iba á causar con su presencia. Llevaba también el ánimo de detenerse en el momento crítico, y contemplar, aunque no fuera más que un instante, los bellos contornos de aquella mujer encantadora.

Iba, pues, con paso cauto y por los caminos más ocultos, y era tal su impaciencia, que llegó á sospechar si le haría traición la distancia.

Llegó por fin á una calle de árboles que desembocaba en un pequeño bosque, y allí se detuvo y respiró, porque se encontraba á diez pasos del objeto de sus deseos. No la veía, pero estaba allí, porque llegaba á sus oídos el soplo de su respiración.

Debía estar sentada en uno de los cuatro bancos de piedra que formaban allí una especie de *cenador*, dando la espalda á la calle de árboles en que Miguel se encontraba.

El que haya probado la delicia de estas

338.41

dulces sorpresas y las vivas emociones de estos tiernos espionajes, comprenderá cómo latiría el corazón de nuestro héroe en tan suspirado momento, después de esperar tantas horas, horas que la impaciencia había hecho eternas.

Buscó la posición más conveniente y echó una ojeada, que llegó sin obstáculo que lo impidiera al punto á que iba dirigida. Pero ¡oh crueldad de las cosas! no era Luisa, era Marta; no era la Marquesa, era la jardinera; esto es, todo lo contrario de lo que él buscaba, porque si Luisa era la reunión de todos los encantos, Marta era la ausencia de todos los atractivos.

Retrocedió consolándose con una reflexión no muy fuerte, pero, en fin, admisible, puesto que no había otra de que echar mano.

Él decía:

—Quizá por huir del molesto espionaje de la jardinera no ha querido bajar al pabellón esta tarde.

Dió un largo rodeo dirigiéndose á la calle de las estufas, y se entretuvo contemplando aquellas pobres flores encerradas entre cris-

tales, de colores macilentos y de apagados perfumes, tendiendo sus hojas en busca de un rayo de sol, de un soplo de aire y de una gota de agua, que no encontraba en la atmósfera húmeda y caliente en que vivían muriendo.

Parecían flores enfermas.

Tiene la imaginación una fuerza particular de asimilación, por medio de la que pone en perfecta consonancia los objetos que rodean al hombre con el pensamiento que la domina; por eso la alegría todo lo alegra y la tristeza todo lo entristece, como si el mundo exterior no fuera más que un eco, un reflejo, una especie de *facsimile* del mundo que cada uno lleva en su alma.

Miguel asoció al desaliento que empezaba á sentir el desmayo de aquellas plantas inmóviles, sin aire, sin sol y sin lluvia, sin pájaros y sin mariposas, que suspiraban silenciosamente por una naturaleza que les habían robado; uniendo á ellas su corazón poseído de dulce melancolía, de esa tristeza que se apodera del alma alejada del amor con que sueña.

No se sabe por qué misterio ignorado hasta la fecha por la psicología, más de una vez surgió en el fondo de su pensamiento la imagen de Magdalena, como las últimas sombras de una hermosa noche que se desvanece ante los ricos esplendores de un día de verano.

Siguiendo la línea de la estufa que ocupaba todo el extremo del jardín, como si la mano del hombre quisiera señalar los límites de la naturaleza, llegó al pié de la escalinata de mármol que daba subida al pabellon.

Allí se detuvo advirtiéndole con alegría que la puerta se hallaba entornada; es decir, entreabierta.

Las puertas sirven para dos cosas enteramente contrarias: para entrar y para salir; y sirven del mismo modo para impedir que se éntre y para impedir que se salga, según las puertas se cierran ó se abren; una puerta entornada parece que dice: ha salido; ó por el contrario, va á entrar. Por consiguiente, Miguel se quedó suspenso sin saber qué decidir entre estas dos suposiciones: te busca ó te espera.

Las dos veces que había entrado en el pabellon había sido por la ventana, y ahora que se encontraba la puerta abierta, más aún, entornada, no se atrevía á entrar, parecía mentira, temeroso de ser indiscreto.

Recorrió el jardín, y al cabo de una hora volvió á encontrarse en el punto de partida; esto es, delante de la puerta del pabellon; y entónces decidiéndose subió la escalera y entró tímidamente como quien no está seguro de lo que hace.

Pronto pudo convencerse de que el pabellon estaba tan solo como el jardín. Besó las teclas del piano donde la Marquesa sabía poner tan hábilmente sus dedos sonrosados, arrojó sobre su retrato una mirada llena de envidia, y se retiró meditabundo, casi celoso de sí mismo.

Aquella noche subió á casa de la Marquesa, porque le había acometido la sospecha de que pudiera estar en cama, víctima..... pobrecilla, de alguna indisposicion repentina. La noche ántes la había dejado bastante nerviosa.

Subió, pues, al cuarto de la Marquesa, lle-

III.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

IND. 1625 MONTERREY, MEXICO

no de temor y lleno de confianza. Se pusieron de pié los criados al verlo entrar en el recibimiento, con la doble actitud del que rinde un homenaje y va á cumplir una consigna.

—¿La señora Marquesa?..... preguntó.

—La señora Marquesa, le contestó un criado inclinándose, no recibe.

—Acaso está enferma, exclamó Miguel.

Los criados por toda respuesta se encogieron de hombros, y Miguel se retiró dejando una tarjeta, y decidido á pasar la noche en la casa del Duque, donde, como ya sabemos, tenía dispuestas sus habitaciones.

La cama era magnífica; nunca habia dormido en otra que se le igualára; era una de esas camas donde parece que nos esperan los más dulces y profundos sueños, y en las que suelen tambien pasarse las noches en inquietas vigiliass y en horrorosos insomnios, porque el sueño no está en la cama, sino en el alma.

Mas sea de esto lo que quiera, Miguel se acostó tarde y durmió poco; su dicha empezaba con cierta crueldad, porque las feli-

tidades que nos quitan el sueño más se parecen al dolor que al placer.

La noche del dia en que por primera vez vió á Magdalena, soñó todo lo que quiso, porque durmió á pierna suelta; pero la noche del dia en que habia visto por segunda vez á la Marquesa, no pudo soñar nada, porque durmió apénas.

Si me es permitido recurrir á la farmacia para explicar estos diversos síntomas de una misma enfermedad, diré que el amor de Magdalena habia obrado en el alma de Miguel como un bálsamo, y el de la Marquesa obraba como un cáustico.

Al descender de las alturas de su cuarto á las suntuosas habitaciones de la casa del Duque, parecia que habia bajado del cielo á la tierra, dejando la compañía de un ángel por la presencia de una mujer, la dicha por el deleite, el dulce calor del alma por el fuego arrebatado de los sentidos.

Hubo momentos en que percibiendo confusamente esta diferencia y pensando en Magdalena, se envidió á sí mismo é intentó retroceder, creyendo que despues de haber

caído podría fácilmente volver á levantarse.

No advertía que en su propósito se encerraba más bien que un arrepentimiento una venganza, y acaso movido por la impetuosidad de su carácter, y más bien de los celos de su amor propio, hubiera puesto en planta su resolución si al decidirse á ella no hubieran llegado á sus oídos las notas del piano, que parecían llamarle.

Allí acabó toda su energía, se estremeció de pies á cabeza, y se lanzó al jardín atraído como el pájaro por el reclamo.

Cuando llegó al pabellon se encontró, como el día ántes, la puerta entornada, pero dentro no había nadie, y sólo encontró un papel encima de las teclas del piano; la música era el reclamo, el pabellon el lazo, y el papel el cebo.

El papel, encerrado en un sobre, contenía la siguiente pregunta:

«¿Hay alguna mujer más feliz que yo?»

La respuesta, colocada en el mismo lugar en que había sido hallada la pregunta, decía:

«Ninguna más digna de serlo.»

Así se entabló una correspondencia íntima y continua que duró algunos días, en los que se hablaban sin verse y se comunicaban sin oirse.

Miguel no se atrevía á pedir el término de esta ausencia, porque veía en ella la reserva, el recato, la timidez, que tanto encanto dan á las mujeres que no han perdido la inocencia ó que fingien conservarla; era el pudor de un amor sorprendido; era la niña que baja los ojos cuando se fijan en ellos miradas que le llegan al corazón. Aquella ausencia tenía para Miguel el encanto que añade á las bellas formas de una estatua el velo que las cubre.

Amanecía con un deseo y se dormía con una esperanza.

Una tarde, al dar su paseo ordinario por el jardín dentro de cuyas paredes se encerraba para él todo el mundo, llegó, como siempre, hasta el pié de la escalera del pabellon. Allí se detuvo un instante, subiendo al fin, y dejando sobre las teclas del piano la vigésima confesion de su amor, el vigésimo juramento de un cariño eterno.

Al bajar distinguió sobre la arena la huella de un pié cuya imágen, preciso es decirlo, llevaba él grabada en el corazón. Aquella graciosa señal, que repitiéndose en la arena, iba á perderse bajo la sombra de un bosquecillo inmediato, decía claramente que la Marquesa acababa de pasar por allí, dejando á los ojos de Miguel por lo ménos, en las señales de su planta, la gallardía de sus movimientos.

Siguiendo el rastro, llegó al bosquecillo, donde las pisadas no se detenian, tomando una de las calles más ocultas entre los árboles, que dando caprichosas vueltas iba á parar al extremo opuesto del jardin y al pié precisamente de la ventana que daba al cuarto de Miguel..... La Marquesa habia llegado allí, allí estaba impreso el contorno de su pié; y es más, por la posicion de la huella podia presumirse que se habia empuinado, como queriendo ver al traves de los vidrios de la ventana.

Habia estado allí la Marquesa..... ¡qué felicidad!..... pero no la habia visto..... ¡qué desesperacion! Un niño al cual se le escapá-

ra el codiciado pájaro que habia tenido entre las manos podria comprender lo que pasó por el alma de nuestro héroe al verse, digámoslo así, con las plumas en la mano del pájaro que acababa de huir sin ser visto.

Las huellas detenidas al pié de la ventana seguian despues, marcándose en otra calle, extinguiéndose completamente cerca del pabellon.....

De esta manera transcurrieron quince dias como un sueño en el que tenemos siempre delante lo que nunca podemos asir. La Marquesa era una especie de sombra que aparecia y se disipaba para volver á aparecer y volver á disiparse..... Era el suplicio de Tántalo, en el que la esperanza, siempre presente, avivaba y encendia el deseo, nunca satisfecho.

Miguel saboreaba estas acerbas dulzuras, y era tan feliz, que estaba á punto de volverse loco; por todas partes encontraba á la Marquesa sin hallarla en ninguna..... Sus cartas apasionadas, escritas unas veces con mal contenido abandono y otras con mal disimulada reserva, en letra precipitada, como si la mano se apresurára á confiar al papel

secretos sorprendidos en el fondo del alma, con frases sin concluir, con palabras borradas, y hasta manchado el papel en determinados lugares con sombras que pudieran muy bien tomarse por huellas de lágrimas, causaban en Miguel las más profundas emociones.

Las leía mil veces, interpretando los pasajes oscuros de mil maneras, buscando en la indecisión de un rasgo el temblor de la mano, llenando los puntos suspensivos con ardientes revelaciones, leyendo, en fin, las palabras borradas, ó adivinándolas. La Marquesa, pues, absorbía las tres potencias de su alma; era dueña de su memoria, de su entendimiento y de su voluntad; para ella eran sus recuerdos, sus pensamientos y sus deseos..... La imagen de Magdalena se desvaneció por completo en su corazón y no volvió á aparecer más en su memoria.

Resolvióse á pedir una entrevista, y después de rasgar muchas cartas, escribió una, reducida á esta pregunta:

«¿Cuándo?.....»

Á las veinte y cuatro horas tenía la res-

puesta en la mano..... pero ¡qué respuesta! Decía así:

«Mañana.»

Áun no había amanecido y ya estaba Miguel en el jardín, esperando la hora, una hora que no sabía cuál era. Para no perder ni un minuto, se colocó cerca de la puerta del pabellon, y reclinándose en el tronco de un árbol, esperó con los ojos clavados en la puerta, que, como los demás días, se hallaba entornada.

Cansado, no de esperar, sino de la posición en que se hallaba, dió algunos paseos á lo largo de la calle que se tendía delante del pabellon, paralela á la estufa, yendo, por último, á sentarse en uno de los bancos de piedra de un bosquecillo inmediato.

Puso los codos sobre la rodillas y apoyó la barba entre las manos.

Era ésta la actitud más natural en un hombre agobiado por el peso de un pensamiento fijo; mas debemos convenir en que no era la más artística, la más poética para un hombre que espera la hora ignorada de una cita misteriosa, y que, por consiguiente,

de un momento á otro podia encontrarse en presencia del objeto de su cariñoso culto.

Algo de esto debió ocurrirle, pues quiso mudar de posicion, tomando diversas actitudes, sin que ninguna llegára á satisfacerle: buscaba la naturalidad por medio de la afectacion, y no encontraba esa gracia espontánea cuyo secreto sólo poseen los grandes artistas.

Cuando creyó que habia dado en el *quid*, notó que sus ojos se oscurecieron de improviso, como si una venda los cegára oprimiendo los párpados; venda que por lo suave debia ser de seda.

Si hubiera podido verse habria encontrado sobre sus ojos dos manos sonrosadas, al mismo tiempo que detras de él, casi apoyando la barba en su cabeza, un semblante casi de niña apretaba graciosamente los labios, pudiendo apenas sujetar en ellos el impulso de una carcajada.

En la imposibilidad de alzar los párpados bajo la suave presion de los dedos que los oprimian, abrió la boca y dijo:

—O sueño..... y sería una crueldad despertarme, ó me ciega lá que es la luz de mis ojos.

Cayó la venda, y Miguel se encontró, textualmente en un abrir y cerrar de ojos, delante de la Marquesa, que lo miraba con aquella sonrisa con que Júpiter serenaba los cielos y disipaba las tempestades.

—¡Señora!..... exclamó al verla.

—¡Señora!..... repitió ella con infantil enojo..... Señora..... Señora.....

—¡Luisa!..... dijo entónces Miguel.

—Eso sí..... Luisa es mi nombre.

—¡Luisa mia!..... añadió juntando las manos en ademan de súplica.

—No tanto, caballero, replicó ella, desmintiendo la gravedad de las palabras con la viveza de la mirada..... No tanto..... somos unos locos que debemos tener mucho juicio.

—¡Juicio!..... exclamó él.

—Sí, amigo mio, juicio, repitió la Marquesa suspirando.

—Tendré juicio aunque no pueda tenerlo.

Luisa apoyó entónces su brazo en el brazo de Miguel, y ambos se internaron silenciosos en la espesura de la calle de árboles que se abria delante de ellos.

Con la misma curiosidad que una niña al oír por primera vez una palabra pregunta de improviso qué es lo que significa, de la misma manera, con la misma candidez, con la misma imperturbabilidad, alzó repentinamente sus hermosos ojos, preguntando:

—¿Qué es el amor?

—La vida, contestó Miguel.

—¿De manera, volvió á preguntar Luisa con cierta ansiedad, que acabará con la muerte?

—No, no acaba con la muerte, porque no es la vida del cuerpo.

—Es verdad..... es la vida del alma, la sangre inmortal que en ella circula, el calor inagotable que la anima, el fuego divino que la enciende; ¿no es esto?

—Sí, Luisa, eso es.

—Me parece á mí, añadió Luisa, que es como el cielo, que todo lo llena, que todo lo alumbra, que todo lo embellece, que todo lo fecunda; que tiene, como el cielo, ardientes tempestades, días de sol y noches misteriosas, y que, como el cielo, no tiene límites, y que es siempre el mismo, porque no

hay más que uno, porque no hay más que un amor, como no hay más que un cielo. ¿Es así?

—Así..... así, contestó Miguel..... así lo siento, así lo llevo en mi alma.

Soltó Luisa el brazo en que iba apoyada, é inclinándose cogió una hermosa flor que abría sus hojas aterciopeladas al sol de mediodía, la acercó á su boca, no se sabe si para aspirar su perfume ó para besarla; luego se la presentó á Miguel, diciendo:

—¿Qué tal?

Miguel exclamó al tomarla:

—¡Ah! es un pensamiento precioso.

—¿Sí?..... pues es el mío.

La flor recibió en sus hojas un nuevo beso, porque si la Marquasa no la besó, quiso besarla. En estas cosas con la intencion basta, con tal de que la intencion sea conocida.

Dieron la vuelta y llegaron al pié del pabellon. Allí se detuvieron, y levantando Luisa el brazo señaló á Miguel la calle que conducía á su habitacion; pero esta órden muda en que le decia *véte*, iba acompañada de una sonrisa que queria decir *no te vayas*.

— ¡Tan pronto!..... exclamó él.

— Sí, dijo ella bajando los ojos.

— ¿Apénas ha amanecido y ya ha de oscurecer?

— Es preciso, contestó la Marquesa, que las horas sean breves y los días cortos.

— ¿Para qué?.....

— ¡Ah! exclamó con risueña tristeza, para que las horas no se hagan largas y los días pesados.

Al decir esto, habia subido los dos primeros peldaños de la escalinata que conducia á la puerta del pabellon, y Miguel se inclinó como quien se somete contra toda su voluntad, diciendo:

— Es muy cruel esto.

Entónces sintió sobre su cabeza las manos de Luisa, que le oprimian las sienes, y le pareció que habia tocado á su frente un soplo, cuyo dulce y suave calor llegó á su alma, causándole una especie de vértigo que oscureció sus ojos..... Esto pasó como un relámpago; mas cuando levantó la mirada vió que la Marquesa habia desaparecido.

Volvieron á verse al dia siguiente, y aque-

llas solitarias alamedas (aunque no eran de álamos) fueron testigos de sus íntimas conversaciones, que no puedo referir, porque si las paredes oyen, los árboles son sordos y nada han podido contarme. Sin embargo, sé que estas escenas se repitieron, y que llegó un dia en el que Luisa, más alegre que nunca, cogió á Miguel de un brazo, lo sentó en un banco de piedra, se sentó junto á él, y cruzando las manos y apoyándolas, ó mejor dicho, colgándolas del hombro del jóven, le dijo:

— Cuéntame tu vida.

— Mi vida, dijo Miguel, es una historia muy larga que no tiene más que un capítulo, y ese capítulo no tiene más que una palabra.

— ¿Qué palabra? preguntó la Marquesa.

— Una bella palabra, contestó Miguel.

— ¿Cuál?

— Luisa.

— Oh, es muy larga, exclamó, y muy vaga; cualquiera mujer puede ser Luisa.

— Entónces la haré más breve, dijo él; la reduciré á una sola sílaba.

—Veamos.

—Tú..... hé ahí toda mi vida.

Miguel sintió al rededor de su cuello los brazos de la Marquesa, pero aquello fué ver y no ver; al mismo tiempo que los sintió dejó de sentirlos, y pensando en ello, casi creyó que no los habia sentido.

Los notas del piano le advirtieron que la Marquesa estaba en el pabellon y se atrevió á subir y se atrevió á entrar..... Luisa lo recibió sentada delante del piano y cantando á media voz la magnífica frase con que Norma le dice á Polion que al fin lo tiene entre sus manos.

Dió la Marquesa rienda suelta á los prodigios de su voz, y las cuerdas, estremeciéndose bajo sus dedos, gemian, llenando el aire de dulces modulaciones.

Cuando Miguel volvió á su cuarto ya era casi de noche: llevaba una carta en la mano, y él mismo encendió luz para leerla.

Era un billete litografiado, en el cual la Marquesa lo invitaba á asistir á la fiesta que al día siguiente daba á sus amigos.

CAPÍTULO III.

Empieza la araña á tejer de nuevo su tela.

Sorprendido el gran mundo con la noticia intempestiva de la fiesta con que la Marquesa abria de par en par sus salones despues de un mes de inexplicable clausura, se agitó disponiéndose, como ya he dicho, á desplegar todo el lujo que la novedad del caso requería.

En veinte y cuatro horas no es fácil perfeccionar *toilettes* deslumbradoras que causen sensacion y sean un día por lo ménos motivo de entusiasmo en las columnas de los periódicos; pero si no era fácil *confeccionar* en tan poco tiempo conjuntos de detalles nuevos y sorprendentes, era posible; y las modistas y los peluqueros, las doncellas y

—Veamos.

—Tú..... hé ahí toda mi vida.

Miguel sintió al rededor de su cuello los brazos de la Marquesa, pero aquello fué ver y no ver; al mismo tiempo que los sintió dejó de sentirlos, y pensando en ello, casi creyó que no los habia sentido.

Los notas del piano le advirtieron que la Marquesa estaba en el pabellon y se atrevió á subir y se atrevió á entrar..... Luisa lo recibió sentada delante del piano y cantando á media voz la magnífica frase con que Norma le dice á Polion que al fin lo tiene entre sus manos.

Dió la Marquesa rienda suelta á los prodigios de su voz, y las cuerdas, estremeciéndose bajo sus dedos, gemian, llenando el aire de dulces modulaciones.

Cuando Miguel volvió á su cuarto ya era casi de noche: llevaba una carta en la mano, y él mismo encendió luz para leerla.

Era un billete litografiado, en el cual la Marquesa lo invitaba á asistir á la fiesta que al día siguiente daba á sus amigos.

CAPÍTULO III.

Empieza la araña á tejer de nuevo su tela.

Sorprendido el gran mundo con la noticia intempestiva de la fiesta con que la Marquesa abria de par en par sus salones despues de un mes de inexplicable clausura, se agitó disponiéndose, como ya he dicho, á desplegar todo el lujo que la novedad del caso requería.

En veinte y cuatro horas no es fácil perfeccionar *toilettes* deslumbradoras que causen sensacion y sean un día por lo ménos motivo de entusiasmo en las columnas de los periódicos; pero si no era fácil *confeccionar* en tan poco tiempo conjuntos de detalles nuevos y sorprendentes, era posible; y las modistas y los peluqueros, las doncellas y

los lacayos se pusieron desde muy temprano en movimiento.

Por completo que sea el equipaje de una bella señorita ó de una ilustre señora más ó ménos conocidas por el esplendor de su fausto, siempre falta alguna cosa, algun requisito indispensable, algun pormenor interesante, algo que la moda ó el capricho ofrece de pronto para realzar con novísimas invenciones los encantos de las mujeres, circunstancia de que no les era lícito prescindir cuando se trataba de una fiesta en la que evidentemente todo el mundo iba á echar la casa por la ventana.

Los espejos no descansaban ni un instante contestando á la interminable serie de consultas con que cada cual pretendia inquirir el secreto de una belleza irresistible para ser la primera alhaja del inventario, que al dia siguiente publicarian todos los periódicos, pasmados de tanta hermosura y de tanto fausto.

Delante de su tocador, medio dormida en los brazos de una butaca, cuyo respaldo dejaba ver su cuello largo y lánguido, entregada á las hábiles manos de sus doncellas, la

rica criolla alargaba su pié fino y pequeño, ricamente calzado, sobre el taburete de tapicería casi oculto bajo los abundantes pliegues de un lujoso peinador, que tímidamente sujeto á la cintura descendia doblándose sobre las rodillas y derramando sobre la alfombra una nube de encajes.

Alzaba de vez en cuando los ojos para contemplar la corona de rizos que sus doncellas iban trazando con graciosa coquetería al rededor de su frente pálida y tersa, que brillaba como si se reflejában en ella las vagas claridades del crepúsculo.

No era Mercedes lo que artísticamente hablando se llama una mujer bella; pero unia á sus ojos negros, á sus mejillas redondas y á su boca fresca y desdeñosa trescientos mil duros de renta, y preciso será convenir en que formaba un conjunto capaz de encender en el corazon de cualquier hombre el fuego de un amor equivalente á tan inmensa fortuna.

Alguna vez se escapaban bajo sus párpados rayos ardientes que, semejantes á los relámpagos, desaparecian en el momento de

brillar, quedando nuevamente dormidos sus ojos indiferentes, como si el alma que detras de ellos vivia les hubiera vuelto la espalda.

Nadie habia alcanzado de ella preferencia alguna que pudiera servir de fundamento á la más frágil esperanza; para todos tenía la misma perezosa sonrisa, las mismas palabras lentamente pronunciadas, la misma glacial indiferencia.

Sobre el negro profundo de sus abundantes cabellos iban las doncellas colocando pequeños brillantes que relampagueaban al rededor de su frente como las estrellas en una noche oscura, dando al semblante de la criolla cierto aspecto fantástico que aumentaba la mórvida majestad de sus movimientos perezosos y acompasados.

Se le llamaba la niña, porque éste era el nombre que le daba su madre, y ciertamente le convenia, pues habia llegado á los veinte años cargada con todos los caprichos de la infancia.

En un saloncito contiguo al tocador de Mercedes é intermedio entre las habitaciones de la madre y de la hija, se hallaban

formando una pequeña tertulia varios amigos de la casa, que esperaban ver á la niña en todo el esplendor de su *toilette*, ántes de contemplarla en los salones de la Marquesa.

No era un gusto exquisito lo que más distinguía á la rica criolla, y hablando con verdad, no era la suprema elegancia ni el arte primoroso de adornarse y embellecerse el punto donde ella tenía puestos sus cinco sentidos, si es que los tenía puestos en alguna parte. Se dejaba vestir y adornar por sus doncellas, y pocas veces corregia ó retocaba su tocado, que no era siempre del mejor gusto; pero de todos modos, aparecia como un ángel entre nubes de seda, de encajes y de brillantes, cuya riqueza le habia conquistado entre sus admiradores el nombre de la Virgen América.

Nadie se paraba en las incorrecciones que pudiera notar en sus adornos y en su manera de alhajarse, y hasta se veia en ello cierta originalidad fastuosa, que bien se podia consentir á una renta de trescientos mil pesos anuales.

Presidia la madre la pequeña tertulia, y

la lengua de los cortesanos calculaba previamente el efecto que causaría aquella noche Mercedes en los salones de la Marquesa.

— Mire, exclamaba la señora de la casa, haciendo la digestión en los brazos de una butaca y hablando con toda la dulzura de un ingenio de azúcar: la niña es una palma que no se inclina á ningun viento..... es un alma que no vive en este mundo..... Yo se lo digo muchas veces: niña, ánimo..... ánimo..... Ah..... añadía con un bostezo interminable, cuando yo tenía sus años era una pólvora.

Uno de los circunstantes dijo :

— Pues, señora, me parece que le ha causado alguna sensación el viaje repentino del Duque..... ¿ Es cierto eso?

— Miren qué cosa, contestó la señora. ¿ Quién se lo ha dicho?..... porque la niña lo ha oído como quien oye llover.

— Como quien oye llover, añadió otro, parece que lo ha oído; pero á pesar de la imperturbable serenidad de la niña, es forzoso convenir en que la conducta del Duque resulta inexplicable. Ó hay que suponer, y

esto es muy natural, que Mercedes se halle enterada del motivo secreto de esa ausencia impenetrable.

Apoyó la señora sus brazos sobre los brazos de la butaca, y dijo :

— No sabe nada.

— ¿ Es posible? preguntaron á la vez algunos.

— Mire si es, añadió ella; como que la primera noticia la tuvimos en el teatro aquella noche.....

— No es una razón concluyente, advirtió el primero de los que habían hablado; pero es posible, y en tal caso es increíble, porque no se ocurre que el Duque haya desaparecido tan misteriosamente sin anuencia de la niña.

— Por mi parte, añadió la señora con un gesto de desden, hace tiempo que ese matrimonio arreglado por *los difuntos* se habría desbaratado, pero miren..... no sé qué hacer.

— Comprendemos, añadió otro, que no se decida V. á romper unas relaciones convenidas por las familias y en las que es muy natural que se halle interesado el corazón de Mercedes. .

— La niña, replicó la madre, no ha dicho nunca que no; y la primera vez que vió á Javier se encogió de hombros..... ¿Quiere ser duquesa? la pregunté yo entónces; y miren qué niña tan juiciosa, todavía no me ha contestado.

— En ese caso, preguntó el más curioso ó el más impaciente, ¿por qué no se desbarata el matrimonio?

— Porque esas cosas hay que hacerlas muy despacio, contestó la señora con solemne lentitud..... Yo me he quejado algunas veces de la conducta de mi futuro yerno, pero la Marquesa ha salido al paso dejándome parada. Ya sé yo que el Duque es un calavera..... Miren si lo sé..... pero su hermana me aseguró hace un mes en una carta muy larga, que Francisca me leyó en tres veces, que el pobre muchacho estaba perdido por la niña, y quería el plazo de un año para hacerse amar de ella.

Uno de los circunstantes, que hasta entónces no habia tomado parte en la conversacion, se echó á reir, diciendo:

— Señora, el Duque es una excelente per-

sona; gastador, fastuoso, arrebatado, amigo de aventuras; yo lo quiero como un hermano, como un padre, pero es porque no tengo ni hermanas ni hijas.....

Todos los presentes inclinaron la cabeza en señal de asentimiento, y él continuó:

— Creo, no obstante, que merece, y es mucho merecer, la mano de la bella Mercedes.....

Aquí los que escuchaban no pudieron disimular un gesto de desaprobacion, pero el que hacia uso de la palabra los contuvo diciendo:

— Señores, he dicho que la merece; pero no sostengo que la alcance, porque hay hombres que llegan y no alcanzan.

— Bien, exclamaron todos.

Como se ve, el Duque no era muy simpático entre los amigos de la casa.

El orador prosiguió en estos términos:

— Mi posicion es muy difícil en este caso, porque por un lado me encuentro con una familia á quien estimo y por otro con un amigo á quien quiero; mas perdóneseme la generosidad, yo me pongo siempre de parte del más débil.

Hablaba así levantando la voz gradualmente, como impulsado por el calor de la improvisación, de manera que se oía perfectamente lo que hablaba en el tocador de Mercedes..... La madre de ésta lo escuchaba sin interrumpirlo, porque aún cuando es probable que se le hubiera ocurrido algo que decir, callaba por la sencilla razón de que para callar no se necesita hacer absolutamente nada.

—¿Quién es el más débil? preguntó uno.

—Tengo entendido, contestó, aún cuando no me atrevería nunca á poner las manos en el fuego, que la mujer es siempre la más débil; mas en el caso presente me parece fuera de duda que..... preciso es decirlo..... que la más débil es ella.

—¡Mercedes! exclamaron.

—Mercedes, repitió él.

—¿Cómo!

—Es muy sencillo.

—Veamos.

—Es una combinación de las cosas, cuya responsabilidad no se puede echar sobre nadie, y si el mismo Duque estuviera en Ma-

drid habría tenido ya algun lance por defender á su opulenta futura de murmuraciones á que él mismo está dando motivo.

—Él es un calavera, dijo uno.

—Cierto.

—Un loco, añadió otro.

—Cabal.

—No tiene piés ni cabeza, exclamó un tercero.

—Sin duda; pero todas esas circunstancias lo hacen irresponsable á los ojos del vulgo de las gentes, y la mordacidad, inquieta de suyo, va naturalmente á cebarse en la parte más inocente y más sensible.

Por el aspecto que presentaban los circunstancias notó que estaban dispuestos á oír algo más, y aprovechando la ocasión siguió diciendo:

—Aquí estamos en el seno de la confianza; yo, saben ustedes que soy un sér inofensivo, que llevo el corazón en la mano, y no quiero acostarme esta noche sin haber dicho todo lo que siento.—Y acercándose al cido de la señora, como si fuera á hablarle á media voz, le dijo en voz alta:—Rompa us-

ted inmediatamente el compromiso de ese matrimonio.

—¡Inmediatamente! exclamó sin moverse y como si no comprendiera la brevedad ejecutiva de un adverbio tan largo.

—Inmediatamente, repitieron los demas, añadiendo:

Unos:

—Sería un buen golpe.

Otros:

—De efecto seguro.

Todos:

—De gran efecto.

—¿Pero qué motivo hay para eso? preguntó la señora. ¿Qué precipitación es ésta cuando tenemos un año para pensarlo?

—Amiga mia, replicó el autor de la proposición, el Duque merece indudablemente á la niña; pero la niña no merece que el Duque la tenga en berlina..... Yo soy su amigo y lo conozco y lo confieso.

—¿Cómo, cómo es eso! preguntó la señora.

—Voy á decirlo y empiezo por una pregunta. ¿Dónde está el Duque?

—Se ignora, contestaron varios á la vez.

—Vuelvo á preguntar: ¿Qué se dice con más visos de fundamento acerca de ese viaje misterioso?

—Se dice, contestaron, que ha huido con una mujer de historia que nadie conoce.

—Pues bien, yo digo: ¿es el papel de novia burlada el que corresponde á la bella, á la rica, á la ilustre señorita de Vegahonda?

La madre de Mercedes abrió la boca, y el orador se detuvo creyendo que iba á hablar; pero despues de describir con los bordes de sus labios el círculo prolongado de un bostezo interminable, cerró la boca sin pronunciar palabra, arrellanándose en la butaca con toda la pesadumbre de un cuerpo resueltamente decidido á que no lo mueva ni un terremoto.

Luégo que se cerró el paréntesis del bostezo, el que habia quedado con la palabra en la boca la anudó de este modo:

—Yo excuso al Duque, y aunque su repentina desaparición, su prolongada ausencia y su obstinado silencio lo acusan, yo lo justifico; no creo que haya pretendido por

medio de ese desaire provocar un rompimiento para deshacerse del compromiso contraído por la familia; creo más bien que asuntos particulares, súbitos y urgentes lo han hecho salir de España, cuando ménos podía ocurrírsele emprender semejante viaje.

— En ese caso, replicó uno, siempre hay tiempo para escribir dos letras.

— No siempre, amigo mio.

— ¿Y despues?

— ¿Despues qué?

— Despues, añadió otro, ha podido escribir.

— Así parece; mas no debemos dejarnos llevar de las apariencias.

— Entónces.....

— Á eso voy; yo no quiero acriminar al Duque, porque soy su amigo, porque sé que no renunciaria fácilmente á la mano de tan bella y..... de tan rica señorita; pero soy razonable, y comprendo que todos no han de juzgar de la misma manera, y hé aquí el caso en que las miradas se vuelven hácia ella y la malicia se sonrie y la envidia muerde.

En este momento fué introducido en la

estancia un nuevo personaje, que despues de saludar respetuosamente á la señora fué dando la mano uno á uno á todos los que se hallaban presentes, con esa familiaridad con que se saluda á las personas que vemos todos los dias y con las que entablamos todo género de conversaciones.

El nuevo personaje, como todos los demas, venía rigurosamente vestido para asistir á la fiesta de la Marquesa, y su presencia causó entre los concurrentes cierta especie de admiracion, pues todos en voz más alta ó más baja exclamaron:

— ¡Hola!.....

Detras de esta interjeccion iba indudablemente un nombre, pero este nombre se quedó *in pectore*, pues ninguno llegó á pronunciarlo, por lo ménos en voz perceptible.

Á pesar de su gravedad característica, la señora de la casa experimentó igual sorpresa, y como los demas exclamó tambien:

— ¡Hola!.....

Y como si para admirarse necesitara doble admiracion que cualquiera otro, añadió:

— ¡Hola..... por aquí el buen Alejandro!

—Sí señora, dijo éste, sosteniendo la mano que la señora había dejado caer pausadamente en la suya..... Nada en el mundo podía privarme del gusto de ver á la niña al salir de su tocador en una noche como ésta, ántes de que nos la robe la admiracion de los salones, donde, como siempre, y acaso hoy más que siempre, causará sensacion verdadera.

—¿Y por qué, preguntó la señora, ha de causar eso que dice esta noche más que otra?

—Porque yo espero que Mercedes eclipsará esta noche á la Marquesa.

Realmente la Marquesa era uno de los modelos que estaban en juego; todas las que pretendian agradar, y eso naturalmente lo pretenden todas, buscaban en ella los secretos de nuevos y continuos atractivos en un lazo inesperado, en un rizo caprichoso, en un lujo inimitable ó en una sencillez mucho más difícil de imitar, sin tener en cuenta que Luisa llevaba en sí misma esa distincion, ese buen gusto, en..... perdóneme la pretenciosa mesocracia de los tiempos modernos, esa

aristocracia que imprime en la persona el rango del individuo.

Mercedes no podia competir con Luisa; la rica criolla, con trescientos mil duros de renta, que traía medio locos á los jóvenes más juiciosos de la buena sociedad, no tenía medios para oscurecer á la noble Marquesa, que con sus exquisitas originalidades había hecho entrar en razon á todos los calaveras del gran mundo, que daban vueltas al rededor de su persona, como las mariposas, más tontas que locas, dan vueltas al rededor de la primera lámpara que encuentran al paso.

Era, pues, exorbitante la pretension de que Mercedes eclipsára en aquella noche al astro esplendoroso de Luisa, que salía de la nube misteriosa de un mes de oscuridad, razon por la que apareceria más brillante que nunca.

Así es que los circunstantes, al oír las últimas palabras de Alejandro, creyeron que hablaba irónicamente; pero no era así, porque éste, paseando su mirada impávida por la concurrencia, repitió:

III.

—Sí, señores; yo espero que Mercedes eclipsará esta noche á la Marquesa.

No era posible sostener lo contrario allí, en presencia de la madre, junto al tocador de la niña, que probablemente se entretendría oyendo la conversacion por distraerse de la penosa tarea de que la calzaran, la peinaran y la vistieran sus hábiles doncellas.

Nadie, por consiguiente, replicó; pero hay silencios elocuentes, y uno de ellos fué el que reinó durante algunos instantes que Alejandro necesitó para ordenar sus ideas. Despues preguntó:

—¿En qué creen ustedes que consiste el triunfo de una mujer sobre otra?

Todos callaron.

—Las mujeres de genio, prosiguió, dejan que la más afortunada conquiste palmo á palmo y dedo á dedo el terreno de la admiracion, y cuando ya es, digámoslo así, dueña del mundo, le arrancan de las manos el cetro de la gloria, y resuelven la cuestion en una batalla.

—No entendemos eso, dijeron algunos.

—Es muy sencillo, replicó, y estoy segu-

ro de que hay entre los que me oyen álguien que me entiende.

No faltó quien se creyó lisonjeado por esta advertencia, y movió los hombros dando á entender que estaba al cabo de la calle.

—Pero no obstante, prosiguió, explicaré mi idea. Las mujeres superiores se desdennan de disputar esos triunfos efimeros que duran una noche y que tanto envanecen á las ambiciones vulgares; y no sacuden, digámoslo así, la pereza de su poder, hasta que se encuentran frente á frente de un adversario digno de ser vencido.... Entónces empieza una lucha grandiosa, formidable.

—¿En qué terreno? preguntó uno de los circunstantes.

—¡Oh! exclamó Alejandro, eso ya se sabe; esas batallas supremas se dan siempre en el terreno de un hombre. Pondré un ejemplo: La Marquesa ha conquistado el cetro de la moda, y ejerce por derecho propio el imperio de la admiracion; las que más la envidian son las que más la imitan, y no es fácil sustraerse al influjo de su gloria. Yo, si fuera mujer, la pediría permiso ántes de ena-

morarme, porque es preciso convenir en que ella dispone del corazón de los hombres como si los tuviera en su mano.

— Ah..... Ah..... advirtieron algunos; eso es demasiado.

— ¿Demasiado?..... preguntó; apelo al juicio de los más viejos, y ellos dirán si encontrarían resistencia que oponer á los halagos de la Marquesa.

— Ninguna, dijo el de más edad. La Marquesa es una mujer temible, y ninguno renunciaríamos á la vana satisfacción de poder decir, la he fijado, y mucho menos á que los demás lo dijeran. Ella ha comprendido que su fuerza consiste en no fijarse, y ya lo vemos, no hay quien la fije.

— Exacto; pero.....

— ¿Pero qué?..... preguntaron.

— La inconstancia es inconstante, contestó.

— ¿Y bien?.....

— ¿Quién sabe?..... puede que haya algo.

— Algo hay, algo hay, repitieron todos con tan repentina curiosidad, que la señora de la casa volvió el semblante hácia Alejan-

dro, prestando toda la atención compatible con el natural reposo de su persona.

— Señores, exclamó; yo no sé nada. La Marquesa vive hace un mes en completo retiro, y no soy yo por cierto el mortal afortunado que ha conseguido penetrar su secreto, si hay en ello secreto alguno. Pero la había tomado como término de comparación, y decía: la Marquesa tiene en su mano el corazón, y ahora añado, ó la vanidad, de los hombres. Pues bien; supongo que por un capricho de su misma inconstancia se fija en uno, para hacer, durante algunos días, la novela de un amor inocente y primitivo, un idilio, unas cuantas escenas de Pablo y Virginia. Es un bello episodio de su vida, en que su corazón vuelve por un momento á los quince años, y para convencerse á sí misma de su repentina inocencia, se enamora como una tonta.

— ¿De quién?..... preguntaron.

— De uno, de cualquiera; y si es un sér desconocido que aparece de repente en el mundo como una estrella errante en el cielo, mejor. La novela tendrá más interés, los

amores serán más originales y el nombre de la Marquesa correrá de boca en boca, y la moda impondrá á las mujeres más hermosas la obligacion de enamorarse del primer desconocido que encuentren por la calle. El idilio *hará furor* por un mes ó por dos meses; los salones se convertirán en prados y habrá que acudir á los montes de Toledo para surtir de pastores á la nueva Arcadia. La Marquesa puede llevar á cabo esta transformacion, porque tiene en su mano el imperioso cetro de la moda, ante el que se rinden todas las voluntades. Supongamos, pues, que su genio activo é inquieto ha caido en la tentacion de sorprendernos con esta novedad, y que despues de un mes de pastoril recogimiento se nos aparece en sus salones dentro de una hora, haciendo poco más ó ménos el papel de Virginia. Pues bien, la mujer que conquistó á Pablo acaba con la Marquesa. Éste es el momento en que una mujer superior luce su genio..... ésta es la ocasion del gran golpe.

—¿Y quién vence á Virginia?..... dijo uno.

Antes que Alejandro pudiera contestar se alzó una cortina y apareció Mercedes despidiendo una especie de fulgor semejante al de los primeros resplandores de la aurora; si es que no era la aurora misma la que de aquella manera resplandecía.

Todos se pusieron de pié dejando escapar la admiracion que les causaba la criolla, tanto que ella misma se sonrió con particular complacencia, brillando en sus ojos negros un rayo de luz, que iluminó su semblante con vivos reflejos.

Alejandro observó atentamente el rostro de la criolla, animado como nunca, en el que su perspicacia de hombre de mundo creyó advertir señales de que el alma de la niña empezaba á agitarse.

Observó tambien que, sin perder nada de su habitual reposo, habia en el aire de su persona cierta audacia, ménos languidez en sus movimientos, y le pareció más alta, porque estaba más erguida.

La señora de Vegahonda tomó, aunque indolentemente, una parte activa en la admira-

cion general, y deteniendo en su boca entreabierto un nuevo bostezo, dijo:

—Miren, miren á la niña.

Éste fué el momento de la ovacion en que cada uno echó su óvolo en el platillo de las alabanzas, pagando un justo tributo, porque, efectivamente, Mercedes aparecia deslumbradora.

La palabra dió vuelta á toda la circunferencia pasando de una boca á otra en una serie de exclamaciones, que la criolla no oia con la misma indiferencia que otras veces.

—¡Celestial! exclamó el primero.

—¡Divino! añadió el segundo.

—Nada más vaporoso, dijo otro.

El cuarto recogió en una mirada tan deslumbrador conjunto, exclamando:

—¡Oh!..... es de un efecto sorprendente.

Examinó el quinto los pormenores, y dijo:

—Todo está elegido con un gusto exquisito.

Le tocaba su vez á un jóven diplomático, y se inclinó diciendo:

—Señorita, al verla á V. entrar he creido que amanecia.

Alejandro se reservó para el último, y en vez de dirigirse á Mercedes se volvió á los circunstantes, diciéndoles:

—Señores, sostengo lo dicho: eclipsará á la Marquesa.

Habia recibido la criolla una á una todas estas muestras de aprobacion con corteses sonrisas y afables movimientos de cabeza; pero las palabras de Alejandro le hicieron contraer ligeramente los labios y fruncir el entrecejo, bajo el que relampaguearon sus ojos, de la misma manera que en la profundidad de una noche oscura relampaguea el cielo anunciando la tempestad lejana.

Por lo demas, la niña merecia en esta noche cuantas alabanzas le prodigaba el entusiasmo, un tanto sorprendido, de sus amigos. Las doncellas habian estado felices.

Habia en ella efectivamente algo de esa limpia frescura con que rompe el alba las últimas oscuridades de la noche al amanecer de un dia sereno; los pequeños brillantes que aparecian sobre sus cabellos repartidos

en ondas, parecían las últimas estrellas que se desvanecen en las sombras del horizonte en los primeros momentos de la mañana.

Una falda de color de rosa fuerte, que se apagaba ó se encendía según el movimiento de los pliegues y los reflejos de la luz, aparecía y desaparecía debajo de finísimos encajes blancos, formando esa nube, esa primera nube que anuncia la proximidad del día.

La blancura mate de sus hombros desnudos y el contorno suave de sus brazos de niña, resaltaban admirablemente, dejando admirar un talle flexible, pronto á doblarse y pronto á erguirse como la hoja de una espada.

El carmin de sus labios algo gruesos aumentaba la blancura de sus dientes finos y apretados, dando á su boca una expresión particular de osadía y de desden, que las doncellas que más inmediatamente la servían interpretaban siempre como síntoma seguro de que la niña tenía en la cabeza alguna cosa nueva.

Era la hora de la fiesta, y en los salones de la Marquesa empezaría ya á bullir la con-

currencia, y por primera vez de su vida Mercedes tuvo prisa y pidió el coche, que hacia ya media hora que esperaba al pié de la escalera.

—Vamos, mamita, dijo la niña, inclinándose sobre la butaca en que yacía su madre y besándole la frente.

—Vaya, exclamó ésta con su lentitud acostumbrada, mientras las doncellas presentaban los abrigos. Sería curioso que el Duque nos sorprendiera esta noche con su presencia en casa de la Marquesa.

Todos callaron, y Mercedes, dando un paso majestuoso, casi dramático, presentó sus hombros, sobre los que echó Alejandro el abrigo de piel de armiño, que había tomado de manos de la doncella.

—Gracias, dijo la niña.

Alejandro, como si hablara consigo mismo, dejó caer en el oído de Mercedes estas palabras:

—¡Pobre Luisa!.....

Ya estaba de pié la señora de la casa, y el diplomático que había emprendido la conquista de la hija sitiando á la madre, se apre-

suró á ofrecerle el brazo, que la buena señora aceptó con toda la amabilidad que le fué posible.

Ninguno de los otros tuvo tiempo para obtener el de la criolla, porque ésta cogió el de Alejandro y se lanzó fuera de la habitación con una viveza inusitada, de la que no habia ejemplo en la casa ni precedente alguno.

Las doncellas, que la vieron pasar por el recibimiento ocultas detras de una cortina, se miraron despues que hubo pasado, y á un tiempo se dijeron:

—La niña parece otra.

Iban delante Mercedes y Alejandro; detras marchaban lentamente la señora mayor y el diplomático; los restantes seguian en grupo como una escolta.

En el tránsito, desde la habitación de que habian salido hasta el pié de la escalera, en que estaba el coche, se entabló entre Mercedes y Alejandro el diálogo siguiente:

—El Duque es un loco.

—¿De véras?.....

—Sin duda.

—No comprendo.

—Es un loco, porque se priva de verla á usted esta noche.

—Basta de duque.

—¿Por qué?

—Porque estoy ya harta de ser duquesa.

—¿Es V. ambiciosa?

—Mucho.

—¿Entónces?.....

—Quiero ser más.

—¿Más?

—Sí.

—Usted será todo lo que quiera.

—Verémos.

—¿Quién es él?

—El que sea.

—¿Soy indiscreto?

—No.

El diálogo no pudo pasar adelante, porque llegaron al pié de la escalera, donde el lacayo, sombrero en mano, tenía abierta la portezuela del coche, en el que entró la niña sentando apénas la planta del pié en el estribo; llegó la madre y entró á su vez, y en seguida partió la berlina.

Alejandro ó Matusalem, pues con ambos nombres nos es conocido, hizo por quedarse solo, y envolviéndose bien en su gaban, se fué á pié hácia la casa de la Marquesa, á cuya fiesta estaba tambien invitado.

Habia recibido el billete de invitacion como un cartel de desafío de parte de la Marquesa, y acudia á la cita como un héroe. Antes, sin embargo, habia querido ver á la criolla, por pura curiosidad por supuesto; curiosidad que lo habia dejado satisfecho, pues al llegar á casa de la Marquesa iba diciendo entre dientes:

— Bien..... bien; ha sido una inspiracion; la niña está ya cansada de ser duquesa..... está ofendida de la conducta del Duque y envidiosa de la Marquesa..... Perfectamente; puedo entrar en campaña.

Y en efecto, entró en los salones, suntuoso teatro donde vamos á presenciar las escenas que nos aguardan en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO IV.

La vieja Europa y la vírgen América.

Por lo que vulgarmente llamamos una casualidad, al mismo tiempo que la Marquesa salía de su tocador, Mercedes cruzaba las primeras antesalas, de manera que casi á la vez penetraron ambas en el salon del baile, entrando, como debe colegirse, por puertas distintas, colocadas la una enfrente de la otra en los dos testeros de la sala.

Cada una de ellas apareció en su puerta respectiva, rodeadas ambas de esa córte que sigue siempre á las mujeres que hace notables el lujo ó la hermosura en su tránsito por los salones del gran mundo, y que las acompañan en todas las felicidades, sin duda para adquirir el derecho de volverles la espalda en el día de las desdichas.

Alejandro ó Matusalem, pues con ambos nombres nos es conocido, hizo por quedarse solo, y envolviéndose bien en su gaban, se fué á pié hácia la casa de la Marquesa, á cuya fiesta estaba tambien invitado.

Habia recibido el billete de invitacion como un cartel de desafío de parte de la Marquesa, y acudia á la cita como un héroe. Antes, sin embargo, habia querido ver á la criolla, por pura curiosidad por supuesto; curiosidad que lo habia dejado satisfecho, pues al llegar á casa de la Marquesa iba diciendo entre dientes:

— Bien..... bien; ha sido una inspiracion; la niña está ya cansada de ser duquesa..... está ofendida de la conducta del Duque y envidiosa de la Marquesa..... Perfectamente; puedo entrar en campaña.

Y en efecto, entró en los salones, suntuoso teatro donde vamos á presenciar las escenas que nos aguardan en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO IV.

La vieja Europa y la vírgen América.

Por lo que vulgarmente llamamos una casualidad, al mismo tiempo que la Marquesa salía de su tocador, Mercedes cruzaba las primeras antesalas, de manera que casi á la vez penetraron ambas en el salon del baile, entrando, como debe colegirse, por puertas distintas, colocadas la una enfrente de la otra en los dos testers de la sala.

Cada una de ellas apareció en su puerta respectiva, rodeadas ambas de esa córte que sigue siempre á las mujeres que hace notables el lujo ó la hermosura en su tránsito por los salones del gran mundo, y que las acompañan en todas las felicidades, sin duda para adquirir el derecho de volverles la espalda en el día de las desdichas.

El cortesano siempre es el mismo; naturaleza entusiasta por todo lo grande, no tiene ojos más que para lo que brilla, y es demasiado sensible para poder soportar el espectáculo de la desgracia; asiste solícito á todos los bautizos y huye espantado de todos los entierros; su movilidad es más aparente que real, pues siempre se le encuentra en el mismo sitio, en el sitio por donde pasan las prosperidades en el colmo de la gloria; la lisonja no ha vivido jamás en la casa del infortunio.

Toda grandeza humana que cae á los vauenes de la fortuna, tiene una venganza contra sus perseguidores triunfantes; ella puede decir: os dejo mis cortesanos.

Entraba Mercedes en el gran salon apoyada en el brazo de Matusalem, que habia llegado á tiempo para recibirla al salir del coche, y á quien ella habia visto al aparecerse con benévola sonrisa..... La Marquesa, por su parte, se aparecía apoyada á su vez en el brazo de un jóven desconocido, cuyo aire, al parecer entrecortado, daba indicio de que se presentaba por primera vez en el mundo.

Su bella figura llamaba la atención, y más de un curioso, de esos que han contraído la obligación de conocer á todo el mundo, habia preguntado ya su nombre sin obtener respuesta satisfactoria, cuando la Marquesa, con una naturalidad encantadora, con la ingenuidad más exquisita, hizo sonar en medio del círculo que la rodeaba, las siguientes palabras:

—Señores, presento á ustedes á mi amigo el Sr. Lanuza.

Se inclinaron los más inmediatos, esto es, los que formaban la primera fila del corro, mientras los que se hallaban en segunda fila se empujaron sobre las puntas de los piés, ó metían la cabeza por entre hombro y hombro para conocer al nuevo personaje que la Marquesa les presentaba de repente, como llovido del cielo..... Los que se hallaban detras de estas dos primeras filas no veían nada, y preguntaban por lo bajo:

—¿Quién es? ¿Quién es?

Y por lo bajo les respondían los que estaban delante:

—Lanuza..... Lanuza.

Pronto el nombre de Lanuza, saltando de boca en boca, dió la vuelta á los salones, circulando por la alegre y lujosa concurrencia, como corre la chispa eléctrica por los alambres del telégrafo.

Ya se ve, el nombre no significa gran cosa si es un nombre desconocido, y no todos se dieron por satisfechos con el nombre que acababa de pronunciar la Marquesa, pues decían:

—Lanuza..... bien..... pero ¿quién es Lanuza?

—Debe ser, contestaban otros, un aragones.

—De alguna parte ha de ser, replicaban algunos, y el ser aragones no constituye novedad ninguna..... hay aragoneses hace mucho tiempo.

—Sin duda, arguyó un tercero; pero en este caso, ser aragones es ser mucho, puesto que la Marquesa es oriunda de Aragon.

En otro círculo se hablaba de lo mismo, haciendo unos y otros la misma pregunta:

—¿Quién es Lanuza?

—Un protegido de la Marquesa.

—Ya.

—¿Amigo antiguo?

—No; amigo reciente.

Entre las mujeres no era ménos viva la curiosidad que habia despertado el *corrector de pruebas*. No era título, ni banquero, ni militar, ni político, ni periodista, ni siquiera poeta. ¿Qué era, pues, el Sr. Lanuza? Su presencia era bastante agradable, su nombre no dejaba de ser ilustre; pero ¿de dónde habia salido? ó más bien, ¿de dónde lo habia sacado la Marquesa?

En estas dudas corrió una nueva especie, á saber: que aquel jóven era el secretario del Duque.

—¡Ah!..... exclamaban todas las bocas, á cuyos oídos iba llegando la noticia. Eso ya es otra cosa.

Dos señoras, que por la intimidad con que se trataban debían conocerse perfectamente, sentadas en el extremo de un divan, hicieron cierta seña á uno de los jóvenes que formaban corro al rededor de Luisa, el cual se acercó á ellas, diciéndoles:

—Es guapo chico.

—Pero ¿quién es? preguntaron las dos á un tiempo.

El jóven inclinó la cabeza hasta colocarla entre las de las dos señoras, y bajando la voz como quien hace una íntima confidencia, les dijo:

—Lanuza.

—Quedamos enteradas, exclamaron ellas, riéndose.

—Es todo lo que se sabe, añadió él.

—Se sabe, replicó una de ellas, que es secretario del Duque.

—Ciertamente; y yo sé más todavía.

—¿Qué sabe V.?..... preguntaron á la vez.

—Sé que juega con mucha fortuna.

—¡Malo!..... exclamó una de las señoras; afortunado en el juego, desgraciado en amores.

Tal fué el primer efecto que produjo la presentacion de Miguel, hecha por la Marquesa con cierta solemnidad, y hubo algunos minutos en que no se habló más que de Lanuza, encontrándolo unos vulgar, otros distinguido; creyendo los ménos advertir en el

porte de su persona el aire de la aldea, á la vez que los más creían todo lo contrario, pareciéndoles afectado su encogimiento.

Entre *ellas* encontró una completa acogida por muchas razones, pero principalmente porque era la Marquesa la que lo ponía en moda, apareciendo teatralmente apoyada en su brazo en medio de tan brillante concurrencia.

A la mitad del salon vinieron á encontrarse las dos parejas, Mercedes y Alejandro, Luisa y Miguel. La Marquesa se desprendió del brazo de Lanuza y acudió á abrazar á su futura cuñada, exclamando:

—Niña mia, estás encantadora. Y volviéndose á los que las cercaban, añadió: La vírgen América matará esta noche de celos á la vieja Europa.

—La vieja Europa, dijo Mercedes besando á la Marquesa, tiene todavía muchos encantos para dejarse vencer por los celos. Además, donde tú estés, querida mia.....

La Marquesa la interrumpió poniendo su preciosa mano sobre los labios de Mercedes y diciendo:

—No quiero oír tus alabanzas, porque van á envanecerme demasiado, y la vanidad es tan ridícula como los celos.

—Pues áun mereces, replicó la criolla, un castigo más severo.

—¿Por qué, vida mia?..... preguntó la Marquesa con el aire gracioso de una niña asustada.

—¡Oh! contestó la vírgen América, dando á sus palabras una entonacion solemne; porque nos has privado durante un mes interminable de tu presencia. ¿Qué has hecho, di, en esos treinta dias mortales?

Luisa pareció vacilar ántes de responder á la pregunta de Mercedes, y aprovechando Matusalem este momento de silencio, dijo:

—Creo conocer los instintos poéticos que dan tanta vida al talento de la Marquesa, y me atrevo á decir que en esos treinta dias mortales ha hecho por lo ménos un poema.

—Justo, exclamó Luisa, riyendo á carcajadas; un poema encantador.

—¡Haces versos! preguntó Mercedes admirada.

La Marquesa hizo con la cabeza un mo-

vimiento muy natural, por medio del que dirigió á Miguel una mirada de inteligencia, y él dijo:

—¿Acaso á esta bella señorita no le agradan los versos?

Clavó Mercedes sus ojos en Miguel, y contestó:

—Mucho.

—Pues, niña mia, añadió la Marquesa, vas á experimentar un terrible desengaño, cuando sepas que mi poema no está en verso.

—¡Dios mio! exclamó la criolla; ¡un poema en prosa!

—Una novela, dijo Matusalem.

—Histórica, advirtió Luisa, marcando bien la palabra.

—Me llenas de curiosidad, exclamó Mercedes; historia, novela ó poema, será deliciosa como obra tuya. Y dime, mi hermosa literata, ¿cómo se titula?

—Es un título fatal, contestó Luisa.

—¡Fatal!.....

—Sí.

—Veamos.

— Se titula : « Estaba escrito. »

— ¡Oh! exclamó la criolla con una ingenua carcajada : « ¡Estaba escrito! » Entónces no habrás tenido que hacer más que copiarlo.

Mordiósese la Marquesa imperceptiblemente los labios, y ántes que pudiera contestar á la original ocurrencia de su futura cuñada, interpuso Matusalem su voz, diciendo :

— Se conoce que hay en el asunto algun sér predestinado.

Alejandro pronunció estas palabras mirando más á Miguel que á la Marquesa, y debió quedar contento del efecto que causaron, pues con esa viveza que produce la alegría interior, añadió :

— Comprendo, mejor dicho, adivino el mérito de la obra..... el enredo será admirable, y si el desenlace corresponde al nudo, no tendremos que envidiar á la literatura francesa la gloria de Jorge Sand.

— Hay amigo mio, exclamó la Marquesa, no conoce V. la índole de mi gusto literario; doy por la más sencilla narracion de Fernan Caballero todas la Lelias y todos los

Spiridiones de Jorge Sand..... En cuanto al enredo, consiste en un nudo de tal naturaleza, que hace imposible todo desenlace.

— ¿De manera, preguntó Mercedes, que tu obra no tiene fin?

— Por lo ménos, contestó Luisa, desenlace no tiene.

— ¿Cómo acaba entónces?

— Precisamente acaba por un enlace.

— ¡Se casan!.....

— Sí, niña mia. Se casan. ¿Te parece vulgar?

— No..... pero.....

— ¿Pero qué?..... preguntó Luisa.

— Nada..... una tontería que me habia ocurrido..... Me interesan ya tanto los personajes de tu poema, que iba á preguntarte si estás segura de que serán felices; pero es claro que lo serán cuando tú te decides á casarlos.

— Serán felices, replicó la Marquesa; puedes estar tranquila, porque yo estoy segura de ello.

Matusalem se sonrió, y dijo :

— Indudablemente los poetas poseen el

raro privilegio de hacer felices ó desgraciados á sus héroes, segun el humor poético con que cada uno se los imagina; y nosotros, simples mortales, no tenemos más remedio que tomarlos como nos los dan, desgraciados ó felices; pero tratándose de seres de carne y hueso, circunstancia indispensable para que el asunto sea histórico, el poeta habrá de atenerse á la realidad de los hechos, y en este caso, mi querida Marquesa, temo que la bondad de su corazon la engañe, haciendo allá en el dichoso mundo de su fantasía, felices á personas que acaso no puedan serlo.

—No tengo noticia, contestó la Marquesa, de que los personajes de mi historia hayan acreditado ante el juez de paz con el correspondiente número de testigos que son felices y que piensan serlo hasta la consumacion de los siglos; mas si es necesaria esta prueba para la completa autenticidad del caso, yo ejerzo sobre ellos alguna influencia, y acaso no me cueste mucho trabajo conseguir que legalicen su felicidad.

Volvióse Matusalem á Miguel, y echán-

dole el brazo por el hombro lo atrajo hácia sí, preguntándole:

—Y bien, ¿qué dices tú á esto?

Hubiérase creído que Miguel tenía el pensamiento muy léjos de la conversacion entablada entre la Marquesa, Mercedes y Matusalem, pues oyó la pregunta de este último como quien despierta de un sueño; así es que vaciló un momento, durante el que miró á Matusalem, en cuyo semblante vió la misma expresion con que le habló las últimas palabras en la calle del Príncipe delante del coche de la Marquesa, y tuvo intenciones de corresponder á aquel abrazo intempestivo con otro tan afectuoso, tan espontáneo como los que solia darle de improviso al volver una esquina ó al encontrarlo en medio de una calle, cuando su gaban raído y su sombrero espeluznado le daban sobre Matusalem tan terrible dominio; mas comprendió que al cambiar de fortuna, al adquirir en el mundo una posicion que empezaba á ser brillante, habia perdido toda superioridad sobre su adversario. Ya no era el mismo, ya no era aquel vagamundo temi-

ble; cuya sola presencia helaba la sangre en las venas de Matusalem.

En efecto, un salon no es una calle, y el secretario del Duque no era ya el corrector de pruebas. A la misma Marquesa, que habia celebrado tanto las hazañas de Miguel, cualquiera de ellas en su propia casa le hubiera parecido una broma de muy mal gusto.

Renunció nuestro héroe á sus intenciones, contentándose únicamente con pasar el brazo sobre la cabeza de su enemigo, rodeándole el cuello cariñosamente, para darle á entender sin duda que aún podia ahogarlo.

Miró tambien á Mercedes, que con sonrisa candorosa esperaba la respuesta á la pregunta hecha por Matusalem, y miró, en fin, á Luisa, que con aire distraido hacia y des-hacia un nudo en el encaje de su pañuelo, y dando á su ademan y á sus palabras toda la frivolidad que el caso requeria, contestó diciendo:

— Hé aquí al hombre más dichoso de la tierra, empeñado en no creer en la felicidad.

— Eso quiere decir, caballero, replicó

Mercedes, que V., mucho más dichoso, cree en ella á puño cerrado.

Debió advertir Miguel que habia en el acento de la criolla cierto timbre irónico, pues adoptando la expresion de una lástima repentina, dijo:

— ¡ Ah, señorita! ¿ Será V. tan desgraciada que no crea en la felicidad?

No era á la Marquesa á quien iba dirigida esta pregunta; pero ella, con esa prontitud nerviosa con que las mujeres impacientes suelen apoderarse del hilo de la conversacion para enredarlo ó romperlo, dió sencillamente esta respuesta:

— No; á los veinte años se cree en todo, porque en todo encontramos la esperanza de ser felices; mas si en estos momentos en que la vida le ofrece los más risueños encantos duda de su propia dicha, V. puede disipar sus dudas.

— ¡ Yo!..... exclamó Miguel con natural asombro.

— Usted, amigo mio, replicó la Marquesa.

— ¡ Cómo!..... preguntó Mercedes.

—Este caballero, contestó Luisa, es íntimo amigo y secretario particular del Duque.

Matusalem y la criolla se echaron á reír á un mismo tiempo.

En esto anunció la orquesta el segundo wals, y las parejas se fueron colocando en disposicion conveniente para lanzarse unas detras de otras en el torbellino que ellas mismas habian de formar, luégo que sonáran los primeros compases.

Matusalem dijo entónces dirigiéndose á la criolla y señalando á Miguel:

—Este caballero es además mi mortal enemigo; ha sido para mí un niño terrible, que ha solido ponerme al borde de la desesperacion; porque V. no sabe todavía quién es el secretario del Duque. Pues bien, aquí se me presenta la ocasion de una gran venganza; la suerte me pone en la mano un cruel desquite; pero quiero ser generoso; señoras, sean ustedes testigos de mi generosidad.

Los tres se miraron, y él prosiguió:

—Aquí, donde ustedes lo ven, que parece dispuesto á tragarse el mundo, no se atreve.....

—¿A qué?..... preguntaron á la vez Mercedes y la Marquesa.

—¡A qué!..... á una cosa bien natural por cierto, y que ambicionan en este instante todos esos brillantes jóvenes que dan vueltas á nuestro alrededor; pero, lo dicho, no se atreve; en su actitud y en su semblante veo la timidez que lo domina, y no acierto á comprender cómo ustedes, tan perspicaces en esto de leer en el corazón de los hombres, no han adivinado lo que mi dichoso amigo desea.

—La Marquesa, dijo Mercedes, estará acaso en el secreto; yo, por mi parte, no sé de qué se trata.

Luisa frunció el entrecejo y se encogió de hombros. En cuanto á Miguel, esperaba, no sin alguna inquietud, saber su deseo.

Matusalem añadió:

—No se atreve á pedir á la señorita de Vegahonda el honor del wals que acaba de anunciar la orquesta; hé ahí el caso.

—Y V., se apresuró á decir Luisa, lo saca del apuro apropiándose una plenipotencia que nadie le ha concedido.

—Ésa es, señora, replicó Matusalem, mi venganza.

—A mí me parece, advirtió Mercedes sonriendo, que esos poderes extraordinarios necesitan ratificarse.

Los tres se volvieron á Miguel, porque á él le tocaba hablar en el asunto, y por ese interes que en algunas ocasiones suelen inspirar las cosas más frívolas, en los tres semblantes que lo contemplaban se veían señales de ansiedad; parecía que de las palabras que iban á salir de la boca de Miguel dependía la suerte de aquellas tres personas tan felices, cada una por su estilo.

Era preciso un golpe de genio para eludir el compromiso en que Matusalem había puesto á nuestro héroe, sin incurrir en manifiesta grosería, y esto era lo que esperaba la Marquesa, y esto era lo que temía la criolla.

No debemos extrañar que Luisa mirára con disgusto la intempestiva idea de aquel wals; primeramente, porque conociendo á Matusalem, comprendió que sólo se la había sugerido la intencion de mortificarla; despues porque le pareció que á Mercedes no le des-

agradaba la idea, y sobre todo, porque las mujeres no se resignan fácilmente á ver al hombre que prefieren en brazos de otra mujer, y es el caso que no hay manera de *valsar* sin abrazarse.

Á Mercedes no le desagradaba la idea de abandonarse al torbellino del wals en brazos de Miguel, por tres razones de igual calibre.

Primera, porque se trataba de un wals, y para un corazon de veinte años un wals no es nunca indiferente.

Segunda, porque se trataba de un hombre célebre en aquel momento, puesto que era el blanco de todas las miradas y el platillo de todas las conversaciones; en una palabra, la novedad de aquella noche.

Y tercera, por la suprema razon de que había podido observar con inexplicable complacencia, que Luisa se daría interiormente á todos los demonios si aquel proyecto de wals llegaba á realizarse, deduciéndolo de que ella se daría á todos los diablos, también interiormente, si el wals fracasaba.

Surgia, pues, entre las dos cuñadas una rivalidad súbita, originada por la inocente

diablura de Matusalam, que habia puesto entre ambas la chispa incendiaria de un wals traído allí por los cabellos, y que empezaba ya á encender el amor propio de una y otra.

Matusalem, por su parte, asistia como testigo al lance que él mismo habia provocado, seguro de que una de las dos debia quedar herida.

—Yo, dijo Miguel, no reconozco la intervencion officiosa de mi amigo: nadie en mi caso la reconoceria; parece un lazo tendido á la bondad de esta señorita, en el que no puedo consentir que caiga, ni á trueque del envidiable honor de ser su pareja. Es comprometerla á una condescendencia de pura cortesía, cuando yo entiendo que debe ser un acto de confianza. Declaro, pues, que no he apetecido un honor que realmente no merezco.

Luisa respiró satisfecha, y con la sonrisa en los labios miró á Mercedes diciéndole:

—Niña mía, el secretario de tu futuro esposo no te puede tratar con más respeto; ya lo ves, eres para él inaccesible.

La criolla inclinó su cabeza coronada de diamantes, haciendo una ceremoniosa reverencia, y Matusalem dijo:

—Es una salida hábil, pero no de muy buen gusto: no te agrada aparecer tímido como un colegial á los ojos de estas señoras, y recurres á una modestia demasiado fina para pasar por hombre de mundo..... Bah, eso no es digno de tí.

Mercedes exclamó:

—¡Modestia!..... Más bien pudiera ser orgullo.

—¡Orgullo!..... ¿por qué?..... preguntó la Marquesa.

—Porque hay naturalezas exquisitamente susceptibles, á las que todo les ofende y toman á desaire cualquier negativa, por motivada y natural que sea.

Semejante susceptibilidad le pareció á Miguel más ridícula que la timidez de que acababa de defenderse, y se apresuró á replicar diciendo:

—Juro que no, y en prueba de ello suplico á V. me conceda el honor de ser su pareja.

—Bravo, exclamó Matusalem, clavando sus ojos en Luisa.

—Yo soy más franca, dijo Mercedes, y acepto con mucho gusto la invitación que usted me hace.

Y tomando el brazo que Miguel le presentó, se volvió á la Marquesa añadiendo:

—Querida mía, no dirá el loco de tu hermano que desairo á su secretario.

En aquel momento sonaron los primeros compases del wals anunciado, y Mercedes y Miguel desaparecieron entre la brillante multitud, que se reconcentraba en medio del salón para abrir calle á las graciosas parejas, que voluptuosamente daban vueltas movidas por el resorte de la música.

Matusalem y la Marquesa se encontraron frente á frente, contemplándose con mirada implacable.

—Prudencia, señora, exclamó el primero..... Si llegan á notar que está V. celosa, la nube del ridículo va á oscurecer toda su gloria..... Además, son unos celos insensatos; ¿qué peligro hay en que dé unas cuantas vueltas de wals con la rica criolla?..... Es

verdad que ella tiene veinte años, trescientos mil duros de renta y una voluntad virgen; pero ¿no es la prometida del Duque?

—¡Celos!..... dijo Luisa con soberano desden..... Y soltando la carcajada añadió: ¡Celos de un wals!.....

—Los celos se tienen de cualquier cosa, replicó Matusalem, y á V. la conviene salir de aquí, porque..... mire V., mire V. qué linda pareja forman y cómo se llevan detras las miradas de todos..... Esto no puede ser agradable á los ojos de una mujer que se cree enamorada; y V. es demasiado artista para dispensarse en esta ocasión del pormenor indispensable de los celos; mas le conviene á V. mucho que no adviertan semejante detalle, porque entonces está V. perdida. Van á decir que la vieja Europa está celosa de la virgen América, y eso es horrible.

Luisa oyó estas palabras de su terrible enemigo con semblante risueño; cualquiera de los circunstantes al verla habria creído que Matusalem la hablaba de la perfección de su tocado y del efecto que habia causado

su presencia en los salones de su propia casa; y se hubiera convencido de ello, sin darle ningun género de duda, al ver que, cogiendo el brazo de Matusalem con natural confianza y suprema elegancia, atravesaba como en triunfo los grupos formados por la concurrencia, que se abrian apresuradamente para saludarla al paso, arrojando á sus oídos las fugitivas flores de la más exquisita galantería.

Con la misma sonrisa que recibia estos homenajes tributados á su belleza y á su rango, decia á Matusalem en voz baja:

— Sé que tengo delante un enemigo tenaz; pero ese enemigo debe haberse persuadido de que no le temo, puesto que ha encontrado esta noche abiertas las puertas de mi casa y en este momento mi brazo se apoya en el suyo.

— Perdón V., señora, replicaba Matusalem. Usted me ha invitado á que venga á esta casa á ser testigo de su triunfo, porque usted ha tenido consigo misma la amabilidad de adjudicarse la victoria, para mí muy dudosa todavía. Esta fiesta no tiene más obje-

to que la presentación semi-oficial de ese pobre diablo que V. ha elegido no sé para qué, y yo no he titubeado un instante en venir á recoger el guante que V. me arroja..... La audacia es de V., pero el valor es mio, pues me presento ante un enemigo victorioso, encontrándome yo completamente desarmado.

— Eso es heroico sin duda ninguna, y á pesar del desprecio que V. me inspira, tengo la generosidad de admirar su valor..... pero, en fin, si V. se declara vencido y renuncia á sus ridículas pretensiones, podremos firmar una paz honrosa.

— Nunca, exclamó Matusalem: ni me doy por vencido ni renuncio á mis pretensiones.

La Marquesa lo miró fijamente, preguntándole:

— ¿Y en qué funda V. la esperanza inverosímil de una victoria imposible?

Matusalem, muy afablemente, le dió esta respuesta:

— Señora, en nuestro primer encuentro tenía de mi parte á la sociedad, ante cu-

yo enojo se mostró V., lo confieso, sublime de valor, pues la vi resuelta á arrostrar sus terribles iras; pero en nuestra segunda batalla, que comienza esta noche, tengo un cómplice más poderoso, que me pondrá el triunfo en la mano.

—Ya..... ya, exclamó Luisa. ¿Cuenta V. con la criolla?.....

—Usted misma, contestó, se rie de su ocurrencia, lo cual me da derecho á que yo me ria también de ella. La criolla no es más que una niña, que puede serme útil como un pormenor, como una circunstancia, como sirve un peon en un juego de ajedrez bien planteado..... mi cómplice es mucho más poderoso.

Fingió la Marquesa el más encantador espanto y exclamó con aire dramático:

—¡Ah! ¡me asusta V.!..... ¿qué cómplice es ése que aún no lo conozco y ya me aterra?

—No lo conoce V., Marquesa, y sin embargo, debiera conocerlo: mi cómplice es la naturaleza humana.....

—Poderoso enemigo, sin duda ninguna. ¡Ah! eso es amenazarme con el mundo en-

tero, conmigo misma, con el cielo y con la tierra..... Vamos, es demasiado. ¿Todo eso necesita V. para triunfar de una débil mujer?

—Todo eso, Marquesa.

—Pues bien, en ese caso lo convidó á V. á mi boda.

—¿Cuándo?

—Dentro de un mes.

—Vaya un consejo.

—Venga.

—Guarde V. cuidadosamente el secreto de su boda.

—¿Mucho tiempo?

—Poco.

—¿Cuánto?

—Un mes.

La Marquesa abandonó el brazo de Matusalem para saludar á una señora que se le acercaba.

Nuestro hombre sintió el peso de una mano en cada hombro, y se volvió, encontrándose con dos caras que á un mismo tiempo le sonreían, y exclamó:

—¡Hola, Guillen! ¡Oh, Medina!

—Salimos del *buffet*, dijo el primero, que

por cierto está espléndido..... esta señora Marquesa sabe hacer las cosas.

—No todas, dijo Matusalem.

—Pues aquí, replicó Medina, no se echa nada de ménos..... Ya se ve, *juega en firme.*

—No lo creas.

—¿Acaso está arruinada?

—No.

—Calla, dijo Guillen restregándose los ojos; ó es él, ó no he visto cosa más parecida..... Mirad, mirad..... ¿No diriais que aquella cara es la de Miguel?

—¿Cuál? preguntó Medina.

—Aquella que habla ahora con.....

—Sí, sí, con la otra cabeza de hermosos cabellos negros salpicados de brillantes.

—Justo..... ¿No te parece Lanuza?

—Ca..... Lanuza es un perdido, que no se parece á nadie.

—Pues lo que es ése se le parece.

—En efecto; pero eso consiste en que Miguel ya no se parece ni á sí mismo, y cualquiera ha podido tomar sus facciones.

—La última vez que lo vi fué en la Car-

rera de San Jerónimo, contemplando el escaparate de una joyería.

—Yo la última vez que lo vi no quise verlo.

—Los dos, dijo Matusalem, lo habeis visto despues.

—No recuerdo, replicó Medina.

—No hago memoria, añadió Guillen.

—Pues los dos lo estais viendo ahora mismo.

—¿Cómo! exclamaron ambos.

—Como se ve..... mirando.

—No es posible que sea Miguel el hombre que estamos viendo.

—Pues es Miguel en persona, casi rico y próximo á contraer un matrimonio de primer orden.

—Tú estás malo, dijo Guillen tomándole el pulso.

—Tú has perdido la chabeta, añadió Medina, golpeándole en el bolsillo del chaleco con la palma de la mano.

Matusalem volvió la cabeza diciendo:

—No solamente es Miguel, casi rico y próximo á contraer un enlace magnífico, si-

no que es aquí esta noche el hombre de moda.

—Voy á saludarle, dijo Guillen.

—Sí, vamos á abrazarle, añadió Medina.

—Esperad..... exclamó Matusalem deteniéndolos. Miguel es un amigo con quien hemos pasado los primeros años de la juventud, es hombre de mérito y llegará á ser algo en el mundo: la miseria nos lo habia robado y la fortuna nos lo devuelve. Ahora, que entra en la sociedad en que nosotros vivimos, podemos decir que viene á buscarnos, y sería una crueldad no olvidar su pasada pobreza, y una ingratitud volverle la espalda. Comprendo vuestra impaciencia por abrazar al antiguo camarada que creíamos muerto y que se nos aparece lleno de vida; mas en este momento no conviene distraerlo, y entre tanto debéis saber todas las circunstancias de tan súbita prosperidad.

—Oh, sí..... cuenta, cuenta..... exclamaron los dos amigos.

—Á mí, siguió diciendo Matusalem, me debe su primer paso en el camino de la for-

tuna, y vosotros podeis contribuir á que la complete.

—Por supuesto..... le harémos jugar á la Bolsa, dijo Medina, y ganará..... yo estoy en altos secretos, y con una *prima* decente puedo hacerlo millonario en quince días.

—Quizá, advirtió Matusalem, le conveniria más perder que ganar.

—¡Demonio! exclamó el bolsista.

—No te admires, dijo Guillen; la ciencia aconseja en muchos casos el sistema de debilitar al enfermo para asegurarle despues una salud completa; yo aplico con frecuencia ese procedimiento. Pero eso ya lo discutiremos despacio; ahora lo que importa es que Matusalem nos cuente *c* por *b* esa historia, porque debe ser sumamente curiosa.

—Vámonos á un sitio retirado, añadió Matusalem, y allí sabréis todo lo que conviene que sepáis.

Los tres cruzaron los salones más concurridos, y dirigiéndose al extremo de una galería, dieron una vuelta por el *buffet* y se internaron en la pieza de fumar, donde, apoderándose de magníficos habanos que en

bandejas de plata se ofrecían á los fumadores, se hundieron, digámoslo así, en el ángulo de un divan. Colocado Matusalem entre el médico y el bolsista, comenzó la relación de los sucesos que ya conocemos, reservándose la parte que le convenia callar.

Al fin de su relato planteó la cuestion en estos términos :

— Ahora bien, decidme : ¿ qué le conviene?... ¿ hacer el oso con la Marquesa ó poseer los trescientos mil duros de la virgen América ?

— No tiene duda, exclamó Guillen, hay que casarlo con la criolla.

— ¿ Qué te parece, Medina ? preguntó Matusalem.

— Me parece, contestó el bolsista, que es una soberbia jugada.

Después de esta conversacion se separaron, perdiéndose entre la animada concurrencia que llenaba los salones, donde se hallaba reunida la flor y nata de la sociedad más escogida.

CAPÍTULO V.

Una visita que parece una aparicion.

¿ Cuántos jóvenes de los que consumen sus rentas ó las ajenas buscando en el laberinto de la vida brillante las más pueriles satisfacciones del amor propio envidiarían á Miguel su afortunada aparicion en el mundo ? No serían pocos ; porque desde la noche que lo hemos visto presentado por la Marquesa y preferido por la criolla, Lanuza era una de esas celebridades de salon, cuyo nombre se repite por todos, como los espejos repiten la imágen, como el eco repite la voz, siendo el tema obligado de las entretenidas conversaciones que hacen tan agradable la vida de la gente desocupada.

No se le conocia ningun mérito verdadero, ninguna cualidad sobresaliente, pero ha-

bandejas de plata se ofrecían á los fumadores, se hundieron, digámoslo así, en el ángulo de un divan. Colocado Matusalem entre el médico y el bolsista, comenzó la relación de los sucesos que ya conocemos, reservándose la parte que le convenia callar.

Al fin de su relato planteó la cuestion en estos términos :

— Ahora bien, decidme : ¿ qué le conviene?... ¿ hacer el oso con la Marquesa ó poseer los trescientos mil duros de la virgen América ?

— No tiene duda, exclamó Guillen, hay que casarlo con la criolla.

— ¿ Qué te parece, Medina ? preguntó Matusalem.

— Me parece, contestó el bolsista, que es una soberbia jugada.

Después de esta conversacion se separaron, perdiéndose entre la animada concurrencia que llenaba los salones, donde se hallaba reunida la flor y nata de la sociedad más escogida.

CAPÍTULO V.

Una visita que parece una aparicion.

¿ Cuántos jóvenes de los que consumen sus rentas ó las ajenas buscando en el laberinto de la vida brillante las más pueriles satisfacciones del amor propio envidiarían á Miguel su afortunada aparicion en el mundo ? No serían pocos ; porque desde la noche que lo hemos visto presentado por la Marquesa y preferido por la criolla, Lanuza era una de esas celebridades de salon, cuyo nombre se repite por todos, como los espejos repiten la imágen, como el eco repite la voz, siendo el tema obligado de las entretenidas conversaciones que hacen tan agradable la vida de la gente desocupada.

No se le conocia ningun mérito verdadero, ninguna cualidad sobresaliente, pero ha-

bia obtenido el favor de la Marquesa y una singular preferencia por parte de la Virgen América, y ambas circunstancias eran bastantes para que las mujeres lo prefirieran á los demas, que no habian sabido adquirir ni los favores de la una ni las preferencias de la otra.

Lanuzá, pues, se veía preferido, lisonjeado; se apetecía su amistad, se solicitaba su conversacion, se celebraban sus chistes, y en una palabra, el gran mundo lo traía y lo llevaba, disputándosele como un objeto de moda único, que todos á la vez apetecían. Semejante alhaja hubiera podido subastarse con un éxito asombroso.

La Marquesa, más curiosa que el *Curioso impertinente*, habia querido poner el amor de Miguel á la prueba de todas las seducciones que el mundo ofrece, porque necesitaba su orgullo la satisfaccion de este triunfo. Le habia sido fácil enamorarle, imponiéndole la suprema ley de sus encantos; mas queria asegurarse de la firmeza de la pasión que le habia infundido, diciéndole al mundo: Éste es el hombre que yo prefiero, que yo amo, que yo

adoro; éste es el que llena mi corazón y mi deseo; dispútamelo.

De esta manera desafiaba al mundo, que le habia robado su primer amor, el amor de su marido, buscando deliberadamente el desquite de aquella derrota. Por su parte, el mundo no vaciló un momento en recoger el guante, haciendo á Lanuzá objeto de todas sus seducciones, y parecia que en este combate locamente provocado, era la criolla la primera que se habia encargado de sostener la lucha.

En cuanto á Miguel, experimentaba esa inquieta felicidad que producen las satisfacciones del amor propio, y empezaba á mirarse á sí mismo con cierto respeto, y paseándose de un extremo á otro de su habitacion, meditaba profundamente acerca de las exigencias más apremiantes, más urgentes de su nueva posición.

De vez en cuando se detenía ante la luna del espejo que se levantaba sobre el mármol de la chimenea, y allí contemplaba distraído su imagen, atusándose la barba y componiendo sus cabellos para que dieran á su sem-

blante la expresion más noble y más inteligente, y no parecia disgustado del efecto que á sí mismo se causaba.

Sin embargo, no eran los atractivos de su persona lo que principalmente ocupaba su pensamiento, sino la importancia que en el espacio de algunos dias habia adquirido su nombre.

Encontraba cierto desnivel entre su nombre y su empleo; era al mismo tiempo dos cosas que no compaginaba cómodamente; hacia en la sociedad un papel demasiado brillante para que pudiera resignarse á continuar siendo secretario del Duque, cuando podia aspirar á la mano de cualquiera duquesa; el demonio de la vanidad se le habia metido en el cuerpo y le hacia discurrir con una lógica de todos los demonios. Hé aquí sus razonamientos:

«Yo soy, decia, el hombre más feliz de la tierra; esto no tiene duda; la fortuna, al volverme la cara, me presenta su aspecto más risueño, puesto que me sonrie con todas las sonrisas del mundo. Puedo decir como César: *vine, vi y vencí*. No hay vani-

dad en reconocer las ventajas de mi posicion lanzando la mirada satisfecha por los horizontes de lo porvenir. No era nada..... ya soy algo..... Luego..... lo natural es que acabe por ser mucho..... No cae todos los dias por la chimenea un amor como el de la Marquesa; pero veamos: ¿qué quiere la Marquesa de mí?..... ó mejor dicho: ¿qué soy yo para la Marquesa?..... Hay que elegir entre amante ó marido; hay que tomar su nombre ó darle el mio, y hé aquí un punto que no acierto á decidir. Cualquiera que sea la intensidad de su amor, ¿cómo recibiria la noble señora las pretensiones formales de matrimonio del secretario de su hermano? Además, mi papel de marido no sería completamente airoso..... y luégo..... ¿qué demonio!..... estos corazones novelescos suelen ser inconstantes, y francamente, sería un chasco.

«El papel de amante me halaga, pero no me honra. Luégo que pase el primer efecto de mi triunfo no me será lícito poseer nada sin que la malicia no lo atribuya á las generosidades de la Marquesa, y seré á los ojos del mundo un mortal dichoso alquilado al capri-

cho de una bella señora. ¡Ah! ¡ah! exclamaba; si no fuera marquesa..... ó á lo ménos, si yo fuera duque, podría ser su amante ó su marido, sin que la pasión que siento por ella pudiera prestarse á las interpretaciones de la maledicencia y de la envidia. Verdaderamente, no puedo ser ni más feliz ni más desgraciado.»

Guardó silencio por algunos instantes, al cabo de los que se paró diciendo:

«De todas maneras, mi posición excede á mis más locas esperanzas..... Un duque que me tiende la mano con pasmosa generosidad, una marquesa que me adora en el fondo de su corazón con un amor inexplicable, y una criolla millonaria que me concede el honor de su codiciada preferencia con una bondad inverosímil, son tres personajes fantásticos que viven en el mundo como el resto de los mortales, y cuya realidad jamás hubiera podido imaginarse..... Bah..... tenía yo del mundo una idea bien injusta..... ese tunante de Matusalem tiene razón. Desde aquí me contemplo con aquel gaban raído, con aquel sombrero insepulto, con aquella corbata ca-

davérica, y me parezco á mí mismo un insensato; comprendo que huyeran de mí mis mejores amigos; que Matusalem se avergonzara de mis saludos, que Medina volviera la cabeza por no conocerme, que Guillen huiera por no continuar hablándome. Ahora ya me conocen, estrechan mi mano y me abrazan, celebran mis hazañas, cuentan mis locuras, y hasta aquella miseria con que yo los avergonzaba hace dos meses, me sirve hoy de título á la admiración de las gentes; hasta el mismo Matusalem se muestra orgulloso de haber sido la víctima especialmente elegida para sufrir el martirio de mis originales ocurrencias..... Jamás hubiera soñado un éxito tan completo. Aborrecía al mundo, y el mundo se venga aplaudiéndome; no se dirá que no es generoso. Yo había soñado..... otra cosa..... otro mundo, otra especie de felicidad..... Aun me parece ver aquel semblante..... Bah..... pobre Magdalena.....»

Aquí se detuvo sin saber qué cara ponerle al recuerdo de la olvidada vecina, cuya pálida imagen surgía del fondo de su pensamiento triste y silenciosa como deberá salir

un cadáver del fondo de su sepultura; lo cual debe inducirnos á creer que, aunque muerta para su corazón, aún vivía escondida en los ocultos rincones de su memoria la imagen de Magdalena.

Parecía inclinado á sonreírse, como quien dice: ¡qué tontería!..... y al mismo tiempo parecía dispuesto á entristecerse, como si quisiera decir: ¡qué lástima!..... Situación de ánimo que experimentamos siempre que nos acomete algún recuerdo que queremos desechar porque nos molesta.

Realmente, la inconstancia de Miguel para con Magdalena no era un delito de lesa majestad, ni un crimen de alta traición, para que se dejara castigar por el verdugo de los remordimientos; en cualquier tribunal, aún formado por los corazones más severos en punto á constancia, habría sido absuelto, ya que no hubiese sido premiado; pero no eran precisamente remordimientos lo que Miguel sentía al recordar á Magdalena; no era la inquietud que causa la consideración de un mal hecho, sino algo semejante al vacío que abre en el alma el súbito recuerdo de un bien perdido.

Yo imagino que debía experimentar esa vaga tristeza que nos acomete cuando en la plenitud de la vida y en medio de las agitaciones del mundo recordamos la paz de la casa en que nacimos y la inocencia de los juegos de nuestra infancia; esa pena, digámoslo así, pueril, con que el hombre recuerda que ha sido niño.

Los recuerdos son por su propia naturaleza tristes, porque son imágenes de cosas pasadas, más que pasadas, de cosas que no volverán; y ya sabemos por propia experiencia el atractivo con que se revisten en nuestra memoria los recuerdos de lo que ha pasado para no volver nunca.

Huyendo de lo pasado, huyendo del recuerdo impertinente de Magdalena, se refugió de nuevo en las esperanzas lisonjeras de lo porvenir, y reanudó su pensamiento, exclamando:

«No, no puedo resignarme á ser simplemente amante ó marido; las mujeres se cansan pronto de los hombres que no saben más que amarlas. La natural inconstancia de su corazón necesita variedad en las impresiones,

continúa novedad en los accidentes; la que se resigna á amar á un solo hombre en todo el discurso de su vida, es á cambio de que ese hombre sea continuamente á sus ojos un ser distinto; siempre el mismo y siempre otro; la variedad en la unidad, hé ahí el secreto de la naturaleza, del arte y del amor; agradar siempre, tal es el amor, el arte y la naturaleza..... Sin dejar de ser el mismo, es necesario que empiece á ser otro. La fortuna me ha puesto alas, volemós..... Icaro fué un loco pretendiendo escalar el cielo, pero yo sería un tonto si no pretendiera escalar la sociedad..... Es un insensato el que se rompe las manos llamando á una puerta que no se abre, pero cuando la escalera se tiende á nuestros piés para que subamos, es un pobre diablo el que no sube. Vamos, hay que ser grande hombre.....»

No sé con qué grandeza se vería pintado en el cristal algo turbio de su imaginación, ó si no sabiendo cuál elegir, acabaría por apropiarse todas las grandezas humanas, puesto que tratándose de sí mismo y teniéndolas tan á la mano, es de presumir que no

se quedára corto en prodigárselas; pero es el caso que se vió de pronto atraído desde las alturas de sus imaginaciones á la baja realidad de las cosas, como el que cae del cielo á la tierra.

No fué ciertamente el sol el que se tomó el trabajo de derretir sus alas de cera, corrándole, como á Icaro, el ímpetu de su vuelo; no fué el rey de los astros, sino un lacayo de la casa, quien, apareciendo de repente, lo sacó del abismo de sus embrollados pensamientos.

—¿Qué ocurre?..... preguntó con el ademán despacible del hombre que se ve bruscamente detenido en su triunfal carrera, ó como aquel á quien despiertan de un sueño delicioso.

—Señor..... contestó el criado, sin atreverse á continuar.

La palabra *señor* sonó agradablemente en los oídos del secretario, y repitiéndola, dijo:

—Señor..... ¿qué?

—Que hay ahí una mujer empeñada en entrar.

—¡Una mujer!.....

- Así parece.
- ¿Y qué quiere esa mujer?
- Quiere entregar una caja que trae asida con las dos manos.
- Pues bien, que la entregue.
- Ya..... es que no quiere soltarla.
- Entónces.....
- Ahí verá V.....
- ¿Para quién es esa caja? preguntó Miguel.
- Para el señor, contestó el criado.
- ¿Para qué señor?..... volvió á preguntar.
- Para V.
- ¿Una caja para mí!..... dijo Miguel reflexionando..... no es posible; no tengo en este momento idea de caja ninguna; esa mujer estará equivocada.
- Ca, no señor, replicó el criado; ella sabe muy bien lo que se pesca.
- ¿Pues qué dice?
- No dice nada.
- Entónces, ¿cómo sabe V. que no viene equivocada?
- Ya; porque entró preguntando por

- usted; yo le salí al encuentro, diciéndole: el señorito no está en casa. Sí está en casa el señorito, me contestó. Digo que no está, le repliqué. Digo que sí está, insistió ella. ¿Querrá V. saberlo mejor que yo? le pregunté. Sí, me contestó; porque sé que no ha salido, y cuando una persona no sale de su casa, es claro que está en ella. Ayer averigüé que vivía aquí, y vine tres veces, y las tres veces me dijeron lo mismo: no está en casa; pero hoy no se me escapará; desde que amaneció estoy de centinela en la calle esperando que salga, y como no ha salido, sé positivamente que está en casa. Señora, le dije, es V. muy terca; quien sabe positivamente que no está, soy yo, pues hace media hora que el mismo señorito me dijo: Fermín, no estoy en casa. ¿Querrá V. saberlo mejor que yo y mejor que él mismo? En ese caso, dijo, esperaré que venga, y sin más ceremonia, se sentó en el divan del recibimiento.
- Miguel se encogió de hombros, preguntando:
- Pero, en fin, ¿qué es lo que quiere?

— Quiere entregarle á V. en propia mano la caja que trae debajo del pañuelo.

— Es una impertinencia, dijo Miguel, midiendo á largos pasos la extension de la alfombra andando de un extremo á otro de la habitacion.

— Eso digo yo, añadió el criado.

— Semejante empeño en verme me hace suponer que algo viene á pedirme.

— Por supuesto, dijo el criado, confirmando la suposicion de Miguel.

— Pero esa caja..... ¡qué demonios traerá en esa caja!.....

— Toma, toma, exclamó el criado; alguna engañifa para sacar dinero.

— Eso es lo probable, dijo Miguel, y lo mejor es que le diga V. que estoy muy ocupado y no puedo recibir á nadie. Y metiendo las ociosas manos en los bolsillos del pantalón, dió media vuelta, girando como un recluta sobre el pié derecho.

El criado salió á dar cumplimiento á la orden que acababa de recibir, pero á los dos minutos ya estaba otra vez allí.

— ¿Se ha ido? preguntó Miguel.

— Ca..... contestó el criado.

— ¡Cómo ca!..... exclamó Lanuza.

— Dice que no tiene prisa, y que esperará á que V. se desocupe.

— Pues larga la lleva..... Pregúntele V. de parte de quién trae esa caja.

Salió de nuevo el criado con la precipitacion de un correo de gabinete que lleva pliegos importantes, y con la misma precipitacion volvió, trayendo esta respuesta:

— Dice que viene de parte de una hermosa señora; de una señora muy hermosa.

— Vamos, exclamó Miguel, sonriendo con cierta satisfaccion; no veo manera de echarla, y al fin será preciso recibirla; dígala V. que pase.

Por tercera vez salió el criado, quedando Miguel solo, poseido de esa curiosidad que en igualdad de circunstancias todos experimentan; curiosidad que nosotros mismos, simples testigos de esta aventura, tambien experimentamos.

Una caja cerrada, dentro de la cual hay algo que no sabemos lo que es, basta para excitar la curiosidad; y si á la caja misterio-

sa se añade la idea de una mujer hermosa, que tambien misteriosamente oculta su nombre, la curiosidad se convierte en interes.

Miguel debió pensar poco más ó ménos lo mismo que nosotros pensamos, á saber: ¿Qué caja será ésta?..... ¿qué contendrá esa caja?..... ¿Quién será esa mujer hermosa? ¿Será la Marquesa, que le envía de ese modo algun regalo digno de su amor y de su opulencia?..... ¿Será la criolla, que tiene el capricho de sorprenderlo con algun delicado obsequio?..... ¿Será otra marquesa ú otra criolla la dama misteriosa de esta nueva aventura?..... Miguel estaba en boga, la fortuna lo acariciaba con el favor de las mujeres, y bien podia presumir, como podemos presumirlo nosotros, que en el fondo de la caja se ocultaba el hilo de alguna intriga amorosa enteramente nueva.

Restregándose las manos y guiñándose á sí mismo el ojo, llegó al extremo de la habitacion opuesto á la puerta que daba á la biblioteca, y al volverse se encontró frente á frente de una especie de vision, que de pié é inmóvil, y con una pequeña caja de pino

en la mano, lo miraba con ese fruncimiento desdeñoso de boca con que se demuestra á la vez la compasion y el desprecio.

Dió Miguel dos pasos teatrales hácia la figura que tenía delante, y se quedó contemplándola con la boca abierta.

Despues de un momento de muda contemplacion, dudando aún de la realidad, exclamó:

— Señora.....

La mujer, tomando la exclamacion por una pregunta, contestó lacónicamente, moviendo la cabeza:

— Señora Gertrúdis.

En efecto, Miguel tenía delante á la portera.

— No sé, dijo la señora Gertrúdis, á qué viene esa admiracion; parece que ve V. en mí á un alma del otro mundo, y la verdad es que todavía me tiene Dios en este valle de lágrimas y de desdichas.

— Magnífico, exclamó Miguel..... la sorpresa es completa..... cuando yo creí que vendria V. á darme el parabien por mis prosperidades, me encuentro con que ese tono lacrimoso me anuncia más que una enhora-

buena un pésame: si yo fuera supersticioso creeria que habia muerto, segun la veo á V. afligida, y si fuera susceptible, sospecharia que la entristece mi fortuna.

—No sé, replicó la portera, arqueando las cejas, si el buen muchacho que yo recibí hace dos años en mi casa como huésped, y á quien he tratado como hijo, vive todavía ó ha muerto; mas por lo que hace á la fortuna de vivir en esta casa, que parece un castillo encantado, yo, ¡caramba! lo digo como lo siento, no se la envidio.

—Vamos, V. está resentida conmigo y confieso que, así á primera vista, cualquiera creeria que tiene V. razon, porque al fin hace mes y medio que salí de aquel cuarto, y ésta es la bendita hora en que todavía no he vuelto: he incurrido, pues, en el desagrado de la buena portera, á quien no tuve la precaucion de decir: «Señora, no vuelvo.» Hé ahí mi falta; oiga V. ahora mi excusa, porque no quiero tener enojada á la que me recibió en su casa como huésped y durante dos años me ha tratado como hijo, merced á siete reales diarios, pagados puntualmente el

primer dia de cada mes, segun convinimos, aunque no recuerdo cláusula alguna por la cual este contrato habia de ser eterno.

—Mucho trabajo me ha costado encontrarlo á V., dijo la portera, pero ¡válgame Dios! no creí que estaba tan perdido; mas se equivoca V. muy mucho si cree que es la señora Gertrúdis la que ha venido á buscarlo.

Miguel soltó la carcajada, al mismo tiempo que la portera, levantando la punta del delantal, se enjugó los ojos, mientras su antiguo huésped le decia:

—Si no es la señora Gertrúdis en persona con todos sus pormenores y accidentes la que ha venido á buscarme, ¿podré saber con quién tengo el honor de hablar?

—La señora Gertrúdis, contestó la portera, no estaria aquí si otra persona mucho más digna de respeto que yo no me hubiera obligado á venir.

—¡Otra persona! exclamó Miguel.

—Otra persona, replicó la señora Gertrúdis.

—No sé, replicó el amante de la Marquesa encogiéndose de hombros.

— Luégo dicen que el saber no ocupa lugar, y es mentira, porque V. ha aprendido tantas cosas, que ya no sabe ni quién puede venir á buscarlo con tanto empeño á esta casa, donde se me figura á mí que ha entrado V. con malísimo pié.

Miguel dió un paso hácia atrás con todo el aire cómico que le fué posible, y haciendo la señal de la cruz con el pulgar y el índice de la mano derecha, exclamó:

— En nombre de Dios te pido que me digas de parte de quién vienes y qué quieres.

Entónces la señora Gertrúdis colocó encima de la mesa del escritorio la caja que llevaba en las manos, y viéndola Miguel, dijo, variando de actitud y de semblante:

— Hola..... esa caja es.....

— Esta caja es una sepultura, se apresuró á decir la portera.

— Oh, qué fúnebre viene hoy la señora Gertrúdis, exclamó el amante de la Marquesa; trae cara de responso, voz tenebrosa y aire de profúndis.

— Eso quiere decir que vengo de parte de un difunto.

Miguel tuvo en esta ocasion el malísimo gusto de santiguarse para dar más viva expresión á su fingido asombro, y en realidad para no descubrir cierta inquietud que experimentaba desde que reconoció á la señora Gertrúdis.

— Bien, dijo, veamos qué quieren los muertos.

— Los muertos quieren lo que no debían olvidar los vivos.

— Habla V. como un sepulcro hablaría si por un momento le concediera Dios el dón de la palabra, y no acierto á decidir si su presencia de V. en este lugar es una aparición ó una visita.

— Jamas hubiera pensado en venir, porque..... vamos, tenía cierta esperanza de que habia V. de volver..... Alguna vez, decia yo, se acordará de la señora Gertrúdis..... pero pasaba un dia y otro dia, y nada..... llegué á pensar si le habria á V. sucedido alguna desgracia..... Una mañana barria y arreglaba el cuarto y hacia la cama, como si V. hubiera de ir á la noche, cuando de pronto se abrió de par en par el armario de pino, lo mismo

que si una mano escondida dentro hubiera empujado las dos puertas á la vez.

—Cosa rara, exclamó Miguel.

—Ya sé yo, prosiguió la portera, que ese armario, desde que se le perdió la llave, tiene el vicio de abrirse solo, pero se abre poco á poco, quedándose entreabierto, y esta vez se abrió de golpe y de par en par.... Acudí á cerrarlo, juntando las puertas y apretándolas una contra otra; mas apenas volví la espalda, cuando ¡zas! volvieron á abrirse del mismo modo. Por segunda vez lo cerré, dando con el puño en las dos puertas para que quedáran mejor encajadas; pero sí, como si se lo hubiera dicho á un sordo, pues en cuanto separé las manos las dos hojas volvieron á abrirse. Era una gracia que maldita la que á mí me hacía, y no era cosa de dejar al armario que se saliera con la suya.... Me crucé de brazos y muy formalmente le dije: «¡Qué demonios tiene V. hoy!.... ¿Vamos á pasarnos aquí el día, V. abriéndose y yo cerrándolo?.... Miren si el vejestorio....» Diciendo esto junté otra vez las dos hojas para encajarlas de nuevo; pero al unirlas vi

que en aquel instante habian crecido lo suficiente para no encajarse quedando una sobre otra. Esto pasaba de castaño oscuro, y dije para mí: ¿alguien hay aquí dentro.... pero no habia nadie más que unos cuantos libros viejos y una caja de pino....

—Sí, dijo Miguel, esa caja....

—Espere V., que no he concluido. Saqué la caja y la abrí, y encontré dentro el estuche que V. me habia enseñado algunas veces: abrí tambien el estuche, y como una tonta me quedé contemplando el medallon, sin poder apartar los ojos del retrato. Me pareció que la señora estaba más pálida, que sus labios se movian como si quisieran hablarme, tanto que me acerqué el retrato al oído.... pero no me dijo nada; en cambio veia yo que sus ojos no se apartaban de los míos: lo ponía de un modo y me miraba; de otro y tambien me miraba.... vamos, me miraba siempre.... juraría que me preguntaba por su hijo. Entónces le dije en voz alta, para que me oyera bien: «No se aflija V., señora, por ese ingrato, que no lo merece; es un mal hijo, que se deja á su

madre abandonada en el rincón de un armario y no vuelve á acordarse de ella..... pero aunque se esconda en el centro de la tierra lo encontraremos; yo no me separaré de V. hasta que parezca ese niño perdido, que ha hecho ya más daño que una nube de piedra.»

Aquí Miguel, impaciente, quiso interrumpirla; pero ella alzó la mano hasta ponerla en la boca, y siguió diciendo:

— Déjeme V. concluir, que traigo el saco lleno, muy lleno, y no saldré de aquí sin haber desembuchado hasta la última palabra.... Metí el estuche en su caja, que puse encima de la mesa para cerrar el armario, porque no era cosa de que se riera de mí semejante mueble..... pero volví la cabeza y me quedé atónita, sin saber lo que me pasaba; me santigué tres veces exclamando: ¡*Él dulcísimo nombre de Jesus!* Figúrese V., figúrese V. cómo me quedaria al ver al señor armario cerrado, enteramente cerrado, como si tal cosa, como si nunca se hubiera abierto..... Las dos hojas se habian unido, encajándose una contra otra como si la mano de un carpintero invisible las hubiera juntado.

Aquello era algo..... algo de tejas arriba que yo no sabía lo que era..... aquello queria decir algo que yo no entendia.

Miguel se sonrió compasivamente, y ella exclamó con verdadera lástima:

Se rie V..... y el caso no es de risa; pero usted tiene tambien las ideas del día para que que no le falte nada, y creará, pobre hombre, que el dedo de Dios no llega á todas partes; que la hoja del árbol puede moverse sin la voluntad del que la hizo.

Miguel la interrumpió diciendo:

— Pero, señora, ¿por qué mete V. á Dios en esas pequeñeces?..... ¿le parece á V. que no tiene otra cosa que hacer más que abrir y cerrar armarios? Si ese mueble desvencijado tenía el vicio de abrirse solo, ¿por qué no le ha de conceder V. la virtud de cerrarse por sí mismo cuando lo tenga por conveniente?

La portera no encontró á la mano la réplica que merecia semejante observacion; pero habia en su fe una terquedad envidiable, y siguió en sus trece exclamando:

— ¡Oh, qué disparate!..... Si yo hubiera creído eso no estaria aquí ahora; la pobre ma-

dre encerrada en el rincón del armario no hubiera encontrado á su hijo, no hubiera podido venir aquí á buscarlo, á protegerlo con su presencia contra las desdichas que le amenazan.

— Explíqueme V. eso, señora Gertrúdis, porque hace media hora que con grande asombro la estoy oyendo hablar en griego, y confieso mi ignorancia, es una lengua que no conozco ni por el forro.

— Pues la cosa, replicó la portera, es clara como el agua: el armario no se cerraba porque el retrato no quería quedarse dentro y empujaba, Dios sabe cómo, abriéndolo cuantas veces yo, ciega de estos ojos que ha de comerse la tierra, me empeñaba en cerrarlo. Ésa es la historia.

— ¿Y de dónde, preguntó Miguel, saca usted semejante desatino?

— Lo sacó de que el armario se cerró luego que el retrato estuvo fuera. ¿Por qué no se cerraba ántes?..... ¿por qué se cerró después?..... ¿Qué hubiera hecho su madre de usted al verse abandonada de su hijo, esperándolo de día y de noche, y él sin parecer

ni de noche ni de día?..... Me parece que hubiera minado el mundo, y llamando de puerta en puerta habria corrido en busca de su hijo para castigarlo con su dolor y con sus lágrimas..... Pues bien, lo que la madre no ha podido hacer por sí misma, ha permitido Dios que lo haga por medio de su retrato. Aquí la tiene V. con el alma hecha pedazos, que ha tenido que llamar muchas veces á la puerta de esta casa para que la abran, que ha tenido que ocultar su nombre para llegar hasta aquí..... V. dirá que no es ella, que no es más que su imagen; mas su dulce y tierna imagen es su recuerdo; su recuerdo, que un pedazo de marfil insensible ha sabido conservar mucho mejor que el corazón de su hijo.

Parecerá inverosímil que una mujer como Gertrúdis se explicára en los términos que acabamos de ver; pero es preciso tener en cuenta que hay una elocuencia que no se aprende y que Dios pone en las lenguas más toscas para que los corazones sencillos puedan expresar mejor que los sabios los nobles sentimientos.

Miguel había oído á la señora Gertrúdis con la sonrisa en los labios; mas ántes que concluyera de hablar, la sonrisa empezó á borrarse hasta llegar á extinguirse. Entónces se apoderó de la caja, que permanecía encima de la mesa, donde la portera la había puesto, la abrió, descubrió el retrato é imprimió en él sus labios un tanto trémulos, exclamando:

— ¡Mi madre!..... ¡Ah!..... ¡Cómo he podido yo olvidar á mi madre!.....

La señora Gertrúdis no se aplacó con esta muestra de arrepentimiento, y cruzando los brazos sobre el pecho, movió la cabeza lentamente y dijo:

— Esa madre ya sé yo que perdonará á su hijo, pero hay otra madre que no lo perdonará á V. nunca.

— ¡Otra madre!..... exclamó Miguel.

— Otra, repitió la portera.

— No he tenido nunca más que una, replicó el secretario del Duque, y siempre he creído que era imposible tener dos madres.

— Sí, pero ella tuvo madre.

— ¡Ella!.....

— Ella. Y V. pudo salvarla y ha querido usted que se pierda.

— No entiendo, dijo Miguel.

— Pues es muy sencillo..... La pobre muchacha no tenía más amparo que V., y V. la dejó desamparada..... Ustedes se querían desde el primer día que se vieron; cosa muy natural, porque parecían ustedes el uno hecho para el otro.

— ¿Y bien? preguntó Miguel.

— Nada..... Cuando yo le dí la carta que usted dejó para ella encima de la mesa me besó la mano llena de alegría.

— ¿Y despues?

— Despues la vi en la ventana.

— ¿Y qué?

— Lloraba como una Magdalena.

— ¿Y luégo?

— Luégo la robaron.

— ¿Quién?

— Un ladron de mujeres..... un infame que la perseguía..... Hubo un incendio en la casa, y Magdalena desapareció sin que se haya sabido más de ella.

Miguel, que hasta entónces había perma-

necido de pié, se sentó pensativo, y despues de un instante dijo :

— ¡Pobre Magdalena!

En esto se oyeron pasos en la biblioteca y una voz que decia :

— No es necesario que nos anuncies..... puedes ahorrarte ese trabajo..... Ademas, la cosa urge, y yo no soy hombre que me resigno á perder el tiempo en cumplimientos inútiles.

— Ah, es Medina, exclamó Miguel levantándose.

En efecto, era Medina, que entró con la misma franqueza que si hubiera entrado en su casa. Detras de Medina entró Guillen, y los tres amigos se abrazaron miéntras Miguel decia :

— No os esperaba tan temprano.

— Pues es preciso que no se nos haga tarde. Toma el sombrero y vamos, que el coche nos espera en la puerta.

La señora Gertrúdis aprovechó la ocasion del abrazo, deslizándose y saliendo de la habitacion sin que nadie reparára en ello. Casi al mismo tiempo entró Fermin, que dirigiéndose á Miguel le dijo :

— La señora Marquesa desea verlo á V. esta mañana.

Guillen y Medina se miraron, poco satisfechos de lo que acababan de oir, y el primero se adelantó diciendo :

— Supongo que dejarás para despues el cumplimiento de esa especie de órden que la superioridad te comunica por la boca de un lacayo, pues en el órden de los tiernos afectos ya se sabe que los amigos son ántes que las mujeres.

— No se trata aquí solamente, añadió Medina, de dos amigos, de dos hermanos; se trata ademas de un buen negocio y de un gran almuerzo, y aunque las mujeres cuestan mucho al tonto que las paga, la verdad es que ninguna vale tanto.

— No obstante, replicó Miguel, hay tiempo para todo..... Me esperais aquí tres minutos, que es el tiempo que yo necesito para ver á la Marquesa, y en seguida soy vuestro..... Allí teneis libros..... nada ménos que una biblioteca..... aquí cigarros de regalo..... ahí periódicos..... Esto va á ser un abrir y cerrar de ojos.

—Vamos, exclamó Medina, la señora te tiene en un puño.

—Va á ser necesario, advirtió Guillen, que le pidamos permiso á la señora para dirigirte la palabra.

Nada contestó Miguel á esta doble observación, sin duda por no detenerse, pues cogió el sombrero y desapareció por la biblioteca.

Medina tomó un habano y Guillen cogió un periódico, diciendo el primero:

—Decididamente, no nos conviene esta Marquesa.

—No, contestó el otro; la criolla es mucho mejor partido.

Y ambos guardaron silencio, como dos personas que todo se lo tienen dicho. Medina, más activo, comenzó á pasearse, mientras Guillen, más cómodo, se tendió en una butaca.

Así esperaron, uno fumando y otro leyendo, saboreando cada uno para sí el cigarro y el periódico. Medina llenándose la boca de humo de tabaco y Guillen llenándose los ojos de humo de imprenta.

CAPÍTULO VI.

Dos noticias interesantes que no tienen nada de particular.

No tardó Miguel tres minutos en subir al cuarto principal, porque esta vez tenía su impaciencia un pretexto que no debemos desconocer. Es muy posible que el afán de ver á la Marquesa lo impulsára á subir la escalera como suelen bajarla los chicos cuando salen del colegio, esto es, á dos, á tres y á cuatro escalones; pero sin duda nuestro héroe subía, digámoslo así, á escape, creyendo de buena fe que se apresuraba tanto únicamente por no hacer esperar mucho tiempo á sus amigos. Cosa bien natural si se

—Vamos, exclamó Medina, la señora te tiene en un puño.

—Va á ser necesario, advirtió Guillen, que le pidamos permiso á la señora para dirigirte la palabra.

Nada contestó Miguel á esta doble observación, sin duda por no detenerse, pues cogió el sombrero y desapareció por la biblioteca.

Medina tomó un habano y Guillen cogió un periódico, diciendo el primero:

—Decididamente, no nos conviene esta Marquesa.

—No, contestó el otro; la criolla es mucho mejor partido.

Y ambos guardaron silencio, como dos personas que todo se lo tienen dicho. Medina, más activo, comenzó á pasearse, mientras Guillen, más cómodo, se tendió en una butaca.

Así esperaron, uno fumando y otro leyendo, saboreando cada uno para sí el cigarro y el periódico. Medina llenándose la boca de humo de tabaco y Guillen llenándose los ojos de humo de imprenta.

CAPÍTULO VI.

Dos noticias interesantes que no tienen nada de particular.

No tardó Miguel tres minutos en subir al cuarto principal, porque esta vez tenía su impaciencia un pretexto que no debemos desconocer. Es muy posible que el afán de ver á la Marquesa lo impulsára á subir la escalera como suelen bajarla los chicos cuando salen del colegio, esto es, á dos, á tres y á cuatro escalones; pero sin duda nuestro héroe subía, digámoslo así, á escape, creyendo de buena fe que se apresuraba tanto únicamente por no hacer esperar mucho tiempo á sus amigos. Cosa bien natural si se

observa la facilidad con que nos dejamos engañar por nosotros mismos.

Cuando llegó al recibimiento no encontró en él á nadie, por la sencilla razon de que el lacayo, mensajero de la voluntad de la Marquesa, no habia vuelto todavía; mas ántes de que hiciera sonar la campanilla llamando á un criado que lo anunciara, vió la risueña cara de Mundeta asomar por entre dos cortinas, guiñando graciosamente los ojos, como quien dice: estoy en el secreto.

Miguel dió un paso hácia la doncella, y ésta, separando las cortinas, descubrió toda su persona, diciendo con voz misteriosa:

— Por aquí, caballero, por aquí.

Miguel le preguntó:

— ¿Está visible la señora Marquesa?

— Visible..... ya lo creo, contestó la doncella; está más que visible.....

— ¡Más! exclamó Miguel.

— Más, repitió ella. Y bajando la voz añadió: está impaciente.

— ¿Le ha ocurrido alguna cosa desagradable?

— No..... le ha ocurrido ver á V., y eso

me parece que no le ha de ser desagradable. ¿No es V. de mi misma opinion?

— No sé, hija mia; pero si está impaciente, me parece que debe V. apresurarse á anunciarle mi venida.

— Eso prueba, añadió Mundeta, que V. tambien está impaciente, y en ese caso pase usted, caballero, pase V. Y apartándose, levantó cuanto pudo la hoja de la cortina.

— Me parece, dijo Miguel, que debe V. anunciarme.

— No señor, no es necesario; V. está dispensado de esa formalidad.

Miguel entró, cruzó varias habitaciones y llegó al fin á la puerta del gabinete reservado de Luisa. Indudablemente conocia el camino á palmos, pues no vaciló ni se detuvo hasta llegar al sitio donde iba. Mundeta, que lo seguia, lo abandonó á su suerte en medio del camino.

He dicho que llegó á la puerta del gabinete reservado que ya conocemos, y debo añadir que, á pesar de la prisa con que habia subido la escalera para no hacer esperar mucho tiempo á sus amigos, se detuvo án-

tes de entrar, poseido de ese deseo, tan común en los amantes, que consiste en sorprender y contemplar al objeto de sus ansias en el abandono á que la soledad incita; en ese estado de confianza y de sinceridad á que nos entregamos cuando creemos que nadie nos ve, que nadie nos mira; en ese momento en que nos despojamos de todo fingimiento, porque ya todo fingimiento es inútil. Yo infiero la cara que el hombre pondrá cuando está á oscuras por la que suele poner cuando está solo. No siempre somos tan débiles que caigamos en la peligrosa tentación de mirar por la cerradura de una puerta detras de la cual hay álguien ó sucede algo, á pesar del poderoso atractivo que sobre los ojos humanos ejercen las cerraduras de las puertas; mas póngase detras de ellas al hombre que se ama ó á la mujer que se adora, y la cerradura de la puerta, sin saber cómo, vendrá á ponerse delante de nuestros ojos para decirnos si *él* ó *ella* rie ó llora, duerme ó vela, lee ó reza, escribe ó cose.

Los amantes gozan del singular privilegio de ver continuamente en el espejo de la ima-

ginación las imágenes, no siempre bellas, de los seres que aman; pero me inclino á creer que todos cambiarían el dón de estas visiones por la facultad de poderlos ver en el espejo de la soledad á traves de una cerradura indiscreta ó por debajo de una puerta imprudente.

Miguel se detuvo, contenido por tan tierna curiosidad, y se creía con derecho á este traidor espionaje, porque el amor se cree con derecho á todo, y vaya V. á decirle á un loco que tenga juicio.

Desde la puerta veía sin ser visto; pero..... ¡vana curiosidad!..... ¿qué veía?..... en rigor nada..... Veía á la Marquesa sentada delante del escritorio con la cabeza caída sobre el pecho, siguiendo con los ojos el rápido movimiento de la pluma con que escribía, interrumpiéndose de vez en cuando para consultar el contenido de una carta que tenía abierta encima de la mesa, y á la cual indudablemente contestaba.

Por lo común la cara del que escribe es una cara seria, reflexiva y atenta, que oye muy formalmente y sin perder palabra todo

lo que al papel confía la mano : el que escribe se escucha.

La cara de Luisa era, pues, la cara del que escribe : un poco fruncido el entrecejo, algo arqueadas las cejas, inclinado el rostro sobre el hombro derecho, los ojos bajos, la boca siguiendo con movimientos casi imperceptibles las múltiples combinaciones de las letras que forman las sílabas y de las sílabas de que se componen las palabras. Mas esta atenta seriedad, propia del caso, se desvanecía de vez en cuando bajo los contornos fugitivos de una sonrisa, que pasaba por su semblante inmóvil, como un soplo por la superficie de un estanque. Le sonreía á su propio pensamiento al verlo nacer al paso de la pluma, y parecía que se miraba en él con la misma complacencia con que solía admirarse en el espejo.

Á Miguel no pudo escapársele que su adorada Luisa se hallaba en un momento de inspiracion y que saboreaba muy agradablemente el efecto que habia de producir lo que estaba escribiendo..... y pensó que era una carta de interes la que tenía entre manos.

¿Á quién escribía tan largo y tendido?..... La pluma se detenía muchas veces, como la aguja del reloj al cual se le acaba la cuerda, y entónces los hermosos ojos de la Marquesa se alzaban lentamente, buscando en las ricas molduras del techo una palabra propia, una frase feliz ó un pensamiento oportuno.

Impaciente por saber qué era aquello, movió el *portier* que cubría la puerta, preguntando :

—¿Se puede?

—Adelante, contestó la Marquesa, soltando la pluma, pero sin levantarse.

Se adelantó Miguel hasta ella y estrecharon sus manos más tiempo del que se necesitaba para cumplir con la formalidad de un saludo afectuoso.

En este tiempo pudo Miguel pasear furtivamente la mirada por la mesa y observó dos cosas. Primera, que Luisa escribía en la cuarta carilla, lo cual era indicio de que las otras tres estaban ya escritas. Y segunda, que la carta á que indudablemente contestaba habia desaparecido de encima de la mesa, lo cual decía claramente que la habia ocultado.

Hechas ambas observaciones dijo :

—Tal vez ha sido una imprudencia interrumpir tan empeñada tarea.

—Se equivoca V., señor mio, replicó la Marquesa al mismo tiempo que se ponía de pié, porque ya he concluido.

—Me alegro, señora, de haber tenido la discrecion de llegar tan á tiempo.

—Siempre, caballero, le sucederá á V. lo mismo.

—Alguna vez es posible que no tenga la fortuna de ser tan oportuno.

—Nunca sucederá eso, exclamó Luisa.

—¿Por qué? preguntó Miguel.

—Porque..... Vamos, ¿serás tan cruel que me obligues á decirlo?

—Más cruel serás tú si te empeñas en callarlo.

—Entónces lo diré, y óyelo bien para que no se te olvide. Siempre llegarás á tiempo..... siempre..... porque todo acaba para mí donde tú empiezas.

Dijo esto la Marquesa tendiéndole por segunda vez la mano, sin duda para que Miguel pusiera en ella la respuesta. Así debió

comprenderlo el jóven afortunado, pues se inclinó gallardamente hasta besarla.

—Muy bien, exclamó ella dando suelta á una gentil carcajada; esto es lo que se llama encontrarse *manos á boca*.

—Y bien, dijo Miguel, ¿á qué feliz ocurrencia debo la dicha de verte en este momento?

—¡Ah!..... ya no me acordaba, contestó..... y es que tienes el singular privilegio de hacerme olvidar todo..... Siéntate..... aquí, junto á mí y hablemos.

Miguel se sentó junto á ella, y ambos se quedaron contemplándose. Despues que esta preciosa niña de treinta y cinco años hubo encendido el alma del jóven con el fuego de todos los deseos, bajó modestamente los ojos, retiró la mano, que Miguel tenía aún entre las suyas, y ladeó la cabeza, exclamando con dulzura :

—Vamos, Miguel, juicio.

—¡Juicio! dijo éste. ¿Acaso es una locura amarte?

—No lo sé..... Algunas veces me parece esto un sueño y me aterra la idea de desper-

tarme y cierro los ojos á todo para seguir durmiendo..... Otras veces me sonrie la idea de que estoy despierta, y la realidad me espanta; porque, ¡ah! la realidad es siempre triste, dura y cruel..... en ella se desvanecen todas las ilusiones; de manera que no sé á qué carta quedarme: me da miedo de que este amor sea verdad y no puedo resignarme á que sea mentira. No te rías, porque el caso es muy serio..... Dime con franqueza, con lealtad, ¿estás seguro de no olvidarme nunca?

Hé ahí una pregunta que solo Dios sabe los millones de veces que se habrá hecho y á la que siempre se ha dado la misma respuesta.—¿Me olvidarás?..... hé aquí una pregunta de pié de banco.—Nunca, hé ahí la respuesta de cajon.

Nuestro enamorado héroe tuvo en los labios la respuesta que todos tienen de antemano hecha para semejante pregunta; pero habia en la manera, en el tono, en la expresion del semblante con que la Marquesa preguntaba esa tontería; tan vivo interes, tan inquieta curiosidad, que Miguel se detuvo

sin atreverse á dar respuesta ninguna, y Luisa prosiguió diciendo :

—Más me agrada la sinceridad de tu silencio que todas esas palabras con que los amantes de comedia se aseguran la eternidad de su fe con juramentos que se pronuncian con la misma facilidad que se olvidan. Se puede decir «te amo», pero no se debe decir «te amaré.» ¿No has olvidado tú nunca?

Esta nueva pregunta entró repentinamente en la memoria de Miguel como un rayo de luz inesperado que ilumina de pronto la oscuridad que nos rodea, descubriéndonos los más ocultos rincones del lugar en que nos hallamos. Así es que Miguel vió allá, en el fondo oscuro de su pensamiento, la sombra de Magdalena, y cerrando los ojos á esta vision interior de su alma dijo :

—No sé dónde vas á parar con esas cavilidades, que se destruyen con una sola palabra.

—Pronúnciala, exclamó Luisa.

—Óyela.

—Di.

—Es ésta : no hay más que un amor, no se ama más que una vez.

—¿Cuándo? preguntó la Marquesa.

—No entiendo la pregunta, contestó Miguel.

—Quiero decir, añadió ella, que cuál es ese amor único y solo. ¿El primero ó el último?

—El verdadero.

—Es lo mismo, insistió la Marquesa, y me obligas á repetir la misma pregunta. ¿Cuál es el verdadero? ¿en qué se conoce?

—Se conoce en que no es posible olvidar al sér que lo inspira.

—¿Y cuándo se averigua eso?

—Cuando se siente.

—Bien comprendo que al llegar á los últimos límites de la vida, hojeando cada cual la historia secreta de su corazón, señale en su memoria una página que pueda estar al principio, en medio ó al fin del volúmen de sus recuerdos, y diga: «Hé aquí al hombre que más he querido, ó ésta es la mujer que más he amado.....» Pero eso, querido mio, es demasiado tarde..... Entonces ya no es

hora de volver por una felicidad que tuvimos en la mano y que apartamos sin conocerla, cegados por mentirosos afectos..... Entonces no nos queda más recurso que llorar nuestra desdicha, porque entonces es cuando el amor verdadero, el único, se levantará ofendido á vengarse de nuestra ingratitud, diciéndonos: « Todo ha sido mentira. »

Ignoraba la Marquesa el verdadero efecto que sus palabras causaban en Miguel, porque no sabía qué género de recuerdos ni qué especie de temores despertaba con ellos en el corazón de su amante; mas le pareció ver en su rostro una sombra de tristeza, y cambiando de tono le dijo :

—No hablemos más de esto..... nosotros no nos engañamos. Y en verdad no te he hecho venir para abrir una cátedra de teología amorosa. Óyeme, porque voy á darte dos noticias que no tienen nada de particular, pero que no dejan de ser interesantes. No dirás que no soy tan amena como un periódico. Ya hemos hecho el artículo de fondo, vamos ahora á la gacetilla.

Sonrióse Miguel, celebrando la gracia de

BIBLIOTECA GENERAL DE MONTERREY

"ALFONSO REYES"

Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

la Marquesa, y áun tuvo intencion de añadir él otra de su cuenta siguiendo el símil; mas se mordió la lengua, recordando la historia de las cuartillas del artículo de *El Oriente*; recuerdo que, mal escondido en su memoria, sacaba la cabeza algunas veces, haciendo sonar en su conciencia el sordo ruido de los *Cencerros tapados*. No obstante, se sonrió y dijo:

—Sí, tienes razon, dejemos á un lado el artículo de *fondo* y vamos á la *gacetilla*. Vengan, pues, esas dos noticias interesantes, que no tienen nada de particular, por las que, estoy seguro de ello, sería capaz *La Correspondencia* de dar..... un *suplemento*.

Sonrióse á su vez la Marquesa, diciendo:

—Atencion. Primera noticia..... Mi hermano ha escrito.

—¡Ah! exclamó Miguel, ya era tiempo. Su repentina é inexplicable ausencia y su obstinado silencio daban pábulo á sospechar alguna desgracia..... No me atrevia á comunicarte mis temores acerca de este asunto, pues aunque tú, cuandoh ablábamos de ello, no mostrabas recelo ninguno y ladeabas la

conversacion diciéndome: «déjalo, mi hermano es un loco», la verdad es que yo no las tenía todas conmigo.

—Pues bien, ya puedes estar tranquilo, porque ha escrito.

—Oh, eso es interesante.

—Mucho, y sin embargo, no tiene nada de particular que un hermano le escriba á su hermana; es la cosa más natural del mundo..... Ve, pues, cómo no teniendo nada de particular, mis noticias son interesantes.

—Reconozco la exactitud de tus palabras..... pero sepamos, ¿qué dice el Duque?

—Dice textualmente que ha sido muy dichoso en su viaje; pero que cansado ya de tanta felicidad ha resuelto volver. Esto es en sustancia lo que dice.

—¿Y de dónde escribe?

—Escribe de París.

—Y no indica nada del motivo de su incomprendible ausencia?

—Ni una palabra..... eso no lo sabremos nunca.

—¿Pues?

— Imagínate..... se le pondría en la cabeza, y no necesitó más para ejecutarlo. Además ha escrito otra carta que me incluye.

— ¿Para quién? preguntó Miguel con cierta viveza.

Luisa clavó en él una mirada penetrante, entornando los ojos para hacerla más intensa ó tal vez para disimular al mismo tiempo su intensidad, y contestó:

— Para tu pareja.

— ¡Ah! exclamó Miguel, sin duda por decir algo, y quizá porque habria creído que aquella segunda carta era para él.

— Sí, añadió Luisa recalcando las palabras, para su futura.

— Ya comprendo: para Mercedes.

— Precisamente, prosiguió diciendo la Marquesa con natural indiferencia..... y como debe estar algo picada por su ausencia y su silencio, ando buscando la manera más halagüeña de ponerla en sus manos. ¿Quieres tú llevársela?

— Yo, contestó Miguel..... no soy la persona más á propósito para desempeñar una comision semejante.

— Entónces yo misma se la llevaré.

— Eso me parece más oportuno.

— Sí; pero vendrás tú conmigo.

— Iré si te empeñas en ello.

— Me empeño.

El amor tiene un lenguaje particular dentro del lenguaje comun, por medio del que las mujeres, sobre todo, expresan sus más ocultos pensamientos en las formas más sencillas, que no siempre suelen entender los hombres, que por lo comun carecen de esa delicada penetracion que Dios, con profunda sabiduría, ha concedido á las hijas de Eva al concederles el usufructo de los sentimientos.

Así es que cuando una mujer con dulce naturalidad pregunta al hombre á quien quiere: «¿No es verdad que mi prima Isabel es muy hermosa?.....» Quiere decir: «Como vuelvas á mirarla te saco los ojos.» Cuando otra, en medio de una conversacion indiferente, halla manera de ingerir estas palabras: «Toda la tarde la he pasado en el balcón», es que dirige á alguno de los que la escuchan la interpelacion siguiente: «¿Dónde

demonios te has metido esta tarde?» Cuando alguna exclama: «¡Oh qué noche tan larga!», quiere decir: «Véte.» Y si, por el contrario, le parece el tiempo ligero, entónces dice: «Espera.»

Con las mismas palabras, con el mismo tono, con la misma ortografía que en el lenguaje comun se expresa una cosa, en este lenguaje particular se dice otra distinta, y muchas veces contraria.

He dicho que éste es el lenguaje del amor, y debo añadir que es más bien el lenguaje de las mujeres. Ellas conocen su debilidad y no se atreven á ir nunca de frente al punto adonde se proponen llegar. Les gustan los rodeos y prefieren á todos los placeres el placer de ser adivinadas. Es incomprendible cómo, siendo tan cautas, puedan los hombres engañarlas tantas veces.

Indudablemente la Marquesa procedía de esta manera en todo el discurso de su conversacion; cuando recomendaba á Miguel que tuviera juicio, es que quería volverlo loco; al asegurarle la sinceridad de su cariño, descubría el temor de un desengaño, pro-

bablemente por infundir en el alma de su amante la duda de que ella parecia poseida, porque á todos los atractivos de su amor queria añadir el atractivo que á nuestros ojos tiene la inconstancia.

Si nos permitimos traducir al lenguaje comun todo su discurso, se nos quedará reducido á estas sencillas frases: «¿Ves cómo te amo?..... Pues bien, puedo dejar de amarte.» Quería sin duda tener sujeto su corazón en el doble lazo formado por el temor, que entristece, y por la esperanza, que alegra.....

Debemos suponer que al proponerle la mision extraordinaria de poner la carta del Duque en manos de la criolla, buscó una negativa, y como la encontró tan pronta y tan resuelta como hemos visto, soy de parecer que sospechó de ella, admitiendo la posibilidad de que Miguel no se resignaba á hacer el papel de *tercero* á los ojos de Mercedes, lo cual suponía una susceptibilidad excesivamente delicada y un tanto sospechosa.

Así debemos explicarnos el empeño de que Miguel la acompañara, pues de esa ma-

nera lo obligaba á ser en cierto modo portador de la carta. Además, la Marquesa necesitaba el desquite de aquel wals en que la criolla salió triunfante, y llevarlo ella misma á su casa, era tanto como decirle: «Querida mía, no te temo.» Muchas tan cautas como la Marquesa suelen hacer lo mismo con insigne imprudencia.

Todo esto es pueril sin duda alguna; el lector acaso no se digne tomarlo en serio; pero debe saber que las mujeres son perpetuamente niños, que por todo lloran y de todo se rien, que de todo se asustan y con todo juegan, que todo lo quieren y todo lo rompen; en una palabra, que todo lo enredan.

Por si á Miguel le pareció raro el empeño de que la acompañara, quiso explicárselo, y dijo:

— No te admire el deseo de que me acompañes, porque tengo para ello la friolera de tres razones. La primera consiste en que hay en este asunto del loco de mi hermano una cuestion de familia: el matrimonio formalmente convenido entre Javier y Mercedes; y

tú, completamente desinteresado, puedes influir en el ánimo de la criolla, excusando el proceder de mi hermano, que es un tronera, y mitigando la irritacion que naturalmente ha de haber causado en el amor propio de la orgullosa criolla la irregular conducta del Duque. Tú tienes para esto un talento á propósito. Tu celebridad de hombre original nos viene de molde, y tú, adorable calavera, eres el único que puedes defender las calaveradas de mi hermano. Tú, que, por supuesto, ya has sentado la cabeza. Esta razon me parece concluyente, y es preciso evitar un rompimiento que sería de muy mal efecto. La segunda es que deseo que todo el mundo te conozca para que todo el mundo te quiera. Y en esto, añadió sonriéndose, llevo yo una idea que ahora me reservo. En fin, la tercera razon no tiene vuelta de hoja y es sumamente sencilla, pues está reducida á que no te separes de mí más que lo absolutamente preciso; por consiguiente, esta noche iremos los dos. Mira tú qué cosa, dijo soltando la carcajada; iremos á *entregar la carta.*

— Irémos, repitió Miguel satisfecho.

Tan vigoroso esfuerzo de lógica era capaz de convencer á una pared maestra, cuanto más á un hombre de carne y hueso, ante cuyos ojos se había hecho brillar todo el esplendor de su influencia y de su importancia.

Era una empresa.....grave..... un alto asunto de familia, para el que Luisa lo consideraba necesario, indispensable, y claro está, quedó convencido. Además, ¿cómo excusarse despues de tan lisonjeras razones? Y hé aquí lo que es la vanidad de cualquier modo que se mire. Por vanidad se había negado á llevar la carta, y por vanidad iba á llevar el hilo principal de la intriga. No había querido ser *correo* y..... vean ustedes..... iba á ser *corredor*. Vamos..... la vida será una cosa muy alegre, pero el hombre es una cosa muy triste.

Cruzando la Marquesa sus delicados piés sobre el taburete de terciopelo que tenía delante, y abandonando la cabeza con graciosa indolencia al respaldo de la butaca en que se hallaba, dijo :

— Vamos ahora á la segunda noticia.

— ¿De qué se trata? preguntó el amante.

— Se trata, contestó ella, fijando indiférentemente los ojos en el techo, de una cosa muy séria, que me ha hecho desternillar de risa. Imagínate el caso más natural del mundo, que es al mismo tiempo inexplicable.

— Me llenas de interes y de curiosidad, me llevas de sorpresa en sorpresa, y me tienes con la boca abierta y el alma en un hilo.

— El caso no es para ménos, querido mio. Cuando lo sepas no vas á saber qué partido tomar, y forzosamente hay que tomar alguno.

— ¿Es asunto que se enlaza especialmente conmigo?

— Ya lo creo.

— ¿Cómo?

— ¿Cómo?..... así.

Diciendo esto, la Marquesa rodeó con sus brazos el cuello de Miguel. Éste, estremeciéndose, preguntó admirado :

— ¿Qué quieres decirme?

— Lo que te digo.

—Luisa de mi vida..... explícate por todos los santos del cielo.

—Pues oye. Tenemos escandalizada á la sociedad.

—¡Escandalizada!..... exclamó Miguel.

—Como lo oyes.

—¿Y es ésa la noticia?

—Ésa.

—¿Y qué dicen?

—¡Oh, dicen tantas cosas!

—¿De tí?.....

—De los dos.

—Pero, si nos adulan.....

—Ya; por eso nos muerden.

—Es una triste cosa.

—Justo, que hace reir.

—Y que puede hacer llorar, exclamó Miguel, poniéndose de pié con aire amenazador. ¿De qué puede escandalizarse la sociedad en que vivimos?..... Donde se concede á la traicion los honores de la lealtad, donde encuentran premio y alabanza las acciones más viles, donde no hay más ley que la ley del oro, ni más moral que la del interes, ni más Dios que el éxito; donde las gentes hon-

radas se esconden en el último rincon de sus casas, como si estuvieran avergonzadas de serlo, ¿quién se considera con derecho á escandalizarse? Pero, en fin, esa dificultad se resuelve fácilmente..... en haciendo enmudecer á uno verás cómo callan todos.

—¿Qué intentas? preguntó Luisa con ansiedad.

—No intento nada; acepto las cosas en el terreno en que se me presentan; me atacan y voy á defenderme.

—Ah, exclamó Luisa; veo que no conoces al enemigo que tenemos delante.

—Ya sé que es temible..... pero sé tambien que es cobarde; sé que es implacable con quien le teme, y débil con quien lo desprecia. Tiene cien bocas que hablan á la vez; mas para imponerles silencio á todas basta con cortar una lengua.

—Te engañas..... el mundo no perdona nunca á sus víctimas predilectas. Por otra parte, la maledicencia es anónima; nadie se hace responsable de ella, y sin embargo, todos son sus cómplices.

Aquí Miguel la interrumpió diciendo:

—¿Y he de consentir que despedacen tu decoro todas esas bocas que te sonrien, todas esas lenguas que te adulan?

—¿Y he de consentir yo, replicó la Marquesa, que expongas tu vida al azar de un lance inútil?

—¿Qué hacemos entónces?

—Primero, reírnos.

—Bien; ¿y luégo?

—Luégo.....

Quedóse Luisa pensativa y Miguel silencioso; ella sentada con la mejilla descansando sobre la palma de la mano; él de pié con los brazos cruzados.

Al fin fué ella la que rompió este embarazoso silencio, pronunciando lentamente las siguientes palabras:

—Confieso que las murmuraciones del mundo me son indiferentes, y que me sobra valor para arrostrarlas yo sola..... pero no hay nada que una mujer estime tanto como su decoro cuando ama de véras; y hé aquí por qué esta vez le tengo miedo al mundo.

—Eso es digno de tí, dijo Miguel; pero es bien injusto que tan delicados sentimien-

tos nos obliguen á bajar la cabeza ante la calumnia.

Al sonar la última palabra que acabo de escribir, levantó Luisa sus ojos y miró á Miguel fijamente; despues los bajó exclamando:

—¡ Ah!..... calumnia, calumnia.

Debió ser esta exclamacion una réplica incontestable, porque el héroe de nuestra historia se rascó la frente como si sintiera en lo íntimo de su razon el picor del convencimiento.

—Bien, dijo; convengo en que no hemos sido cautos dejando traslucir la inclinacion que nos une y dando pretexto á las suposiciones propias del caso; pero podemos darle al mundo un *mentís*, que por cierto será una gran venganza; porque nada lo desespera tanto como engañarse en sus malos pensamientos.

—¿Y cómo?..... preguntó Luisa.

—¿Cómo?..... haciéndole perder la pista de nuestro amor.

—Es tarde para eso, replicó ella con impaciencia, y si no encuentras otro medio más

feliz, será preciso apelar al más doloroso.

Diciendo esto, pasó por sus párpados la fina batista del pañuelo que tenía en las manos y que había sacado del bolsillo de su bata, como si supiera de antemano que alguna lágrima había de asomarse á sus ojos.

Hasta entónces no había visto Miguel llorar á la Marquesa; así es que se sintió vivamente conmovido, y arrojándose á sus piés, le cogió ambas manos cubriéndolas de besos. Entónces ella continuó diciendo:

—No me creas tan cobarde que no tenga valor para llevar á cabo un gran sacrificio; necesito la estimacion del mundo para no perder la tuya; la maledicencia desatada contra mí me ha hecho comprender mi debilidad, y quiero ser fuerte..... Prefiero que me olvides hoy á que me desprecies mañana. Y levantándose con sencilla majestad y dando á su acento un tono particular de dulzura y de energía, añadió:

—Para que me estimes es preciso que nos separemos.

—¡Una separacion! exclamó Miguel atónito..... ¡Separarnos!..... Me causan tus pa-

labras una sorpresa indecible..... Si no creyera en la sinceridad de tu amor como creo, me acometeria la espantosa idea de que buscabas un rompimiento.

—¡Ah, ah! gritó Luisa sin poder contenerse. Hago un esfuerzo sobrehumano en nombre de nuestro amor, y estás á punto de dudar de mi fortaleza..... ¡Cuánto más fácilmente sospecharás mañana de mi debilidad!

—Te juro..... exclamó Miguel.

—No jures, dijo ella, interrumpiéndole; no me comprendes.

—Pero Luisa..... añadió él..... una separacion es imposible.

—Yo, replicó ella con firme entereza, no veo otro recurso.

Reinó un momento de silencio, en que solo Dios sabe qué torbellino de pensamientos revolveria cada uno de ellos en su cabeza. Ambos estaban pálidos, y no era difícil descubrir en la expresion de los semblantes las agitaciones del alma.

Miguel tomó su resolucion, y cogiendo el sombrero se acercó á la Marquesa y le tendió la mano; ella á la vez le tendió la

suya, y las dos manos se estrecharon. Aquella muda despedida tenía toda la solemnidad de las despedidas eternas.

Al fin, las manos se desprendieron una de otra, y Miguel salió del gabinete sin pronunciar una palabra; pero ántes de llegar al fin del pasillo sintió á su espalda sollozos comprimidos, y sin poder dominarse, volvió atras, y entrando precipitadamente y parándose delante de la Marquesa, le dijo:

— ¡Lloras!.....

Ella estaba de pié apoyada contra la mesa del escritorio, cubierto el semblante con ambas manos, y al oír la exclamacion de Miguel las separó rápidamente, diciendo:

— No, no lloro.

En efecto, sus ojos estaban secos.

Miguel suspiró profundamente como el que hace un supremo esfuerzo, y vacilando un momento, pronunció al fin estas palabras:

— No nos queda más que un medio.

— ¿Cuál? preguntó ella.

— Te propongo el sacrificio de mi orgullo de hombre.

— ¿Cómo? volvió á preguntar la Marquesa.

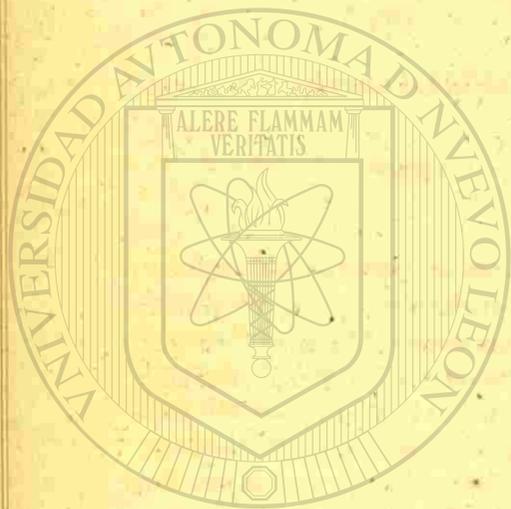
— Uniéndome á tí para siempre.

Esta vez fué ella la que le tendió la mano, diciendo:

— Acepto; pero piénsalo, piénsalo bien.

Cuando la Marquesa se encontró sola en su gabinete, exclamó:

— El mundo..... ¿qué me importa el mundo?..... Es mi amante y será mi marido..... Soy dueña de su corazon y de su voluntad. ¡ Ah, y cómo se resistia el pícaro!..... ¡ Qué trabajo me ha costado hacerle caer en el lazo del matrimonio!..... Es orgulloso — muy orgulloso — mejor; tiene ese encanto más..... Señor Matusalem..... la naturaleza humana le hace á V. traicion..... porque..... porque me caso.



CAPÍTULO VII.

Los amigos.

Ya hemos visto al principio del capítulo anterior al que acabamos de leer, en el cual la insigne portera llevó á Miguel el olvidado retrato de su madre y el último y triste recuerdo de Magdalena, robada y perdida, qué confusión de ideas daba vueltas en la cabeza hermosa, pero destornillada, de nuestro infeliz y afortunado héroe.

Ya hemos visto, pues, cómo, satisfecha su vanidad, halagado su corazón y alucinados sus sentidos con el novelesco, apasionado y original amor de la Marquesa, empezaba á sentir el estímulo de vivas ambiciones, porque no se resignaba su orgullo á pasar, digámoslo así, á la posteridad sin más gloria que la de haber alcanzado el amor de una

mujer hermosa y rica, para lo cual no se necesita, ciertamente, más mérito que el de no ser completamente feo, completamente tonto ó completamente viejo, esto es, ser, poco más ó menos, como cualquiera de los que forman las tres cuartas partes de los hombres que cubren la haz de la tierra.

Una vez que la fortuna loca habia puesto en él sus ojos por medio de una mujer encantadora, se consideraba obligado á hacerle entender que semejante favor no habia caído en saco roto, es decir, que queria contestar á aquella provocacion de la suerte, que lo sacaba de su oscuridad, elevándose por su propio mérito sobre el resto de los mortales.

Todo el ruido que habia causado su repentina aparicion en el mundo lo tenía aturdido, y no se avenia á ser el *ridiculus mus* del parto de los montes, reduciéndose al papel vulgar de amante de *pacotilla* ó marido de cajon. Despues de haber conquistado á la Marquesa queria nada ménos que conquistar el mundo.

El amor de Magdalena..... aquel amor

silencioso y tranquilo de ventana á ventana, á la altura de un cuarto piso, suspendido, digámoslo así, entre el cielo y la tierra, sin que los tiernos pensamientos tuvieran necesidad de la intervencion de las palabras para que uno y otro corazon se entendieran; aquel amor que habia empezado quitándole de las manos la respetable suma de cien mil duros, que se llevó el viento; aquel amor que hizo callar en su alma la voz del orgullo, que la limosna de la Marquesa habia despertado; amor puro, risueño, apacible, tímido y casto, le inspiró el idilio aquel, que recordará el lector, donde la soledad y la naturaleza eran los únicos testigos de su dicha.

El amor de Magdalena, inocente como ella misma, le hizo entrever la felicidad del paraíso, é inundando su corazon de tierna poesía, al repasar las soberbias grandezas del genio del hombre, envidió la gloria sosegada, la grandeza humilde, la inmortalidad tranquila, augusta, serena que Dios ha concedido al genio del poeta.

El amor con que la Marquesa hacia latir

el corazón de Miguel era otra cosa. Si se me permite valerme de imágenes que pueden parecer atrevidas, pero que encierran, sin embargo, verdadera exactitud, diré: que no era el casto eso del ángel, que purifica y ennoblece los deseos, sino la mordedura de la serpiente, que enciende y corrompe la sangre; que no era el eco armonioso que resuena en nuestro corazón diciéndonos «ama», sino el grito salvaje que ruje en nuestros oídos diciéndonos «goza»; que no era el suave calor del alma, sino el ardiente fuego de los sentidos; que no era el amor, sino el deleite.

Magdalena y Luisa pueden representar á nuestros ojos la doble imagen de una misma mujer: la imagen de Eva antes de la culpa, la imagen de Eva después del pecado; la mujer en la cumbre de la inocencia, la mujer en el abismo de la malicia; la mujer que mira al cielo, la mujer que no ve más que la tierra; la mujer que al despertarse Adán de su profundo sueño sonríe dulcemente con la paz y el cariño de los cielos, donde todavía no eran conocidas las tempestades; la mujer

que alucinada por el demonio pone en manos del primer hombre la fruta odiosa del árbol maldito.

Así es que el amor de la Marquesa infundió en el alma de nuestro pobre Adán el deseo insaciable de todas las ambiciones de la tierra; había cogido la manzana de oro, y ya ¡oh miseria de la soberbia humana! lo sabía todo, lo quería todo y lo podía todo.

Repasando por segunda vez la historia de las grandezas del hombre, miraba con desden la gloria de Homero, la inspiración de Dante, el genio de Cervantes. No ve en ellos más que un pobre ciego, un pobre hombre y un pobre manco..... Su crítica ha adquirido ese laconismo terrible, monosilábico, que mata de un solo golpe; es la crítica del desden. *La Iliada*..... Bah..... *La Divina Comedia*..... Phs..... *El Quijote*..... Uf..... Tienen á sus ojos más atractivo la clava de Hércules y los tesoros de Cresos; ser á un mismo tiempo Napoleón y Rostchild era para él poseer el mundo..... Y no discurría mal si se atiende á que con una de esas navajas largas que parecen espadas, y con un bolsillo hondo

como una mina, todo se alcanza y todo se puede, porque lo que no se conquista se compra: el miedo es lisonjero como un hábil cortesano, y la codicia sabe arrastrarse mejor que las culebras.

Los Césares divinos del bajo imperio recibían las adoraciones del pueblo romano á cambio de estas dos gracias: *panem et circenses*; nuestra sociedad, más baja que aquel bajo imperio, dobla la rodilla ante las divinidades humanas de la época bajo el doble poder de esta fórmula: «Pan y palos.»

No iba Miguel desencaminado en su deseo; pero era un poco tarde para abrirse paso en el camino de la celebridad con la punta de la espada..... y envidiando á Napoleon, se decidió por Rostchild.

Una vez millonario, no le faltarian espadas que comprar en el Rastro de nuestras presentes glorias militares; pujaria como nadie en la subasta pública de las alabanzas, y la muchedumbre dichosa se inclinaria á su paso para recoger las brillantes monedas que caerian de su bolsillo. Sería, en fin, un genio; no el genio de los poemas inmortales,

ni de los monumentos augustos, ni de las obras pasmosas; no el genio del espíritu, sino el genio de los inteseses materiales; no el genio de la virtud sencilla y de la fe sumisa, sino el genio de la riqueza insolente y de la prosperidad soberbia.

Pensaba, y pensaba bien, que todos le deberian la felicidad, pues pensaba que todos le deberian dinero.

Sería el genio de su siglo, y el siglo XIX, dejando el título de su clasificacion cronológica, se llamaría el siglo de Miguel, como se dice el siglo de Augusto y el siglo de Pericles, cuando ni Pericles ni Augusto vivieron en siglo alguno, porque cuando ellos vivieron no habia siglos.

Sería, pues, el genio de la prosperidad, de la opulencia y de los placeres; ese genio que la antigüedad burlona simbolizó en un cuerno, llamándole el cuerno de la abundancia. Habia pasado su espíritu de la feliz Arcadia á la corrompida Babilonia.

Mas, sea de ello lo que quiera, el caso es que Miguel sentia una urgente necesidad de hacerse superior á su posicion, de elevarse

sobre sí mismo. En estos tiempos positivos ser algo es poseer un talento cualquiera, una aptitud de cualquiera especie que sea: se reparten la celebridad como pan bendito los toreros, los saltimbanquis, los oradores, los publicistas, los cantantes y los histriones; de cualquier modo se puede ser algo; mas para serlo todo no hay más que una manera: ser rico.

Éste era, poco más ó ménos, el orden de ideas que nuestro personaje sentía bullir en su cabeza, cuando se encontró sorprendido con la perspectiva de un rompimiento que destrozaba su corazón; porque no se renunciaba fácilmente á un placer que no hemos hecho más que probar, y el amor de la Marquesa era un néctar delicioso, que apenas había tocado con los labios.

Rechazado el medio de envolver en el secreto la intimidad de sus relaciones, dobló la frente ante la entereza de Luisa, y propuso el matrimonio, sacrificando al amor que sentía por ella su orgullo de hombre.

Hacerle perder al mundo la pista de aquellos amores era lo que más le convenia, por-

que de ese modo apartaba de sí la apariencia humillante de ser un amante de pacotilla, un simple aventurero de salón, sin más mérito que su bella cara; y aunque esto era ser algo, no le satisfacía. Mas ¿qué hacer ante la repentina y resuelta actitud de la Marquesa?..... El amor triunfó, y se resignó por de pronto á representar en el mundo el papel, poco airoso á sus ojos de marido de cajón..... Vamos; salió del cuarto de Luisa poco satisfecho de su fortuna..... porque, francamente, no le halagaba casarse..... así tan de sopetón..... tan de pronto, con una mujer rica, que al fin y al cabo alguna vez podría pensar que lo había comprado, y en tal caso era, cuando ménos, posible la contingencia de que pensara en venderlo. Un amor tan original, tan novelesco, tan poético, caer de golpe y porrazo en la prosa del matrimonio, no era ciertamente lo que él había soñado.....

Por lo que hace á la Marquesa, su instinto de mujer le había advertido el peligro de que el mundo le robára el cariño de Miguel, y aunque con el miedo que le infundia

el recuerdo de su primer matrimonio, decidió casarse y probar por segunda vez fortuna. Era el desquite de aquella mala pasada que le había jugado el mundo: sentía placer al provocarlo y se hinchaba de orgullo ante la esperanza de vencerlo: entraba en la lucha con la ventaja de su experiencia; y contando con el imperio que había adquirido sobre el corazón de su amante, se arriesgaba á un casamiento, que podía tener varios inconvenientes para su amor, pero que por eso mismo el triunfo sería más completo.

Para las naturalezas altivas las dificultades son atractivos; el empeño que ponen en la realización de sus deseos está siempre en razón directa de los obstáculos que se oponen al cumplimiento de lo que apetecen; es decir, cuantos más obstáculos, más empeños; cuantas más dificultades, más ansia; lo difícil la seducía, lo imposible la embriagaba.

Por otra parte, ¿conservaría mejor el amor de Miguel siendo su manceba que siendo su mujer?..... En fin, la idea de aniquilar con un golpe decisivo las odiosas pretensiones de Matusalem inclinaron decididamente la ba-

lanza de su ánimo en favor del matrimonio.

Mas coloquémonos en su situación y comprenderémos que no había de ser ella la que fuera á pedirle á Miguel su blanca mano, y como comprendía que Miguel no se decidiría nunca á dar ese paso, no vaciló un instante en hacer al mundo instrumento de su propósito, presentando su decoro comprometido por las murmuraciones de las gentes. Un inglés, llevado, en igualdad de circunstancias, ante el tribunal competente, hubiera pagado los escrúpulos de la Marquesa con una indemnización de más ó menos libras esterlinas, y ambos hubieran quedado en paz; pero el atraso en que todavía vivimos respecto á la culta Inglaterra puso al pobre muchacho ante el tribunal de su propio honor, y reconociendo la deuda que su amor había contraído, no encontró más manera de pagarla que poner bajo la custodia de su nombre la conducta de la Marquesa con un matrimonio inevitable.

Mientras Luisa celebraba interiormente el triunfo que acababa de obtener sobre su amante, éste bajaba la escalera decidido á

casarse con la Marquesa; pero empeñado en forzar la máquina de su fortuna, quería llevar al tálamo nupcial algo más que sus veinte y cinco años y su bella persona; porque no podía transigir con la idea de pasar á los ojos del mundo como un marido de alquiler: ni siquiera era licenciado en leyes, carecía de toda posición social, era realmente un advenedizo, un ser que salía de la nada sin más título que su nombre; nombre inútil, porque al darle Luisa su mano le daría casa, coche, palco en la ópera, buena mesa..... todo; y hasta dejaría de ser Miguel Lanuza para llamarse pura y simplemente el marido de la Marquesa.

¡Cuántos le envidiarían la codiciada fortuna de semejante enlace, precisamente cuando las reflexiones que dejó apuntadas lo iban poniendo poco á poco en disposición de darse á todos los demonios! Es verdad que el amor lo consolaba de este contratiempo; pero aunque amaba mucho á la Marquesa, no dejaba por eso de amarse bastante á sí mismo, de manera que lo cegaban á la vez dos amores: el amor ajeno y el amor propio.

Sin embargo, no carecía absolutamente de lo que en el mundo se llama posición social. Era, como sabemos, secretario del Duque, pero esta ventaja lo desesperaba; hubiera preferido caer por la chimenea á subir por la escalera del escritorio. No siendo más que Miguel Lanuza, joven aceptable, brillante, poético, original, hasta encantador si se quiere, no le parecía mal ese empleo de confianza, que más adelante podía abrirle el camino de lisonjeras posiciones; por ejemplo, podía ser diputado, y con la lengua un poco suelta y la conciencia un tanto dócil podía muy bien llegar á ser ministro; mas pasar de la noche á la mañana de secretario del Duque á marido de la Marquesa era un tránsito que lo humillaba. Veía el brillo de este enlace en las condiciones en que se le presentaba, como vió el brillo de la moneda de oro que la misma Marquesa arrojó á sus pies en la calle del Príncipe: le parecía otra limosna.

Con estas cavilaciones llegó al fin de la escalera, y allí, quitándose previamente el sombrero, se dió en la frente una vigorosa

palmada: se había olvidado que Guillen y Medina lo esperaban en su cuarto hacia ya la friolera de una hora.

Estarian desesperados, y esto sería lo de menos; pero se podían haber ido, y eso era más grave, porque precisamente en aquel momento tenía Miguel mucha necesidad de Medina; pues buscando una idea que resolviera la dificultad en que se encontraba, tropezó con un hombre. Medina era para él un hallazgo en aquel instante.

Al entrar en la habitación donde dejó á sus amigos, Medina decía:

— Esa mujer va á ser su perdición.

Guillen, vuelto de espaldas á la puerta por donde Miguel entraba, no pudo verlo, y confirmando la predicción de Medina añadió:

— ¡Va á ser!..... di que lo es..... lo tiene en un puño..... el pájaro está ya en la boca de la serpiente.

— Muy bien, exclamó Miguel acabando de entrar; murmurais, y con razón. Dice el refran que el que espera desespera, pero más bien debe decirse: el que espera, murmura.

— ¿Y qué habíamos de hacer? preguntó Medina. ¿Te parece á tí que se puede dar este *planton* de una hora á dos hombres como nosotros sin exponerse á ser desollado vivo?

Ántes que Miguel contestára á las palabras de Medina se interpuso la voz de Guillen diciendo:

— Déjalo, está en el período álgido de esa enfermedad que se llama amor, y en vez de enojo debe causarnos lástima. Y acercándose al amante de la Marquesa, le puso la mano en la frente, y dijo: Pobrecillo..... no tiene cura.

Miguel se sonrió diciendo:

— Pues todavía no sabéis lo peor.

— No conozco nada peor que enamorarse, observó Medina.

— Y enamorarse de una Marquesa que.....

— ¡Qué! repitió Miguel encarándose con Guillen, que era el que acababa de pronunciar las últimas palabras; mas fué Medina el que salió al paso añadiendo:

— Nada..... que es viuda.

— Eso mismo, exclamó Guillen agarrán-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

dose á la observacion de Medina. ¡Viuda! ¿te parece poco?

—Y vamos á ver, exclamó Lanuza cruzando los brazos y dirigiéndose á uno y á otro. ¿Quereis decirme qué hay de particular en una mujer viuda.....

—Calla tú, exclamó Medina imponiendo silencio á Guillen. Esa pregunta no la haria el último colegial de un seminario, y es preciso que vaya adquiriendo ciertos conocimientos elementales, si no quiere hacer en el mundo un papel muy triste. La respuesta es muy sencilla, querido Miguel..... se le ocurre á cualquiera, y voy á dártela en brevísimas palabras. Óyelas bien, y Dios quiera que no caigan en el saco roto de tu memoria.

—Acaba, gritó Miguel impaciente, porque si la respuesta es tan sencilla, no necesita tanto exordio.

—Allá voy; calma, que no es justo que se venga V. ahora con esas prisas despues de habernos tenido aquí espera que te espera sesenta minutos mortales..... mientras tú..... pobrecillo..... pero vamos al caso: una mu-

jer viuda no es más ni ménos que una mujer de lance.

—Celebro la gracia, dijo Miguel riéndose para no desmentirse; es un chiste de bolsin, que merece darle la vuelta al mundo; pero yo te suplico con todo mi corazon que no lo repitas, porque esa gracia haria fortuna, y es posible que alguno al repetirla no hiciera muy buen negocio.

—Eso es aparte, replicó Medina, guiñándole el ojo á Guillen..... No he de ser yo, tu íntimo amigo, el que vaya á poner en ridículo tus famosos amores con la Marquesa..... pero en cambio no te negarás á convenir en la exactitud de la frase.

—No tiene, exclamó Miguel, exactitud ninguna.

Estas palabras, pronunciadas con más decisión que convencimiento, cogieron á Medina en el momento en que extraía de un succulento cigarro de Cabañas la bocanada de humo más sustanciosa que puede dar de sí el mejor tabaco de la Habana; circunstancia que le impidió replicar con la prontitud que el caso requería, y de la que se aprovechó

Guillen para meter baza, cansado ya de tener la lengua pegada al paladar sin poder decir esta boca es mia.

Así es que se apresuró á soltar una réplica, que para él tenía todo el aspecto de incontestable, y que, cuando ménos, habia de dejar parado al ciego amante de la lista Marquesa.

— No tiene, dijo, repitiendo las palabras de Miguel, exactitud ninguna; mas entónces, ¿por qué temes que la frase dé la vuelta al mundo y ande de boca en boca, yendo de ceca en meca y de zoca en colodra?

A Miguel debió hacerle fuerza la observacion del médico, pues se quedó suspenso mientras que Medina, llenando de humo el aire que respiraba, inclinó la cabeza como quien exclama: «Muy bien dicho.» Muda exclamacion, que produjo en Guillen la satisfaccion del que contra su costumbre tiene la suerte de dar una vez en el clavo.

— Tú creerás, prorumpió Miguel, dirigiéndose al médico, que me has tapado la boca, y en ese caso te compadezco, porque estás en un error deplorable. Tú, como mé-

dico, podrás conocer las miserias de la carne, pero..... infeliz..... no conoces la miseria del mundo. Precisamente le temo al donaire de este agente de bolsa, porque encierra una insigne falsedad, y en el mundo en que vivimos hace siempre fortuna la mentira. Además, las cosas se han combinado de manera que el asunto de estos amores empieza á tomar un aspecto muy serio.

— ¡Pues qué ocurre!..... preguntaron á la vez los dos amigos, admirados.

— Sentaos, dijo Miguel, porque me parece que el golpe que van á recibir vuestros corazones os va á poner en peligro de que caigais de boca.

Los dos amigos se sentaron maquinalmente, como si los oprimiera el peso de las palabras que acababan de oír, y Miguel prosiguió:

— La cosa está definitivamente resuelta; no tengo escape y me caso.

— Así acaban todas las comedias, exclamó Medina, cruzando las manos y haciendo dar vueltas á los pulgares uno sobre otro.

Por lo que hace á Guillen, oyó las pala-

bras de Lanuza como las de un enfermo que dice: «me muero»; y encogiéndose de hombros, añadió:

— No es ésta la primera vez que me encuentro á la cabecera de un moribundo..... Administrarse el matrimonio es lo mismo que administrarse la extremauncion.

— ¡Qué lástima de hombre! exclamó el agente de bolsa, arqueando las cejas y poniéndose de pié.

— Es un dolor..... exclamó á su vez el médico, poniendo los ojos en blanco.

— ¡Qué cotizacion tan desastrosa! añadió el bolsista. Es la bancarrota.

— Aunque con gran sentimiento de la ciencia, advirtió el médico, este caso de fiebre amorosa destruye por su base la general creencia de que el amor es una enfermedad que no mata.

Miguel puso una mano en el hombro de Medina y la otra en el hombro de Guillen, y les dijo:

— Comprendo el dolor que os causa mi desventura y la parte que tomáis en mi desgracia..... Abrazadme, pues, y lloremos jun-

tos; desahogad aquí vuestros corazones afogados; pero, por todos los santos del cielo, no vayáis á desconsolar al mundo con el espectáculo de vuestra pena..... Derramad aquí á torrentes el llanto silencioso que mi infortunio agolpa á vuestros ojos; para eso tengo ánimo; lo sufriré con paciencia..... mas no os respondo de mí si rompiendo los prudentes límites de la compasion que os inspiro, vais por esos mundos de tertulia en tertulia, de café en café y de corro en corro haciendo presente mi futura desdicha con la voz ahogada por los sollozos..... Decid que me caso, que he pedido en toda regla la mano de la bella Marquesa; pero no os afijáis al decirlo; no les quiteis á las gentes que os oigan el placer de envidiarme, para proporcionarles el dolor de compadecerme.

— Comprendido, exclamó Medina..... quiere decir que el duelo se despide aquí mismo, y que el luto no debe pasar del umbral de esa puerta. Guillen, enjuga esos ojos..... vuelve á tu boca contraída la sonrisa de la alegría. Miguel, nuestro amigo casi desde la infancia, nuestro compañero de uni-

versidad, es el más feliz de los hombres..... Se casa..... con una espléndida marquesa, dotada del maravilloso privilegio de una belleza interminable. La posteridad, atónita ante tan obstinada hermosura, se verá obligada á envejecer ántes que ella. ¡Soberbio negocio! Es rica, pero nadie podrá decir que el interes de su fortuna ha movido el tierno corazon de nuestro amigo, porque su fausto llena exactamente la medida de sus rentas. De manera que este dichoso mortal va á ser un potentado sin el fastidio y la incomodidad que causa la árdua tarea de manejar dinero. No solamente es marquesa y rica, sino que ademas es viuda..... ¡Viuda!..... en esta palabra se encierra otro tesoro; el tesoro de un corazon que sabe amar, que no ama empíricamente como el corazon de una niña, que no sabe lo que se hace, sino que ama por principios, con todas las reglas de un amor aprendido, *c* por *b*, y de la cruz á la fecha, en la escuela práctica de otro matrimonio. No falta, pues, requisito, pormenor ni perfil á la dicha de nuestro amigo; tiene asegurada la felicidad. En vista de tan feliz

suceso, y con tan fausto motivo, toma tu sombrero, querido Miguel, y vamos á celebrar tu próximo enlace con el almuerzo que el insigne Matusalem nos tiene dispuesto.

Miguel no se dió prisa á tomar el sombrero, y permaneció inmóvil con semblante poco halagüeño, sin advertir que sus dos amigos, mirándose á hurtadillas, se habian guiñado el ojo.

Guillen tomó la palabra para soltarla en estos términos :

—Si no dulcificas esa cara de vinagre vas á nublar nuestra alegría, y será por cierto un singular contraste el que formaremos los tres: tú, que te casas, triste; y nosotros, que no pensamos en semejante cosa, alegres como unas pascuas. Te hemos acompañado en tu pena, acompañanos tú en nuestro regocijo.

—Vuestra alegría, dijo Miguel, es tan mordaz como vuestra tristeza, y si fuerais capaces de hablar formalmente alguna vez, yo os preguntaria: ¿qué monstruosidad hay en este matrimonio? Yo amo á la Marquesa con todo mi corazon; esto vosotros no lo entendéis.....

Guillen lo interrumpió, diciendo:

— Bien; aunque no lo entendamos, lo creemos; estás enamorado de la Marquesa..... sigue.

Miguel siguió:

— Es noble, es delicada, es tierna y siente hácia mí, tal vez por la bondad de su alma, todo el interes de un amor verdadero.

Aquí fué Medina el que lo interrumpió con estas palabras:

— Ese amor de la Marquesa hácia tí acaso lo entendamos, pero no lo creemos; continúa.

— Sea como quiera, continuó diciendo, yo lo creo y basta; y es el caso que nuestra intimidad sirve de pábulo á la maledicencia. Yo nada pierdo á los ojos del mundo; el papel de seductor inconstante es siempre aplaudido; pero lo perdería todo á mis ojos si dejára indefenso el decoro de una mujer que se ha comprometido por distinguirme. ¿Qué se hace en este caso?

— En ese caso, contestó Medina, se pueden hacer muchas cosas, y una de ellas es la

que tú te propones llevar á cabo. Y en verdad, puesto que hablamos formalmente, no es una locura ese casamiento; es una mujer realmente codiciada, ocupa una gran posición en el mundo y es regularmente rica.

Al llegar aquí observó que Guillen lo miraba asombrado, con el asombro de un actor, que en medio de la escena más interesante oyera á otro actor decir todo lo contrario de lo escrito en su papel. Entónces se volvió á él y le dijo:

— No creas que esto es salir por los cerros de Úbeda; digo la verdad y hablo formalmente. La Marquesa es marquesa; es bella, medianamente jóven y regularmente rica; es, pues, un buen casamiento.

— En ese caso, añadió Guillen, debe casarse y asunto concluido.

— Pues ved lo que son las cosas, dijo Miguel; es un buen casamiento, al cual el amor me lleva y el honor me inclina; y no obstante, encuentro una dificultad, en la que ninguno de los dos habeis caído.

— ¡Una dificultad! exclamaron á un tiempo.

— Una, y no floja.

Los dos amigos se miraron un momento, y despues cada uno de ellos se puso á buscar en su pensamiento aquella dificultad inesperada, miéntras Miguel se complacia viéndolos devanarse los sesos, sin encontrar dificultad alguna que oponer á un matrimonio que cinco minutos ántes no tenian por donde co-gerlo.

Verdaderamente era un cambio de situacion bastante cómico, y al mismo tiempo bastante natural; y tan inesperado para Miguel, que mirándolos alternativamente, se restregaba las manos con la satisfaccion del hombre que repentinamente se encuentra con la novedad de que le ha caído la lotería.

Despues de algunos instantes de reflexion, Guillen cogió su sombrero, y le dijo:

—No caigo..... no sé qué demonio de dificultad es ésa.

—¿Y tú, le preguntó Miguel al bolsista, caes en la cuenta?

—Yo, le contestó, encogiéndose de hombros, no doy en el *quid*.

—Eso consiste, dijo Miguel, en que buscáis la dificultad en ella, cuando realmente

está en mí. ¿Os admira?..... pues vais á salir de dudas; la Marquesa es rica, lo cual es una ventaja; pero yo soy pobre, y hé ahí el inconveniente.

La admiracion de los dos amigos llegó á su colmo; jamas se les hubiera ocurrido dificultad semejante; no comprendian cómo podía ser aquello. Entónces recordó Medina que Matusalem habia dicho: «Quizá le convendria más perder que ganar», y empezó á sospechar algo del absurdo sentido de aquellas palabras, y se echó á reir, diciendo:

—Explícanos eso, si es que hemos de entenderte.

—Bah, exclamó Miguel; me juzgais por vosotros mismos, y por consiguiente, no veis más allá de vuestras narices. Yo sería el hombre más feliz del mundo, si al pedir la mano de la Marquesa pudiera ofrecerle una fortuna por lo ménos igual á la suya. De otra manera, este matrimonio me humilla; es una desigualdad que me ofende.

—Cierto, dijo el bolsista..... para todo se necesita dinero; mas para nada se necesita tanto como para ser rico; esto es de senti-

do comun; pero no veo cómo puedas salir del paso, á no ser que renuncies á ese matrimonio.

—Eso sería lo más prudente, añadió Guillen.

—Eso no es posible, replicó Miguel; pero puedo ganar tiempo, y el tiempo es oro.

—¿Es decir, preguntó Medina, que quieres hacerte rico en un abrir y cerrar de ojos?

—Estoy en la *buena racha*, y voy á jugar á la bolsa; *audaces fortuna juvat*. Y ahora recuerdo que al entrar dijiste que nos esperaba un gran negocio y un buen almuerzo; ¿qué negocio es ése?

Medina, moviendo la cabeza con desaliento, contestó:

—Ése es negocio perdido. ¡Un negocio de trescientos mil duros de renta!

—¡Soberbia fortuna, exclamó Guillen!

—Y á toca-teja..... añadió Medina.

Miguel preguntó con viva curiosidad:

—¿Y cómo en el espacio de una hora se ha perdido tan buen negocio?

—Imáinate, contestó el bolsista, que tan pingüe fortuna te estaba esperando casi

casi con los brazos abiertos; pero que tú, en vez de tender la mano hácia ella, la has tendido hácia la Marquesa.

—Cabal, dijo el médico; ésa es la historia.

—No os entiendo.

—Pues es muy sencillo: si en vez de casarte con la Marquesa te casáras con la criolla, en vez de buscar un capital dudoso, te encontrarías con una renta segura.

—Eso sería venderme.

—Pues mira, prescindiendo del tierno amor que os profesais, casarte con la Marquesa es al fin y al cabo alquilarte.

—Por eso, exclamó Miguel con vehemencia, aplazaré mi matrimonio hasta que haya hecho una fortuna.

El médico interpuso esta observación profunda:

—Eso será si á la Marquesa no se le ocurre tener prisa.

—Estais locos, dijo Miguel. La criolla es la prometida del Duque.

Los dos amigos soltaron á un tiempo la carcajada.

—¿De qué os reis? preguntó Miguel; porque, francamente, jamás he oído una carcajada ni más intempestiva ni más absurda.

—Nos reimos, contestó Medina, del Duque, tu señor, que va á venderse por trescientos mil duros de renta. Pero ya que se ha perdido tan buen negocio, me parece que no debemos perder el almuerzo.

Los tres tenían los sombreros en las manos, y no tuvieron que hacer más que ponerse en marcha.

Guillen echó delante, y Miguel cogió el brazo de Medina, preguntándole:

—Con suerte y con audacia, ¿en cuánto tiempo se puede hacer fortuna en la Bolsa?

—En muy poco tiempo..... Ahora se ha levantado una fortuna casi de repente. En dos meses ha hecho un capital muy respetable..... A Redondo le ha cogido en la última jugada la insignificante cantidad de dos millones y medio de diferencias, y ha estallado entre ambos una guerra á muerte. Yo soy el agente de confianza de Redondo, pero me entiendo también con el otro.

—¿Y quién es el otro? preguntó Miguel.

—El otro es un hombre que lo entiende; un hombre que adivina las oscilaciones de los valores públicos; parece que tiene las cotizaciones en el bolsillo; en la Bolsa es una potencia.

—¿Y cómo se llama esa potencia que tiene las cotizaciones en el bolsillo?

—Se llama Gil y Agudo.

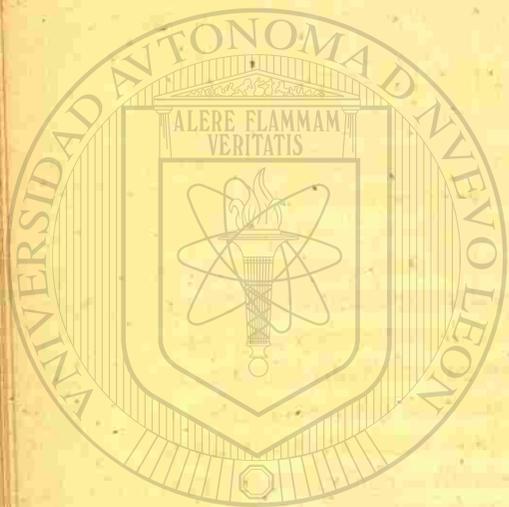
—¡Gil y Agudo! exclamó Miguel.

—Es decir, añadió Medina: el Sr. D. Antonio Gil y Agudo.

En esta conversacion llegaron á la puerta de la calle, en la que los esperaba el coche en que Guillen y Medina habían venido.

Subieron en él los tres amigos, dió Guillen al lacayo las señas de la casa de Matusalem, y el coche partió con ese trote reposado de los caballos que no tienen prisa.

Adelantémonos nosotros y vamos á esperarlos en la casa del insigne Alejandro, que encontraremos abierta en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO VIII.

Donde se come bien, se bebe mejor y se habla
por los codos.

Matusalem estaba impaciente, y con razón, porque hacia una hora larga que esperaba á sus amigos para celebrar con un almuerzo de confianza el feliz advenimiento de Miguel al mundo. Su tierna solicitud por aquel amigo extraviado, que volvía al seno de la sociedad y de la vida bajo tan favorables auspicios, le había sugerido la delicada idea de reanudar los rotos vínculos de la amistad antigua en un almuerzo íntimo, en que un abrazo comun y un mutuo juramento uniría para siempre las voluntades de los cuatro.

En otra ocasión no le hubiera parecido tan larga la hora, porque el tiempo vuela, anda

ó se duerme, segun el caso y las circunstancias, y por eso hay horas que parecen siglos, y días rápidos como un instante. En aquella tardanza temia ver la mano de la Marquesa, y aunque el golpe que preparaba era de un efecto seguro, no las tenía, sin embargo, todas consigo. Además, queria atar bien todos los cabos, y uno de ellos, el más importante, era sondear el corazón de Miguel para calcular bien el alcance del arma que iba á poner en juego.

De repente sintió que un coche se detenía en la puerta de su casa, y poco despues sonó la campanilla del recibimiento con esa precipitación con que llama el que trae prisa, precisamente porque llega tarde.

Guillen fué el primero que apareció, y al verlo Matusalem le preguntó en voz baja:

—¿Y el enfermo?

—Ahí viene, le contestó, muy malo; *in extremis*.

Despues entró Medina y luégo Miguel. Matusalem dijo:

—No os esperaba tan pronto, y en verdad que me sorprende vuestra presencia.

Como la hora de la cita pasó hace ya mucho tiempo, creí que habriais dejado nuestro almuerzo para mañana..... No me deis excusas, porque si son tan largas como la tardanza, vamos á almorzar el día del juicio. Con que, al comedor.

Los cuatro salieron del gabinete de Matusalem y se dirigieron al comedor, sentándose á la mesa Guillen enfrente de Medina, y Matusalem enfrente de Miguel.

El dueño de la casa habia prescindido del rigor de la moda, que impone la obligacion de servir los almuerzos en mesas sin manteles, novedad cuyo origen debe remontarse á tiempos muy remotos, y que al mismo tiempo es un capricho bastante curioso, que no tiene nada de limpio; una mesa sin manteles es una cama sin sábanas; desnudez vergonzosa, sólo comparable á la de una mujer sin camisa.

La mesa, redonda como un duro, estaba cubierta de un rico mantel adamascado, sobre el que cuatro grupos de copas de diferentes tamaños, figuras y colores anunciaban que iba á pasar por allí una sucesion in-

terminable de vinos. Amén de esto, la diversidad de los postres y entremeses, contenidos en preciosos platos de porcelana y en elegantes fruteros, daban seguro indicio de que se trataba de un almuerzo verdaderamente fuerte, en el que Matusalem se había propuesto echar la casa por la ventana.

Guillen fué el primero que, sorprendido por el *confortable* aspecto de la mesa, hizo un gesto de admiración, y soltando la lengua, dijo:

—Grande acontecimiento debe ser la vuelta al mundo de este abogado sin licenciar, cuando Matusalem se entrega al regocijo rascándose el bolsillo de una manera tan increíble, dada su naturaleza económica, incapaz de semejante despilfarro.

—Verdaderamente, añadió Miguel, espasmosa la prodigalidad con que nos obsequia; tanto, que empiezo á dudar si es el mismo ó es otro.

—¡Ah, bribones! exclamó Matusalem. ¡Cómo os reiriais de mí si yo tuviera la debilidad de arruinarme en vuestro obsequio; mas no espereis semejante cosa, y ántes de

celebrar mi esplendidez, esperad el último plato.

—¿Qué quieres decir con eso? preguntó Medina.

—Quiero decir que en un almuerzo de cuatro amigos que se hacen servir de casa de Lhardy los vinos más exquisitos y los manjares más delicados, como pudieran hacerlo cuatro príncipes de las primeras casas de Europa, el último plato es la cuenta.

—¿Es decir, preguntó el médico, que almorzamos á escote?

—Ésa es la regla y ése es el orden; al reunirnos aquí para anudar nuestra amistad antigua, no habíamos de romper la tradición de nuestra antigua costumbre: el escote es la base de la amistad verdadera.

—Eres el mismo, gritó Miguel; te reconozco, y te prometo para la primera ocasión que se presente, el abrazo más tierno que has recibido en tu vida.

—Ya no te temo, replicó Matusalem; porque yo soy el mismo, pero tú eres ya otro. Aquel gaban raído, aquel sombrero horroroso, aquella facha patibularia, cuya sola pre-

sencia me aterraba, han desaparecido. Sanson ha perdido la fuerza..... estás desarmado.

— No solamente está desarmado, añadió Guillen, sino que está herido.

— Más aún, dijo Medina; está desarmado, herido y prisionero.

— Pues, desarmado, herido y prisionero, todavía puedo con los tres.

— Tengamos juicio, exclamó Matusalem; ya no somos niños; Miguel habrá cumplido ya veinte y cinco años; tú, Guillen, andarás tras de los treinta. Medina estará tocando los treinta y cinco, y yo, preciso es decirlo, aunque poco á poco, me voy acercando á los cuarenta.

Al oír estas últimas palabras, los tres que las escuchaban se miraron mutuamente, clavando despues los ojos en Matusalem, que con la presencia de ánimo de un héroe sostuvo sin pestañear y con admirable sangre fría las miradas burlonas de sus tres amigos.

Guillen rompió el silencio, exclamando:

— ¡Cuarenta años!..... Vamos, soy médico y no puedo consentir que de ese modo le

usurpes á las enfermedades el derecho de quitarte la vida.

Matusalem se volvió á Medina, preguntándole:

— ¿Y tú qué tienes que decir?

— Yo, contestó éste, advierto que tu edad experimenta unas oscilaciones desastrosas; siempre está en baja; con las diferencias que arrojan tus liquidaciones podria cualquiera vivir muy cómodamente; tu juego no deja de ser ingenioso; pierdes años para ganar tiempo; en fin, si Dios alarga el resto de mis días, abrigo la esperanza de verte recién nacido.

— Ahora te toca á tí, dijo Matusalem, dirigiéndose á Miguel. Si no se ha agotado el repertorio de tus gracias respecto á mi edad, dinos tu último chiste, que, bajo palabra de honor, lo celebraré como es debido; habla, pues, y cierra este debate incidental consumiendo el tercer turno.

Miguel se sonrió diciendo:

— Yo no tengo nada que añadir al ilustrado juicio de los dos señores que con tanto acierto me han precedido en el uso de la

palabra, y únicamente deseo que, para evitar sucesivas equivocaciones, convengamos en la edad que te has propuesto tener de hoy en adelante.

— Perfectamente, exclamó Matusalem; si yo os dejara discutir el interesante punto de mi edad, nos sorprendería la muerte sin que hubierais conseguido poneros de acuerdo, y hasta seriais capaces de recusar mi partida de bautismo por un año más ó menos. No me sorprende que os escandalicen mis escasos cuarenta abriles, cuando, al bautizarme con el nombre de Matusalem, tuvisteis la generosa amabilidad de concederme la edad dichosa de novecientos años. La cuestión no es de muy buen gusto, pero no he de incurrir en la torpeza de enfadarme porque vosotros con pródiga mano me otorgueis el envidiable dón de tan larga vida.

Un nutrido aplauso cubrió las últimas palabras del orador, y las cuatro copas llenas del vino correspondiente al plato que acabaron de devorar, se vieron á un tiempo suspendidas en el aire, quedando un instante despues sobre la mesa completamente vacías.

Guillen se apresuró á decir:

— Venerable Matusalem, mucho vales, pero te juro que si fueras vino no tendrias precio.

Medina hizo sonar una de sus copas golpeándola con la hoja del cuchillo, y dijo:

— Queda terminado este incidente.

— Justo, añadió Miguel; entremos en la orden del día; la proposición que hay sobre la mesa es ésta: «Ya no somos niños.»

— Pido la palabra, gritó Matusalem, como autor de la proposición.

— Usía la tiene, contestaron á la vez los tres individuos que formaban el resto de la asamblea.

— Señores, dijo Matusalem, no somos niños; la edad viril, por el natural desarrollo de los tiempos, ha puesto término á la ominosa época de la escuela y de la universidad, y hemos sacudido el yugo tradicional de los maestros y de los padres. La naturaleza, incorregible ciegamente, opuesta á todo adelante, nos ha hecho pasar por las horcas caudinas de la infancia, como si en el orden del progreso que forma el espíritu positivo de

nuestro siglo no fuera un verdadero adelanto que el hombre apareciera desde luégo en el mundo hecho y derecho, borrándose de una vez de la historia de la especie humana ese período de esclavitud y oscurantismo por que nos hacen pasar preocupaciones inveteradas. Es una injusticia abominable que hayamos de nacer desposeidos de todo derecho, hasta del derecho de elegir padres, facultad sin la que no puede tener plenitud ni sólido fundamento el principio del derecho electoral. Mas dejando la urgente resolución de esta dificultad á la primera asamblea soberana que se proponga formalmente hacer entrar en el cauce de la civilización moderna á la naturaleza rezagada, para lo cual le bastará un solo voto de mayoría, es el caso que nosotros ya somos hombres y debemos pensar en vengarnos de la injusticia de haber sido hijos, apelando al derecho de ser padres. (*Risas.*) Quiero decir que debemos ir pensando en casarnos. (*Murmillos, Medina pide la palabra. Agitación.*)

Miguel hizo sonar su copa, gritando:

— Orden, orden.

Matusalem añadió:

— He dicho.

— Medina, dijo Miguel, tú tienes la palabra.

Tragóse apresuradamente el bolsista el bocado que tenía entre los dientes, se humedeció la boca con un trago de vino del Rhin, y comenzó á hablar en estos términos:

— El matrimonio tiene tres aspectos, á saber: la costumbre, el amor y la conveniencia; el que se casa por costumbre es un rutinario, el que se casa por amor está ciego, el que se case por conveniencia es preciso que mire bien lo que hace. Comprendo el matrimonio por costumbre en aquellos tiempos en que, alejados los hombres del activo movimiento de la vida pública, sin ver más horizonte que el de las cuatro paredes de la casa, ni más mundo que la familia, pasando el día en las faenas del taller ó en las tareas de la oficina, sin un casino donde matar las noches, sin un café donde consumir las pesadas horas de la vida, sin un club donde revolver el mundo. ¿Qué habian de hacer más que

casarse? No tenían otro recurso. Pasaban de las faldas de la madre á los brazos de la mujer como si no supieran vivir solos, formando parte de aquella vegetacion tranquila en que nacieron, vivieron y murieron nuestros abuelos. Comprendo el matrimonio por amor en la época de los torneos y de las trovas, en que no habia más que un Dios, un rey y una dama; en que á cada Cid le era absolutamente indispensable su Jimena; en que el honor mandaba, el valor obedecía y el amor era el alma de las más locas empresas. Mas hoy, que la mujer está á punto de salir de la esclavitud que la tenía condenada á la cárcel de la casa y al presidio de la familia bajo el título especioso de su debilidad; abrogándose el hombre un protectorado injusto, teniéndola en perpétua tutela, so pretexto de que era hija, de que era madre; hoy, digo, que la civilizacion rompe sus prisiones, y emancipándola de la tiranía de su sexo, la lleva como de la mano á la adquisicion de todos los derechos del hombre, concediéndole todas las aptitudes necesarias para todas las carreras, para todos los oficios, para todos

los empleos, la mujer ha perdido el carácter de compañera sumisa del hombre; más que esposa, es socio, es un capital que se une á otro capital. Entendido así el caso, el matrimonio no puede tener más que un vínculo, el del interes; es la union de dos fortunas, y dejando de ser una tontería ó una locura, se plantea por sí mismo en el terreno formal del negocio, y al plantearse por sí mismo, por sí mismo se resuelve. Ya no es la mujer más bella, ni la más jóven, ni la más honesta, la que tiene en su mano la felicidad del hombre; ese privilegio se le ha otorgado exclusivamente á la mujer más rica. Ahora bien, buscadme una millonaria que me dote con la mitad de su fortuna, que me presente un testamento á mi favor medio minuto ántes de firmar los contratos matrimoniales, y me caso hoy mismo.

Aquí se detuvo para saborear dos cosas: Primero, el efecto que causaban sus palabras en el silencioso auditorio, y despues un prolongado sorbo de Borgoña, que absorbió con sincera delicia.

Matusalem le preguntó:

— ¿Has concluido?

— Creo que sí, contestó; me parece que lo he dicho todo.

— En ese caso, dijo Matusalem, es preciso que oigamos á la ciencia. Y volviéndose á Guillen, añadió: Habla tú, doctor, habla.

Pasó el médico por sus labios la servilleta, y alzando el brazo para hacer ver todas las movibles luces del hermoso brillante que adornaba el dedo anular de su mano derecha, tomó la palabra, y recogiendo su pensamiento soltó la lengua de esta manera:

— No niego que el matrimonio es higiénico; las estadísticas más autorizadas lo prueban. Éste es el hecho; pero yo, entre todas las clases de fiebre que combato á la cabecera de los enfermos, no conozco ninguna más perniciosa que esa calentura continua y perpetua que se llama mujer propia. Discurriendo de otro modo, digo: el hombre y la mujer son dos seres distintos y hasta opuestos, de tal modo que es imposible confundirlos; son dos seres heterogéneos; el matrimonio es la suma de ambos, y yo pregunto: ¿cómo pueden sumarse las cantidades

heterogéneas? Esto es concluyente. El absurdo es antiguo, muy antiguo; tan antiguo como el hombre, pero no por eso deja de ser absurdo, puesto que está en contradicción con la ciencia; ahora bien, buscadme una mujer que no sea un sinapismo y que se halle adornada de la homogeneidad indispensable para no hacerme incurrir en un desatino científico, y vamos, entraré por el aro del matrimonio.

— Ea, Miguel, exclamó Matusalem, replica tú á este par de imbéciles, á quienes probablemente atraparé la primera mujer que les guiñe el ojo.

— Mi réplica, contestó Miguel, es más breve y más compendiosa, más concluyente y más terminante; no tiene vuelta de hoja. Y poniéndose en pié para dar más solemnidad á sus palabras, añadió con énfasis: Señores: yo me caso.

— Dame esa mano, gritó Matusalem tendiéndole la suya por encima de la mesa, para lo cual tuvo que levantarse. Estamos de acuerdo; los extremos se tocan; tú el más jóven y yo el más.....

Aquí se detuvo, sin atreverse á soltar la palabra que tenía en la punta de la lengua y sin encontrar con qué sustituirla; pero Guillen y Medina se apresuraron á completar su pensamiento gritando á duo :

— Tu el más viejo.

— Es lo mismo, añadió; el más jóven y el más viejo se encuentran en el mismo momento de la vida, en ese momento crítico en que la suerte favorable ó adversa va á decidir de sus futuros destinos, porque, señores, yo tambien..... yo tambien he pensado en casarme.

— ¿Con quién? preguntaron á la vez los tres amigos.

— No la conoceis, contestó Matusalem sentándose; y diré más, creo que no la conoce nadie, porque no es tan fácil conocer á las mujeres; quizá sea yo el único hombre que la conoce, y en cuanto á ella, nunca podrá decir que se lleva chasco, porque me conoce perfectamente.

— ¿Y dónde, preguntó Guillen, has encontrado esa mujer desconocida?

— En el mundo, contestó.

— ¿Y la amas? dijo Miguel cándidamente.

— Ni pizca.

— ¿Entónces?.....

Medina quiso sacar de dudas á Miguel, y añadió con marcada ironía :

— Entónces, es claro..... ella es la que está perdida por este hombreen cantador, que le ha sorbido el seso.

— ¡Oh! exclamó Matusalem, ella me detesta con toda su alma.

— ¿Y qué idea te llevas con semejante matrimonio? preguntó Guillen.

— Una muy sencilla..... la idea de casarme..... ni más ni ménos.

Los tres amigos se le quedaron mirando con esa atencion con que se clavan los ojos en los enigmas que queremos descifrar, y Matusalem, satisfecho del interes que inspiraba, continuó diciendo:

— Ved, en cambio, el reverso de la medalla: Miguel va á casarse con una mujer muy conocida, á quien ama ciegamente y de la cual será amado con locura. Éste es el camino trillado. Su futura no dejará de pensar en él ni un instante, y estoy seguro de

que la mía no me olvida ni un momento. Yo, sin embargo, le llevo una ventaja, una ventaja inmensa: sé que me odia, lo cual me pone completamente á cubierto del temor de que me engañe..... contingencia de que ningun amor se halla libre. Mas veo en vuestros semblantes la expresion candorosa de una duda infantil..... Á un mismo tiempo os estais haciendo los tres la misma pregunta. Vosotros decis: ¿Por qué se casa con este hombre esa mujer que lo aborrece? Vais á saberlo, porque en este dia de efusion amistosa no quiero tener ningun secreto para vosotros: se casará conmigo para salir de mí.

Una triple carcajada cubrió las últimas palabras de Matusalem, al mismo tiempo que el estampido de las botellas de *Champagne* anunciaba que habia llegado, por fin, la hora de los postres.

El *Champagne* es un vino orgulloso, que tiene tambien sus pretensiones de subirse á la cabeza, pero que por lo regular sus esfuerzos son inútiles y no pasa de la lengua; es un vino locuaz, bullicioso, alegre, capaz

de hacer hablar á un muerto; así es que á la segunda libacion los cuatro amigos charlaban á la vez sin poder entenderse.

Apaciguado el tumulto, aprovechó Matusalem un momento de silencio para dejar caer la siguiente pregunta:

—Veamos, Miguel, ¿estás en el primer amor?

Miguel movió la cabeza contestando:

—Sí y no.

—¡Bravo! exclamó Guillen: éste no quiere ser ménos estúpido que el otro: será curioso ver cómo prueba que se puede ser y no ser á un mismo tiempo.

—Eso se explica fácilmente, replicó Medina: la Marquesa es una mujer que vale por dos, y para amarla cumplidamente es preciso sentir por ella dos amores, y hé ahí cómo el amor de Miguel puede ser á la vez el primero y el segundo.

La gracia de Medina no produjo el efecto que su autor deseaba: el hombre de las letras de cambio y de los títulos al portador no pudo llevar con paciencia este desaire á su literatura, y sonriéndose con desden del

mal gusto de sus amigos, prorumpió en estas palabras :

—Veo que sois demasiado exigentes y que mi razon no os convence; pero os llevais un solemne chasco si creéis que he dicho todo lo que tenía que decir acerca del asunto, y voy á confundiros.

Semejante arrogancia impuso ese profundo silencio y esa atencion ansiosa que subyugan á los espectadores de un melodrama en el momento de la gran catástrofe.

Medina, con la servilleta en la mano izquierda y el puño derecho enérgicamente levantado sobre las cabezas de sus tres amigas, parecia nada ménos que el mismo Júpiter pronto á lanzar el rayo.

En esta actitud imponente dijo :

—¿De qué amor hablais?..... ¿del amor que inspira ó del amor que siente? El amor que siente es muy posible que sea el amor primero, aunque á los veinte y cinco años suele ser el décimo; pero la Marquesa es viuda, y cuando ménos hay que convenir en que el amor que él le inspira es indudablemente el segundo. Es una, combinacion en

que él pone todo lo que tiene, y ella lo que le queda.

Miguel se mordió los labios, y ésta fué la señal del aplauso con que fueron coronados sus esfuerzos : el triunfo era completo.

Miró Matusalem á Miguel arqueando las cejas con expresion compasiva, diciéndole:

—Todavía te queda el derecho de explicarnos tu contradictoria tésis, haciéndoles ver á este doctor y á este agente de Bolsa que, fuera de enterrar sanos y *levantar muertos*, no saben absolutamente lo que se pescan.

—Me pones, replicó Miguel, en un caso verdaderamente difícil. ¿Cómo se le habla de la música á un sordo, de la luz á un ciego y del alma á un bruto? Sin embargo, os voy á decir que no es la Marquesa la primera mujer que se me ha metido en el corazon, y no obstante, me parece la misma.

—Lo creo, exclamó Guillen sin poder contenerse, porque es cosa averiguada por la ciencia que todas las mujeres son iguales.

—No lo interrumpas, añadió Medina; aquí debe haber una historia interesante.

—Sí, dijo Matusalem, entreveo un caso de

bigamia espiritual, que ha de ser muy curioso.

Miguel apuró una copa y prosiguió diciendo:

— Imaginaos que un día, en el momento en que luchaba por coger entre mis manos en números redondos la fabulosa sumá de cien mil duros hirió mis oídos el estrépito repentino de la carcajada más burlona que ha podido salir de boca humana. Alcé los ojos y entró por ellos..... ¿qué os diré yo?..... ¿Teneis por casualidad idea de cómo son los ángeles?..... ¿Habeis reparado alguna vez en la suave pureza con que Rafael baña el rostro de sus Vírgenes?..... pues entonces imaginaos la faz risueña de un ángel del cielo ó el dulce semblante de una Virgen de Rafael..... Del fondo de mi corazón salió un grito que espiró en mis labios, y me quedé inmóvil y mudo contemplando la rara perfección de aquella criatura. Sus ojos, de un azul profundo, se bajaron ante los míos, su sonrisa se disipó como una luz que se desvanece, y sus mejillas, sonrosadas como el nácar, se cubrieron de un vivo encarnado, y sus espléndidos rizos, de color de oro, cir-

cundaban el gracioso contorno de su cabeza como una aureola resplandeciente. Cuando volví en mí ya era otro.

Los tres que oían este apasionado relato se movieron como disponiéndose á hacer una pregunta; pero Medina los contuvo, y anticipándose preguntó:

— ¿Y los cien mil duros?

— Bah..... exclamó Miguel, los cien mil duros se los llevó el viento; no volví á acordarme de ellos, y hasta me olvidé de Matusalem, á quien aquel día precisamente habia jurado en lo íntimo de mi alma la broma más pesada y más tierna de que tiene noticia la historia.

Sacudió Matusalem los dedos de su mano derecha con la satisfacción del que acaba de escapar de un peligro inminente, y Miguel, dando suelta á un profundo suspiro, añadió:

— Aquel ángel me hizo olvidar á ese demonio. Ya no pensé más que en ella.

— ¿Y ella? preguntó Guillen entornando los ojos.

— Ella..... sentia en su alma lo mismo que yo sentia..... Hoy mismo he sabido.....

—¡Qué! preguntaron los tres viendo que se detenía.

—¿Qué? nada..... que no pensaba más que en mí.

—Prosigue, dijo Matusalem, nos tienes con la boca abierta.

—Ahora, continuó Miguel, se cambia la escena; de la ventana de un cuarto piso hay que descender al jardín de un palacio; en este jardín hay un pabellon, dentro de ese pabellon suena una música que llena mis oídos de dulce deleite, y una voz apasionada canta temblando de amor y de celos. Me acerco poco á poco al pabellon, trepo silencioso á una de las ventanas y veo una cabeza magnífica, unos soberbios hombros, un talle espléndido y el pié más atrevido que puede verse; toda la vida se me agolpa á los ojos, y lo que no veo lo adivino. Aquella mujer se levanta y me hace estremecer con sus movimientos, llenando mi alma de una voluptuosidad indecible..... Era..... ¿qué os diré yo?..... Vénus, la misma Vénus en persona..... En el pabellon hay un caballete, y en el caballete hay un retrato..... se inclina,

lo besa y desaparece..... Envidio aquel beso, salto dentro del pabellon, miro, y aquel retrato era mi retrato..... Salí de allí no sé cómo, y desde aquel momento no he podido olvidarla..... Ahora bien, estas dos mujeres se confunden en mi corazón, se mezclan en mi pensamiento y me parecen una misma.

—Pero son dos, querido mío, añadió Medina, repiqueteando con los dedos sobre la mesa.

—Dos, repitió Matusalem, y bien distintas por cierto.

—Bueno, dijo Guillen, ése es un fenómeno psicológico y fisiológico; pero sepamos: la primera te hizo olvidar á Matusalem, ¿qué te ha hecho olvidar la segunda?

—¡Ah! la segunda me ha hecho olvidar hasta á mi madre.

Matusalem se frotó las manos, preguntando:

—Y dime, ¿qué has hecho de la primera?

—La primera..... se ha perdido.

—No es eso lo que importa saber, se apresuró á decir Medina, y además se supone: lo que no acierto, lo que me tiene lleno

de interes es dónde fueron á parar los cien mil duros.

—No lo sé, contestó Miguel.

—Matusalem aspiró con delicia el perfume que exhalaba la taza de café que acababan de servirle, diciendo :

—Una curiosidad me acomete. Si esa Virgen de Rafael y esa Vénus de Médicis, si ese ángel del cielo y esa mujer del mundo te se presentáran á la vez, ¿con cuál de ellas te quedarías?

Miguel se entretuvo en encender un hermoso habano, sin duda por eludir la pregunta, quizá por no encontrar la respuesta; pero Guillen lo sacó del apuro contestando:

—Yo no vacilaria ni un momento entre dos mujeres como ésas; es claro, no hay duda posible..... me quedaria con las dos..... hay cosas que se caen de su peso.

Los cuatro amigos tomaron silenciosamente el café, como si cada uno de ellos se sintiera llamado al interior por una idea particular, y si nos guiamos por la diversa expresion de sus rostros, debemos inferir que cada uno pensaba en una cosa distinta.

Medina parecia irritado, Matusalem complacido, Guillen admirado, y Miguel triste.

Si adelantamos el juicio y suponemos la idea que cada uno podría tener entre cejas en aquel instante, convendrémos en que Medina pensaba en los cien mil duros, Matusalem en la Marquesa, Miguel en Magdalena, y Guillen en una y en otra.

Matusalem fué el primero que rompió el silencio diciendo :

—Comprendo, Miguel, que te mortifique el recuerdo de la primera al unirte para siempre á la segunda, porque ése es el corazon humano; por mucho que á tus ojos valga la Marquesa, la imágen de la otra ha de perseguirte con esa tenacidad con que nos persiguen las felicidades verdaderas ó supuestas que hemos perdido. Es la expiacion de tu inconstancia..... pero la cosa no es para perder el sueño. Alégrate, pues..... haces un buen matrimonio..... Rango, fortuna, belleza y celebridad, todo esto reúne la Marquesa, y no es justo que le des por rival el recuerdo de una pobre muchacha, que no po-

dia ofrecerte más que su inocencia, su juventud y su hermosura.....

Miguel soltó una carcajada estrepitosa, y levantándose dijo:

—Ea, no hablemos más de este asunto: las mujeres han nacido para hacernos dichosos, y bien imbécil será el que se deje hacer infeliz por ninguna. Vi la luna y se llenó mi alma de dulce melancolía; he visto el sol y me abraso.....

—No digas más, exclamó Matusalem; estás en tu derecho..... Y dime, tu matrimonio, ¿es cosa decidida?

—Irrevocable.

—Ya lo creo, añadió Guillen, como que ha pedido oficialmente la mano de la Marquesa.

—¿Á quién?

—Toma..... á ella misma..... ¿habia de habérsela pedido á su difunto marido?

—¿De manera, volvió á preguntar Matusalem, que la cosa irá á escape?

Miguel contestó:

—No tan á escape, porque ántes quiero ser rico.

—¿No lo es ella?

—Por eso quiero yo serlo.

—Medina los interrumpió, dando una puñada en la mesa al mismo tiempo que exclamaba:

—Ahí tienes, imbécil, lo que es tu falta de cálculo y tu imprevisión deplorable..... ahora te vendrían de molde, como caídos del cielo, los cien mil duros que la tonta de los cabellos rubios y de los ojos azules te hizo perder de una mano á otra..... ¡Dos millones! ¡dos millones!..... que se podían doblar de un golpe en la jugada que hay pendiente. Eres el ser más desgraciadamente afortunado que conozco: una te hace perder cien mil duros de capital; la otra te hace perder trescientos mil duros de renta.

—Tiene razón Medina, dijo el médico.

—No importa, añadió Matusalem, si quiere ser rico ántes de casarse, lo será; y en todo caso no nos hemos de entristecer en la ocasión presente por dos miserables millones, que tiene cualquiera. Ese asunto lo trataremos despacio. Ahora vamos á poner término á nuestro fraternal banquete con un

bríndis á la felicidad del primero de nosotros que dé el espectáculo de una boda ruidosa.

Cada uno cogió su copa, y los cuatro á la vez las apuraron. Despues se confundieron en un mutuo abrazo, que tenía trazas de ser eterno; pero dieron las tres, y Medina, al oirlas, desatando el estrecho vínculo de aquella amistad renovada, dijo:

—Señores, aquí falta uno: se aproxima la hora de la cotizacion y corro á la Bolsa.

Guillen se acercó al oído de Matusalem y le preguntó en voz baja:

—¿Vamos á consentir que se case con la Marquesa?

Giró Matusalem sobre el talon izquierdo, dando una vuelta en redondo, y contestó en voz alta:

—Verémos, verémos.

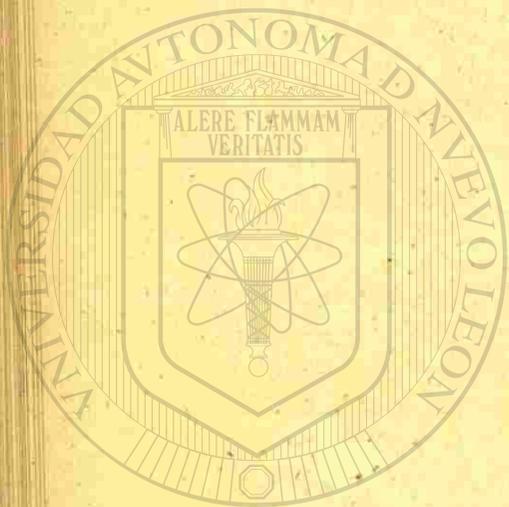
Como Medina habia desaparecido sin esperar á nadie, el doctor en medicina y el abogado sin licenciar tomaron sus sombreros y se despidieron de Matusalem.

En cuanto éste se vió solo salió del comedor, y entrando en su cuarto, hizo dos ó tres

muecas delante del espejo, se envolvió en un gaban y se echó á la calle.

Por la escalera iba diciendo:

—Perfectamente: el golpe que voy á dar es seguro. La criolla está cargada..... es un arma que puede ser terrible..... vamos á dispararla.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

CAPÍTULO IX.

Un cuadro histórico.

Aquella misma noche, como tenían convenido, fueron la Marquesa y Miguel á la casa de las señoras de Vegahonda, á poner en manos de Mercedes la carta del Duque.

Por un capricho de la criolla se hallaban en casa la madre y la hija, pues era una de las noches en que con motivo ó con pretexto de la novedad del espectáculo, del mérito de la tiple ó del tenor, la buena sociedad se da cita en el magnífico teatro de la plaza de Oriente, y en esta clase de citas es indispensable la asistencia de toda persona visible, porque precisamente allí no van más que á verse. Pero Mercedes se habia propuesto sin duda brillar por su ausencia, y á última hora habia dicho que no iba al teatro.

Así es que la Marquesa pudo encontrarla en su casa, á pesar de que por la razon que he indicado temió que estaria en el teatro.

La sorpresa que experimentó Luisa al oír á los criados decir que las señoras estaban en casa, fué exactamente la misma que experimentó Mercedes al oír anunciar á la señora Marquesa. ¡Pobre teatro!..... ¡qué chasco se iban á llevar los espectadores viendo desocupados el *palco* de la rica criolla y la *plantea* de la bella Marquesa!

Mercedes se adelantó á recibir á la hermana del Duque, y ambas se abrazaron cariñosamente, besándose, si es posible decirlo así, con la punta de los labios.

—¿A qué feliz circunstancia, dijo la criolla, debemos el honor de tan inesperada visita?..... yo te hacia en el teatro.

—Precisamente, le contestó la Marquesa, pensaba yo eso mismo, y al saber que estabas en casa, me he dicho: ¿qué desgracia habrá ocurrido para que Mercedes no esté en el teatro?

—¡Oh! es curioso esto, exclamó la jóven americana, tendiendo la mano á Miguel, que

la saludaba. Tú al verme aquí temes una desgracia, y yo al verte creo que es un feliz motivo el que te trae.

—Eso último es muy posible.

—Vamos, no mortifiques mi curiosidad. Ya sé yo que para recibir las buenas noticias hay que prepararse tanto como para recibir las malas; pero, Marquesa, créeme: estoy ya bien preparada y te juro que no me matará la alegría. ¿Qué es ello?

—Voy á decírtelo: una carta que he recibido.

—¡Qué casualidad! dijo Mercedes riendo á carcajadas. A tí te trae una carta que has recibido, y á mí me tiene en casa una carta que he escrito.

—Y lo más gracioso del caso será, añadió la Marquesa riendo á su vez, que la carta que tú has escrito sea la respuesta á la que yo he recibido.

—Justo, exclamó Mercedes, sin dejar de reírse..... dalo por hecho; sin duda ninguna es la respuesta.

—Supongo que en ella te despacharás á tu gusto.

—Enteramente; creo que no se me ha quedado nada en el tintero.

—Él es un niño.....

—Oh, sí; terrible.

—Y ya es preciso que siente la cabeza.

—Veremos si la sienta.

—Aquí tienes, dijo la Marquesa, la carta que yo he recibido.

Mercedes indecisa vaciló un momento, pero al fin cogió la carta que la Marquesa le presentaba, y aproximándose á un velador inmediato, la dejó en él, diciendo:

—La que yo he escrito irá pronto á su destino.

En esto la señora de Vegahonda tuvo la bondad de levantar la voz desde el fondo de su butaca, y hablando como si cada labio le pesára una arroba y la lengua un quintal, dijo:

—Niñas..... ¿qué hacen ahí tanto tiempo..... de pié?..... se van á cansar..... vénganse por aquí..... miren qué gracia dejarme sola.

Luisa acudió á saludar á la señora de la casa, que se quejaba del abandono en que la

tenian. Despues se acercó Mercedes y le dijo á su madre:

—Mamá, te presento al Sr. Lanuza, que ha venido acompañando á Luisa.

—Oh, oh..... muy señor mio.... Siéntese y trátenos con confianza; tenemos de él muy buenas noticias..... y mire, á mí me gustan mucho los jóvenes..... sentados..... juiciosos..... porque en el mundo, mire, hay que andar con piés de plomo.

La señora de Vegahonda, aunque parezca inverosímil, tenía tambien su alma en su almario, no estaba muy contenta con el proceder del Duque para con su hija, y se valia de aquellas alabanzas dirigidas á Miguel como una pulla que debia ir derecha á clavarse en la Marquesa.

Miguel á su vez cogió la ocasion por los cabellos, é inclinándose con graciosa finura, dijo:

—Es terrible para mí, señora, no participar completamente de su parecer la primera vez que tengo el honor de tratarla.

—Vamos á ver, replicó la señora, qué gracia le encuentra á una cabeza destornilla-

da que no puede parar en ninguna parte..... ay, á mí me marean..... me fatigan, me cansan esos torbellinos sin piés ni cabeza.

Cuando acabó de pronunciar las palabras que dejó escritas, dobló la cabeza sobre el respaldo de la butaca, como si aquel esfuerzo hubiera agotado su talento y su energía.

Miguel esperó por si tenía algo más que añadir, y viéndola sumergida en la inmovilidad y el silencio, dijo:

—Señora, el hombre ha de hacer alguna locura.

—O alguna tontería, añadió Mercedes con singular viveza.

—Bien; y tontería ó locura conviene que la haga ántes de que pueda comprometer la dicha ó la tranquilidad de toda su vida; es preciso dejarle que pague ese tributo que la juventud reclama; que conozca el mundo por experiencia propia, para que despues no lo alucine y lo deslumbre el resplandor de falsos placeres y de mentidas felicidades; la razon se adquiere con los años, y el juicio con la experiencia..... un hombre sin mundo es hombre perdido. La juventud es irreflexiva,

loca, impaciente, arrebatada; sale el hombre de la infancia á la juventud como sale un pájaro de la jaula al espacio; ¿y qué ha de hacer? volar, tender las alas, elevarse, perderse..... hasta que cansado se esconde en el fondo de un valle; allí encuentra la sombra bienhechora de un árbol tranquilo que abre sus hojas para recibirlo, tendiéndole sus ramas hospitalarias; allí hace su nido, y allí vive y allí muere.

Mercedes no tuvo nada que replicar, y la Marquesa añadió:

—Nada satisface tanto nuestra vanidad de mujer como fijar á un calavera.

La criolla elevó el labio inferior haciendo un gesto de marcado desden, y dijo:

—Yo no sé dónde se encuentra la division que separa una calaverada de una infamia, porque observo que muchas veces las más odiosas acciones se celebran en el mundo como genialidades de un carácter original, como locuras encantadoras. No seamos severos con las ligerezas propias de la poca edad, dejemos que vuele el pájaro que se escapa de la jaula; pero convengamos en

que las camisas de fuerza se han hecho para los locos, y los presidios para los criminales. Además, querida Marquesa, los calaveras no son ya del mejor gusto. Si aún alcanzan éxito en los cafés y en los casinos, no están muy bien recibidos en el seno de la familia.

La Marquesa y Miguel se mordieron los labios, y la primera exclamó:

—Oh niña mía..... hablas como un libro.

—Como un libro sumamente severo, añadió Miguel.

Sumamente justo, replicó la criolla; pues á los veinte y cinco años me parece que un hombre ya debe tener juicio, puesto que á nosotras nos obligan á tenerlo mucho ántes que dejemos de ser niñas.

—Te sobra la razon, vida mía, dijo la Marquesa con afable hilaridad; es una injusticia que no tengamos desquite..... Comprendo muy bien la severidad de tus palabras, porque debes estar bien poco contenta del loco de mi hermano.

Aquí la señora de Vegahonda movió lentamente la lengua, preguntando:

—Miren, ¿y qué noticias hay del Duque?

—Que llega de un día á otro, contestó Luisa.

No pudo Mercedes ó no quiso contener un movimiento de alegría, y uniendo la palabra al movimiento, exclamó:

—Ah..... viene pronto..... ¡cuánto lo celebro!

Esta exclamacion, que parecia en efecto arrancada del fondo del alma, tranquilizó á la Marquesa, en cuyo ánimo habian empezado á levantarse muy serios temores acerca del dudoso afecto de la criolla hácia el Duque.

—Es un loco, añadió Luisa, un loco de atar; pero te ama, eso es indudable.

—Sí, es indudable, repitió Mercedes; es un punto respecto al que no me cabe duda ninguna, y si me es permitido hablar con entera franqueza, te juro que le correspondo.

Habia tal expresion de sinceridad en estas palabras, que la Marquesa les concedió el honor de tomarlas al pié de la letra, alegrándose interiormente de que Miguel oyera de los labios mismos de su futura cuñada una

confesion tan espontánea y tan ingenua.

En cambio el secretario del Duque se hallaba muy léjos de participar de la satisfacion de la Marquesa, pues creia notar en el acento de la criolla una levadura de ironía inexplicable, y callaba observándola atentamente, con esa mirada vaga é indecisa con que los ojos sorprendidos sondean las profundidades de una oscuridad repentina.

Volvió la señora de Vegahonda á tomar la palabra, y con su meloso y desmayado acento dejó caer esta pregunta:

—Y diga. ¿Sabrémos ahora el motivo de su larga ausencia y de su precipitado viaje?

—Creo, contestó Luisa, que será siempre un misterio. Y como si quisiera corregir su propia frase, añadió: Creo que será un misterio, porque estoy persuadida de que no hay en ello misterio ninguno.

—Para mí, añadió Mercedes con la viveza de una conviccion profunda, no lo hay. Y dirigiéndose á Miguel, le dijo: ¿Qué le parece á V., Sr. de Lanuza?

Hojeaba Miguel en aquel momento un *album* preciosamente encuadernado que con-

tenía las caprichosas caricaturas de Goya, medio que habia elegido para observar más cómodamente á la jóven americana, cuyo tono y cuyas palabras, sin saber por qué, le chocaban sobremanera.

Al oir la pregunta que se le dirigia, cerró de golpe el libro que tenía en la mano, y contestó:

—Creo, como ustedes, que en el viaje del Duque no hay más que una de esas cosas que se piensan despues que se hacen. Es tan fácil ya darle una vuelta al mundo, que bien puede una persona desocupada salir de su casa y ocurrírsele hacer una visita en Lóndres, ó darle un vistazo á París, y sin más ceremonias ni más despedidas, irse á París ó á Lóndres como se va á la casa del vecino. No veo, pues, que haya precision de inventar ningun secreto para explicarse un hecho que en Madrid será raro, pero que en París es muy frecuente, y en Lóndres la cosa más natural del mundo.

A un mismo tiempo la Marquesa y Mercedes hicieron ademan de convenir en ello, y la última dijo:

—Si yo hubiera abrigado alguna duda, la habría desvanecido la explicacion que acabo de oír, tanto por lo concluyente de las razones como por la autoridad de la persona, pues siendo V. el secretario del Duque, habia V. de estar naturalmente en el secreto. ¿Es verdad, Marquesa?

Habló de esa manera la criolla animando el contorno de su boca con una sonrisa tan fina, que cortaba; y sea por esta circunstancia ó por otra, el caso es que la Marquesa creyó conveniente variar la conversacion, y dando á su acento toda la naturalidad posible, dijo:

—¿Qué pintas ahora, querida mia?

—Ahora, contestó, he concluido precisamente un cuadro.

—¿De capricho?

—No; de historia.

—Hola, histórico.....

—Sí, como tu poema.

—Supongo que no me negarás el placer de admirarlo.

—Si te empeñas, lo verás; tú eres una profesora consumada y serás indulgente. Y

este caballero, añadió dirigiéndose á Miguel, me dispensará el mal rato que voy á proporcionarle con mi obra.

—Cualquiera que sea el mérito del cuadro que vamos á ver, y que me es enteramente desconocido, me atrevo á anticipar una alabanza.

—Veamos, dijeron á un tiempo Mercedes y Luisa.

—Me parece que no le ha de faltar intencion.

—¡Oh! exclamó la Marquesa con cierto énfasis; la intencion es el alma del arte, porque es el pensamiento que anima á la obra; ése es el secreto de los grandes maestros, y si esta inocente niña ha adquirido ya cualidad tan suprema, va á ser un portento.

—Gracias, señores, exclamó Mercedes poniéndose en pié; mi orgullo de artista está satisfecho; pero ¡ah! es peligroso lo que voy á hacer enseñando mi obra, y yo no debo retroceder, ni quiero, añadió con firmeza, porque no puedo tolerar que se me engañe. Voy á traer mi cuadro, y V., caballero, ten-

ga paciencia, pues se le va á caer la venda de los ojos.

Diciendo estas palabras, salió precipitadamente dejando á Miguel y á la Marquesa con la sonrisa en los labios.

La madre, al verla correr, no pudo contenerse, y exclamó:

— ¡Niña! ¡niña!..... mire..... no se caiga.

A los pocos instantes volvió trayendo un cuadro de pequeñas dimensiones, y su madre volvió á exclamar asombrada:

— ¡Niña! ¡niña!..... ¿Cómo puede con tanto peso?..... ¿Por qué no le ha dicho á Panchito que lo traiga?.....

Miguel acudió, y tomando el cuadro de manos de Mercedes, lo colocó sobre el velador, sosteniéndolo por la espalda con el brazo izquierdo é inclinándolo de modo que recibiera la luz de la manera más conveniente. Mercedes se colocó al otro lado, ayudando á Miguel á sostener el cuadro, de forma que la mano izquierda del uno y la mano derecha de la otra se podían tocar sin ser vistas por detras del lienzo.

La Marquesa tomó posicion delante del

cuadro, al que, como ya hemos podido observar, servian de caballete el velador sobre que descansaba, y Miguel y Mercedes, que lo sostenian por uno y otro lado. Luisa daba la espalda á la señora de Vegahonda, que permanecia tranquilamente en su butaca.

— Muy bien, exclamó Luisa..... despues que hubo encontrado el punto de vista conveniente, ó mejor dicho, el punto de luz necesario para obtener la impresion verdadera del cuadro. El primer efecto es bueno.

— Examínalo atentamente, dijo Mercedes, y no te pares en la posicion de las figuras, pues ya sé que es un poco violenta; observa el dibujo y el colorido, y dime los defectos para corregirlos.

— El colorido no se puede apreciar bien á esta luz; en cuanto al dibujo, me parece que has adelantado mucho.

Diciendo esto la Marquesa, buscó los ojos de Miguel para darle á entender con una mirada burlona que el cuadro que tenía delante era un solemne mamarracho; pero en aquel momento Miguel habia inclinado ligeramente la cabeza y parecia que miraba el

respaldo del cuadro, como si detras del lienzo sucediera alguna cosa interesante.

Al mismo tiempo decía Mercedes:

—Tenga V..... Lanuza..... tenga usted bien..... y apartándose del cuadro, fué á colocarse junto á la Marquesa, añadiendo..... Ya ves, representa el momento en que Luis XIV sorprende el secreto de mademoiselle de La-Valière.

—Sí, dijo Luisa, es un precioso asunto..... pero el secretario de tu futuro esposo no sé qué tiene, que no me deja ver tranquilamente, pues no hace más que mover el cuadro.

Es claro, la movilidad de Miguel tenía una razon que la Marquesa no podía adivinar..... Consistia en que la criolla habia deslizado muy suavemente por detras del lienzo un papel, que nuestro héroe habia encontrado en su mano sin acertar á explicarse qué significaba aquella confianza inverosímil y aquel misterio incomprensible.

Lo que tenía en la mano era un billete; un billete que la criolla acababa de entregarle secretamente por detras del cuadro con

una serenidad pasmosa. Semejante desenvoltura lo tenía atónito, porque, dadas todas las circunstancias, aquel billete no podia ser más que un billete amoroso.

Por más que esta aventura inesperada halagára su vanidad, no dejaba por eso de ser un lance que iba á ponerlo en un grave apuro, pues su situacion entre la Marquesa y la criolla iba á ser muy difícil, aunque muy agradable.

La movilidad del cuadro, que no dejaba ver á Luisa con exactitud las bellezas del lienzo, nacia, naturalmente, del movimiento que tuvo que hacer Miguel para trasladar discretamente el misterioso billete de la mano al bolsillo.

Esta operacion no se le escapó á Mercedes, y sin duda para facilitarla volvió á su primera posicion, y cogiendo el cuadro, dijo:

—Vamos..... es V. muy torpe..... yo lo tendré, porque ahora le toca á V. admirar mi obra.

Miguel obedeció sumisamente y fué á colocarse al lado de la Marquesa.

Ésta le preguntó despues de un momento de silencio :

— ¿Qué le parece á V. ?

— Me parece, contestó, que esta señorita posee una gran habilidad ; yo me confieso sorprendido.

— No se fie V., replicó Mercedes, de las primeras impresiones : los juicios que por ellas se forman suelen ser equivocados.

Desde este momento la conversacion comenzó á languidecer, y poco despues la Marquesa se despidió, y acompañada del secretario de su hermano y asida á su brazo salió á pié de la casa de la criolla.

Á las tres de la mañana Miguel daba vueltas por su cuarto como un loco ; el desórden de sus ideas se traslucia claramente en el extravío de su mirada y en la amarga expresion de su sonrisa. Pasaba sucesivamente de la más viva exasperacion al más hondo abatimiento..... ¡ Ah ! la fortuna le sonreia de un modo bien cruel..... Cada paso en el camino de su prosperidad, cada triunfo de su orgullo, le costaba , digámoslo así, un pedazo del corazon. Desde que empezó á ser feliz se

habia encontrado, casi en el umbral de su dicha, á punto de suicidarse, y ahora, si hemos de juzgar por la agitacion de que se halla poseido, parece que algun pensamiento tremendo nubla la serenidad de su alma.

Tiene en sus manos el billete de la criolla, que ha leído ya más de veinte veces, y que vuelve á leer con la misma sorpresa, con la misma admiracion, con la misma ansiedad, con la misma ira con que ha debido leerlo la vez primera.

En esta situacion de ánimo lo sorprendió el día ; y la primera luz de la mañana, penetrando en la estancia al traves de los cristales, debió dar más terrible realidad al motivo de su desesperacion, pues apretando los puños y rechinando los dientes exclamó con voz sorda :

— Sí, sí..... todo lo veo con horrible claridad..... ahora distingo perfectamente todos los hilos de la trama, ahora veo cómo se entrelazan, cómo se anudan, cómo se tejen.

Despues, como si rechazára una idea que al parecer iba tomando cuerpo en su imaginacion, añadió :

— No, no..... esto hay que meditarlo despacio..... no confundamos los géneros; es una comedia indigna que no merece los honores de la tragedia..... el puñal más agudo es el puñal del desprecio.

Hablando así consigo mismo se dejó caer sobre un sofá, donde poco á poco se fueron cerrando sus párpados hasta que se quedó medio dormido con ese sueño al través del cual se ve entre confusas sombras la imagen terrible ó risueña que domina en nuestro pensamiento.

Al despertarse abrió los ojos, echando á su alrededor una mirada indecisa, despues se pasó la mano por la frente, como si quisiera disipar la tempestad que se agitaba en su cabeza, y por último, se puso en pié, diciendo entre dientes:

— Ah..... esto es un sueño..... un sueño.

Mas reparó en un papel medio estrujado, cuya sedosa blancura se destacaba sobre el terciopelo verde oscuro del sofá, y cogiéndolo con violencia, pasó por él los ojos, y se encontró con la carta de la criolla, que venía á decirle:

«No es sueño, no es sueño.»

Entónces arregló el desórden de su vestido, compuso sus cabellos, tan desordenados como sus pensamientos, apaciguó su semblante alterado, y sonriéndose casi afablemente tomó el gaban, cogió el sombrero y salió á la calle.

Eran las nueve de la mañana, hora en que empiezan á desperezarse en Madrid las personas que no hacen absolutamente de la noche dia, y que, por consiguiente, no tienen á esa hora costumbre de recibir visitas. Así es que Miguel encontró á Matusalem en la cama.

Sentóse en ella el amigo sorprendido, y mirando á Lanuza de hito en hito exclamó:

— ¡Qué demonio te trae por aquí á estas horas!

— Me trae, dijo Miguel, un asunto de todos los demonios.

— No me asustes..... eres muy capaz de haber armado camorra con..... pues, con cualquiera, y vienes, de seguro, á que yo sea uno de tus testigos.

— No, replicó Miguel, no se trata de eso,

aunque no deja de ser un lance de honor.

— Ó explícate con más claridad, ó espera que acabe de despertarme á ver si te entiendo.

— Levántate y me entenderás.

— Matusalem saltó de la cama, y en medio minuto, envuelto en magnífica bata, ocultos sus piés en soberbias babuchas, estuvo en disposición de oír atentamente el raro suceso que sin duda iba alguna á contarle su amigo.

— Vamos, dijo, ¿de qué se trata?

Sacó Miguel la arrugada carta que Mercedes había puesto en su mano, y desdoblándola miró á su amigo, diciéndole:

— Sentémonos y oye.

Los dos amigos se sentaron uno enfrente de otro delante de la chimenea, y Miguel leyó lo que sigue:

«Hace mucho tiempo que el Duque perseguía con cariñosas intenciones á una pobre criatura, hermosa como un ángel; mas sus promesas eran desoidas, sus juramentos desechados, sus dádivas rechazadas: todos los encantos de que puede vanagloriarse una re-

finada seducción eran empleados inútilmente, estrellándose en una virtud rara, en una inocencia terca y en un amor..... de boardilla.

» Nada irrita tanto la justa vanidad de un seductor como la resistencia; y empeñada toda la vanidad del Duque en esta empresa, se hizo para él caso de honor, cuestion de honra. No desesperaba de vencer al fin y al cabo tan obstinada virtud y tan rebelde inocencia, cuando supo que tenía un rival.....

» Semejante circunstancia daba más mérito al éxito de la hazaña: un rival es un incentivo..... Entónces concibió el proyecto de perderlo á él para triunfar de ella. Él era un pobre muchacho sin experiencia, vió que todo un Duque le tendía la mano, y se apresuró á cogerla, sin tomarse el trabajo de buscar la explicación de tan inopinada fortuna. El mundo con todas sus seducciones no era sin duda bastante para romper los tiernos vínculos con que al amor había unido estrechamente aquellos dos corazones, y una mujer brillante, célebre por su belleza y por su fausto, consumó la obra, y el pobre mucha-

cho, desvanecido, cayó á los piés de la Marquesa, y la pobre muchacha, desesperada, cayó en los brazos del Duque: lo que no pudo conseguir la seducción lo hizo el despecho.

»¿Qué le parece á V. esta historia?»

Miguel se detuvo aquí para ver el efecto que había causado en Matusalem lo que acababa de leer; pero éste, rascándose la cabeza con mano distraída y mostrando en el semblante la más candorosa sorpresa, le dijo:

— Continúa, continúa.

Dió Miguel salida á un profundo suspiro, más de cólera que de pena, y siguió leyendo de este modo:

«Así me explico yo el viaje repentino y la larga y misteriosa ausencia del Duque..... Así comprendo á la vez cómo su secretario íntimo no ha merecido la confianza de semejante secreto..... Así veo, como la cosa más natural del mundo, el empeño de la Marquesa en disipar todas las suposiciones, atribuyendo á una simple locura de su hermano lo que es una verdadera infamia, de que ella misma es cómplice.

»Siempre he sentido hácia el Duque una

pertinaz repugnancia; pero ¡ah! comprendo muy bien que mis trescientos mil duros de renta sean el premio de su insigne hazaña. La Marquesa es indudablemente de mi mismo parecer, y notando la particular y estudiada preferencia con que..... hablemos francamente..... con que le he distinguido á V., es muy capaz de casarse con el secretario del Duque por asegurarle á su hermano la pingüe felicidad de mi fortuna.

»Escribo esto porque me enoja conservarlo en la memoria, porque despues de escrito pienso olvidarlo para siempre, y aprovecharé la primera ocasión que se me presente para poner en sus manos los renglones que estoy escribiendo, porque es un secreto que le pertenece, y porque para mí sería insoportable hablar de semejante asunto.»

Aquí terminó la lectura, y ambos amigos se quedaron mirándose sin pronunciar palabra, hasta que al fin Matusalem, despues de muchos gestos y muchas contorsiones, rompió el silencio diciendo:

— Phs..... es una diablura..... una venganza de la criolla..... Bah, las mujeres son

terribles; pero, al fin, de esas cosas suceden todos los dias..... Por lo que ahí se ve te han engañado como á un chino..... pero ¡qué se le ha de hacer! Echa esa carta á la chimenea, cástate con la Marquesa y deja correr la bola.

—¡Jamás!..... exclamó Miguel furioso.

—No te alteres, replicó Matusalem..... es claro que á nadie le hace gracia servir de instrumento y ser juguete de otro..... y no me sorprende que la cosa te llegue á lo vivo; pero no hay motivo para echar los trastos por la ventana. Además, ¿qué se hace en este caso?

—Mi primer pensamiento, dijo Miguel apretando los puños, fué saltar al jardín, penetrar en el pabellon, subir al cuarto de la Marquesa y ahogarla entre mis manos.

—¡Qué bruto!..... exclamó Matusalem aterrado..... eso hubiera sido una barbaridad..... ¡Demonio! hubiéramos hecho entonces buen negocio.

—Despues pensé más tranquilamente que era mejor condenarla al castigo del desprecio y reservarme para arreglar mis cuentas con el Duque.

—Eso es más juicioso; pero, vamos, ¿qué cuentas vas á arreglar con el Duque? porque no conviene sacar las cosas de quicio..... Si se ha llevado á tu ángel, es porque tú la dejaste ántes..... con más razon puede él decirte: Caballero, V. ha seducido á mi hermana.

Miguel bajó la cabeza y se mordió los labios, y Matusalem prosiguió diciendo:

—Esto no quita para que á tí interiormente te lleven todos los demonios, porque, al fin, la broma es pesada..... pero un escándalo te conviene á tí ménos que á nadie.

—El escándalo es inevitable, replicó Miguel, porque la Marquesa ha procedido traidoramente conmigo, ha sido cómplice de la traicion de su hermano y me ha fingido un amor que no siente. ¡Ah, si vieras con qué claridad lo veo todo!..... Tendrémos una explicacion y la dejaré confundida.

—¡Una explicacion con ella! exclamó Matusalem llevándose las manos á la cabeza. Infeliz, entonces estás perdido..... Tú tienes una evidencia que no puedes probar, y hay acusaciones que no se pueden lanzar sin

pruebas..... Ella te confundirá á tí con su indignacion, te desarmará con sus lágrimas, y tú, sin poder desechar la profunda sospecha que te muerde en el alma, acabarás por pedirle perdon de tus palabras.

— En ese caso, dijo Miguel, ¿qué es lo que quieres?..... ¿que calle? ¿que oculte mi indignacion y mi desprecio dejándola gozar tranquilamente de su doblez y de su perfidia?..... ¡Ah! eso es imposible..... el rompimiento es inevitable.

— No me opongo al rompimiento, replicó Matusalem, porque considero que tú has perdido por completo la confianza en su sinceridad; pero ha de ser un rompimiento sin escándalo..... Tienes en la mano un nudo muy difícil de desatar..... pues bien, córtalo; eso hizo Alejandro.

— Pero, sin una explicacion, ¿cómo es posible cortar este nudo?

Matusalem se encogió de hombros y dijo:

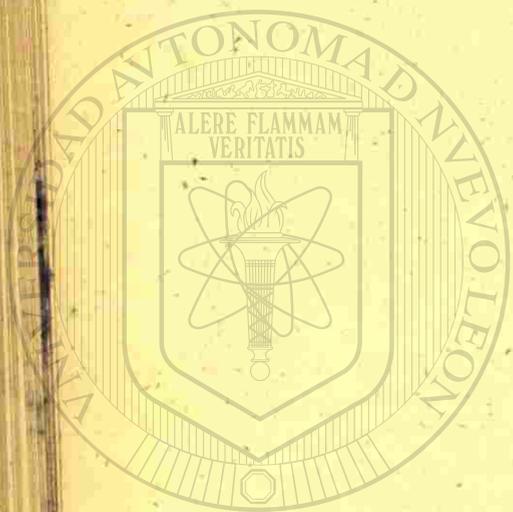
— En cuanto al Duque, yo le jugaria una broma tan pesada como la suya..... y que me parece no te ha de costar mucho trabajo

conseguirlo. Él te quitó..... ¿Cómo se llamaba.....?

— Magdalena, contestó Miguel suspirando con toda su alma.

— Pues bien..... él te quitó á Magdalena, quítale tú á Mercedes..... y sales ganando; porque al fin trescientos mil duros de renta no suelen caer por la chimenea..... es una revancha soberbia, un golpe maestro..... y una doble venganza..... Cabal..... y eso hace urgente el rompimiento con la Marquesa, é indispensable que sea un rompimiento original, digno de tí, fino y tremendo. Una calaverada llena de juicio, una salida hábil y franca que encante á Mercedes, anonade á la Marquesa y cierre todo camino á peligrosas explicaciones..... Piensa..... piensa en ello.

Miguel tomó en la butaca en que se hallaba sentado la posicion del hombre que va á entregarse á una meditacion profunda, y Matusalem se quedó contemplándolo, poco más ó ménos como el gato astuto contempla al pájaro que ha caído en el lazo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO X.

Cómo el poema de la Marquesa encuentra
su natural desenlace.

El teatro adonde nos llama el curso natural de los sucesos que refiero, representa una sala ricamente amueblada; los huecos de los dos balcones por donde entra la luz del día cuando no es de noche, se ven ocupados por dos preciosas jardineras, cuyas tímidas flores, inmóviles sobre el verde oscuro de las hojas, parecen asombradas, sin acertar á explicarse qué especie de naturaleza es la que las rodea, qué mundo es en el que se encuentran.

El arrasado papel que viste las paredes ofrece una curiosa combinación de dibujo que le da un doble aspecto, pues no se sabe á punto cierto si es fondo blanco con ramos

azules ó fondo azul con ramos blancos; unas veces parece lo primero y otras veces lo segundo; la alfombra y el techo se corresponden de tal modo que forman un doble cielo, pues ambos presentan el fondo azul sembrado de menudas estrellas; dobles cortinas cubren los huecos de las puertas, cayendo en abundantes pliegues, que interrumpen caprichosamente las anchas listas azules y blancas horizontalmente interpuestas, que brillan con todo el esplendor de la seda.

Blanca y azul es también la tapicería que cubre el sofá, los sillones y las butacas; de Venecia son las lunas de los espejos; de bronce los candelabros; de porcelana los jarrones; las mesas descansan sobre garras de león que muerden la alfombra con sus uñas doradas; un velador de cedro, enriquecido con finísimas molduras, ocupa el centro de la estancia; el piano tiende su larga cola junto á la pared, sobre la que destaca sus oscuras formas, como si la música fuera un misterio. Las teclas de marfil y de ébano marcan las notas alegres y las notas tristes, como si quisieran demostrar que en el mundo van en

todo mezcladas la alegría y la tristeza.

Es la habitación que la Marquesa llama su saloncito de primavera, en el que recibe á sus amigos, las noches que recibe, cuando el invierno va ya de capa caída..... En efecto, el ambiente que en esta fresca estancia se respira es tibio, merced al fuego que arde tranquilamente en el fondo de la chimenea, desmintiendo la fría temperatura que se respira en la calle.

El gas que arde en el seno de las bombas de cristal cuajado, sostenidas por los cuatro brazos de bronce que tiende la lámpara pendiente del techo, ilumina el pequeño salón con esa luz igual, viva y pálida, que no es tan alegre como la del sol, ni tan triste como la de la luna, y que sirve, sin embargo, para hacer de la noche día; porque el gas es el sol del siglo XIX, sol que, en oposición al de la naturaleza, sale al oscurecer..... No es el sol de los campos ni de las montañas, que reparte por igual sus generosos rayos sobre la redondez de la tierra, sino el sol de las grandes ciudades, que ilumina las plazas, los salones y los teatros á peso de oro.

Cuatro personajes tenemos en escena, que nombrados por su orden son los siguientes: Luisa, Mercedes, Guillen y Alejandro.

La conversacion que, si es posible decirlo así, traen entre manos, es la siguiente:

La Marquesa (acariciando la mano de Mercedes, que tiene entre las suyas). Señor don Alejandro..... Esta noche hace un mes justo que mi bella Mercedes obtuvo un verdadero..... ¿Se acuerda V.?

Matusalem (componiéndose la corbata). Sin duda alguna, lo recuerdo perfectamente, y recuerdo más todavía..... recuerdo que usted, con ese golpe de vista que no es posible negarle, vaticinó el triunfo, diciendo: La virgen América matará esta noche de celos á la vieja Europa.

La Marquesa (sonriendo). Es cierto; mas no quiero que me gane V. á memoria, y á mi vez recuerdo que aquella misma noche tuvo V. la bondad de darme un consejo, que he cumplido al pié de la letra. Hoy hace treinta días, y ya soy dueña de mi secreto.

Matusalem. Confieso que es V. invencible en todo; ha sabido seguir un consejo y guar-

dar un secreto, y es cuanto se puede pedir á la discrecion más consumada.

Mercedes (reclinándose en su butaca). Hola, consejos y secretos.

La Marquesa. Sí; este buen señor tiene tambien sus pretensiones literarias, y mira tú qué capricho: me aconsejó que guardara por un mes el secreto de mi poema.

Mercedes. Ah..... sí, tu poema.....

Guillen. Oh, oh..... un poema.....

Matusalem. Ni más ni ménos. La Marquesa, que es la criatura más espiritual que conocemos, puso hace dos meses en espectacion al mundo, encerrándose en el seno de su casa como suele el sol esconderse entre las nubes; semejante eclipse produjo naturalmente la más profunda oscuridad, y todos íbamos á tientas buscando la causa de reclusion tan inesperada, achacando el caso á todo género de suposiciones, sin que nadie cayera en la cuenta de que necesitaba la soledad más profunda y el más completo reposo para urdir la delicada trama de un poema. Al mes tuvo terminada la obra y abrió sus salones, y el mundo se precipi-

tó en ellos á ver..... claro está..... á ver el sol..... de cuyos brillantes rayos habia ca-
recido por espacio de treinta dias consecuti-
vos.

Mercedes. Se necesita un gran genio para
urdir en solo treinta dias la trama de todo
un poema. ¿Es verdad, doctor?

Guillen. Señora, los talentos superiores se
encuentran esas cosas hechas. Miéntas un
sabio necesita medio siglo para dar con el
secreto de alguna verdad científica, un poe-
ta se encuentra un poema de manos á boca
al volver de una esquina. Pásmense ustedes.
Cuatro siglos próximamente ántes que New-
ton descubriera el grano de anís de la gravi-
tacion universal, Dante la habia adivinado,
encontrándosela..... ¿dónde dirán ustedes?.....
es curioso, en el último rincon del infierno.
Cuesta mucho estudio y muchos años ad-
quirir ciencia, pero tener talento creo yo que
no ha de costar trabajo ninguno. ¿Es verdad,
Marquesa?

La Marquesa. En honor de la verdad
debo decir que yo he necesitado dos meses
para redondear el pensamiento, y que, lo con-

fieso francamente, anudar el último hilo me
ha costado mucho trabajo.

Matusalem (tosiendo). Y añada V. á eso las
correcciones indispensables que siempre hay
que hacer, porque no siempre se ven las co-
sas del mismo modo; y cuantas veces ocurre
que es preciso variar el principio, porque el
nudo no está bien hecho; ó lo que es más
frecuente, variar el final, porque los finales
son terribles; el arte reclama que sean natu-
rales é inesperados, y eso debe ser muy difícil.

Mercedes. Me parece á mí que la Mar-
quesa, que ha sabido imaginarlo y tejerlo, no
habrá omitido estudio ni observacion para
darle felizmente la última mano.

La Marquesa. Sí, niña mia; he puesto
en esta tarea mis cinco sentidos..... y ¿qué
quieres?..... (*riyéndose á carcajadas*), vanidad
de autor..... cuento con un éxito seguro.

(*Matusalem y Mercedes se miran un mo-
mento.*)

Guillen (dirigiéndose á la Marquesa). ¿De
manera que es obra concluida?

La Marquesa. Concluida..... no falta más
que darla á luz.

Matusalem. Aplaudirémos.....

La Marquesa (completando la frase). A rabiar, así lo creo.

Mercedes (mordiéndole suavemente la punta de su pañuelo). ¿Y lo darás á luz muy pronto?

La Marquesa. Muy pronto.

Guillen (con aire meditabundo). Estoy pensando que va á causar una gran sorpresa.

La Marquesa. Mucha.

Mercedes. Cúentanos el argumento.

La Marquesa. Ten paciencia, querida mía..... esas narraciones anticipadas suelen desvirtuar el efecto, porque quitan la sorpresa, pierde la obra la novedad necesaria y se compromete el éxito.

Matusalem. Paciencia, señorita, paciencia..... á la Marquesa le interesa mucho el éxito de su obra, y esto es muy respetable. (El reloj que late acompasadamente sobre el mármol de la chimenea, señala las diez con su aguja de oro, y el timbre oculto detras de la esfera suena diez veces consecutivas en iguales intervalos, como quien añade la palabra al gesto. Hace la Marquesa un movimiento de impaciencia, y Matusalem continúa diciendo:)

Acaso..... y sin acaso..... nadie tiene tanto interes como la Marquesa en que su obra sea conocida y el éxito un hecho consumado; mas comprende que..... (En este momento se alza suavemente la cortina que cubre, digámoslo así, la puerta del fondo, y aparece Miguel, que se detiene.)

La Marquesa. Adelante, adelante. Llegá usted á tiempo.

Miguel adelantando. ¡Qué ocurre, qué ocurre!

(Matusalem y Guillen se ponen de pié mientras Miguel saluda primero á la Marquesa y despues á Mercedes.)

La Marquesa. Ocorre que.....

Mercedes (con infantil viveza.) Se trata del poema de la Marquesa, del cual deberá usted tener noticia.

Miguel. En efecto, tengo una idea; y si atendemos al superior talento de la Marquesa, debe ser una obra de arte muy bien conducida, aunque se le encuentre algun defecto.

La Marquesa. ¡Cuál!

(Miguel se detiene reflexionando.)

Guillen (sentenciosamente). Todas las obras humanas son defectuosas.

Mercedes. Veamos, veamos ese defecto.

Matusalem. Voy á permitirme una observacion. Nos será imposible apreciar justamente el valor del defecto si no conocemos ántes la intriga, digámoslo así, en que se funda el argumento.

Guillen. La observacion no puede ser más oportuna; porque, en verdad, para que un ciego comprenda que el sol tiene manchas es preciso que lo vea. (*Dirigiéndose á la Marquesa.*) Y aquí tiene V., señora, una razon crítica de primer orden, que desvanece de antemano la sombra de ese defecto, que el señor Lanuza encuentra á su poema. Las manchas de que hablo no le quitan al sol el privilegio de ser una obra maestra.

La Marquesa. Muy bien, doctor; tiene usted una lógica irresistible, y es una lástima que haya enfermedades tan poco razonables que no se dejen convencer; pero es el caso que estos señores han picado mi amor propio de autora y..... (*riyendo á carcajadas.....*) no voy á dormir tranquila si no se

aclara el punto en una discusion académica. Felizmente los amigos nos han abandonado esta noche y podemos entregarnos á una conversacion, que, por lo que voy viendo, no dejará de ser luminosa. Vamos, Miguel, usted tiene la palabra.

Mercedes. Permíteme, querida mia, pero el argumento es lo primero.

Matusalem. Oh, sí, el argumento es indispensable.

Guillen. Sin duda hay que proceder con conocimiento de causa.

La Marquesa (sonriendo). El argumento es sumamente sencillo. Imagínense ustedes..... un amor.....

Matusalem. Un amor enteramente original.....

Guillen. Eso es de cajon.

La Marquesa. Hé ahí todo el argumento. ¿Qué les parece á ustedes?

Mercedes. De manera que no habrá más que dos personajes.

La Marquesa. Dos.

Guillen. Y es bastante. Adan y Eva.

Miguel. Y no hay que temer que la crí-

tica intolerante encuentre pobre el argumento..... Yo supongo que habrá V. desplegado todas las galas de su ingenio; yo sé que el amor se presta á muchas nuevas y variadas combinaciones. Atala y Chactas, Pablo y Virginia son ejemplos del partido que una imaginacion rica y un corazon delicado pueden sacar de ese sentimiento, acerca del que solemos engañarnos muchas veces..... Mas, ó yo desconozco por completo la índole del talento de que V. dispone, ó indudablemente ha seguido en su obra un rumbo distinto. Por de pronto, me inclino á creer que hay en medio de la sencillez primitiva del argumento un gran artificio.

La Marquesa. Explíquese V.

Miguel. Imagino yo que nuestra heroína no ha de ser ni tan salvaje como Atala, ni tan inocente como Virginia; su amor será más culto, más erudito, si me es permitido decirlo así. Parto del supuesto de que se trata de una mujer de mundo, para quien el amor es un pasatiempo, un capricho, una conquista, y en ese caso calculen ustedes el juego que puede dar toda la traviesa coque-

tería de una mujer hermosa, experta y seductora..... qué género de sorpresa, de temores, de esperanzas y de deseos podrá despertar en el corazon del hombre que haya elegido su ociosidad, su interes ó su capricho; y aquí tienen ustedes una serie interminable de situaciones tiernas, en que ella, como siempre, hará su papel admirablemente, pasando con habilidad suprema del abandono á la resistencia, de la confianza á la reserva, de la timidez á la audacia, de la sonrisa á las lágrimas; que, en fin, agotados los recursos de la comedia, del drama y de la tragedia, pondrá á la inmensidad de su amor el obstáculo inmenso de las murmuraciones del mundo, la dificultad insuperable de su decoro comprometido. Hé aquí por qué, conociendo y estimando en todo su valor los grandes recursos de que dispone la amena imaginacion de la Marquesa, desafio á la crítica más descontentadiza á que no reconozca en la obra de que hablamos el doble mérito de la sencillez y del artificio.

Guillen. ¡Magnífico!

Mercedes. Oh, esto es muy interesante.

Matusalem. Yo estoy con la boca abierta.

La Marquesa. Verdaderamente no sé qué hacer con tantos aplausos anticipados, y voy á erigirme en censor de..... de mi propia obra. Supongo que no se me negará este derecho.

Guillen. De ningun modo.

Mercedes. Lo tienes, pero úsalo con prudencia.

Matusalem. Oigamos, porque ahora debe entrar lo bueno.

La Marquesa. Supongamos que la mujer cuyo retrato acaba V. de bosquejar es, en efecto, mi..... mi personaje, y en ese caso es forzoso admitir que el empleo artificioso de tantas seducciones debe tener un objeto extraordinario, una ambicion desmedida, una codicia desatentada ó una vanidad incomprendible, de forma que el otro personaje debe ser, cuando ménos, el gran Tamberlan de Persia, ó el mismo Emperador de todas las Rusias; bello como Apolo, poderoso como Júpiter, rico como Creso; de otra manera no se justifica ni el pasatiempo ni el capricho de mi heroína. Ahora bien, el gran Tamber-

lan de Persia, el Júpiter, el Apolo y el Creso, es un simple mortal, á quien yo he supuesto nobleza de corazon, superioridad de alma; esa grandeza en las acciones, en los pensamientos y en las palabras que distinguen á los hombres de verdadero mérito del vulgo de los hombres, pero que ni es rico, ni poderoso, ni más bello que otro cualquiera..... un hombre oscuro para el mundo, perdido en las últimas sinuosidades de la sociedad..... Mi heroína, pues, no tiene piés ni cabeza al pensar en semejante conquista, ó hay que convenir en que está verdaderamente enamorada, y en tal caso..... señor de Lanuza, desaparece todo el artificio de la mujer, quedando únicamente la sencillez del afecto.

Miguel. La objeccion sería incontestable verdaderamente, si para poner en movimiento la vanidad de una mujer fuera absolutamente indispensable ser Júpiter, Creso ó Apolo, cuando en realidad basta que haya otra mujer por medio. (*La Marquesa hace un movimiento como queriendo interrumpirle, y él sigue.*) No es éste precisamente el caso que

yo supongo; hay otros varios que puede sacar á relucir la coquetería de la mujer más seductora para deslumbrar al hombre más insignificante.

La Marquesa. Venga un caso.

Guillen. Con uno basta.

Mercedes. Tal vez sea muy difícil encontrarlo.

Matusalem. Ahora lo veremos.

Miguel (reflexionando). Supongamos que en su calidad de heroína es una mujer fuerte, pero no tanto que no tenga alguna debilidad. Imaginemos una..... una cualquiera..... por ejemplo, démosle un hermano, cosa bien natural, y convengamos en que es débil con su hermano. Este hermano se empeña en un lance de amor que le tiene sorbido el seso y en el cual ha comprometido toda su fama de galanteador invencible, y lo que más lo desespera es que tiene un rival..... un rival venturoso, un rival que es preferido; el obstáculo es serio, y el pobre hermano está á punto de volverse loco..... y le ocurre la idea de tenderle el lazo de su amistad, y el otro pobre cae en el lazo. (*Matusalem se muere de los*

labios.) Lo lleva á su casa y lo mete en su corazón; pero esto no es bastante, porque el rival continúa siendo un obstáculo insuperable..... Entónces la hermana se interpone..... pues, y el hermano triunfa. ¿No es éste un caso?

Guillen. Muy posible.

Matusalem. Posible sí, pero no frecuente.

Mercedes. ¿Qué te parece á tí, Marquesa?

La Marquesa. Me parece que ese rival, que tan fácilmente se deja seducir por otra mujer, no vale la pena de ser seducido.

Matusalem. Oh, eso es muy humano.

Guillen. Ya lo creo. No se encuentra en la historia un hombre más fuerte que Sanson; pues bien, Dálila le cortó el cabello, y la fiera se convirtió en un cordero.

La Marquesa. Sí; pero Sanson, ciego, fué al templo, se asió á las columnas y aplastó á todos sus enemigos.

Miguel. Yo, en el caso que acabo de exponer, sería más generoso. Me acercaría á la mujer que de ese modo me hubiese engañado, y le diría: « Hermosa criatura—porque

es absolutamente preciso que sea hermosa— olvido tu amor como si jamas hubiera existido, pero tambien del mismo modo olvido tu ofensa.»

La Marquesa. ¿Así terminaria V. la especie de poema que nos ha contado?

Miguel. Así, porque ése es su natural desenlace, y no hay otro.

(La Marquesa hace un movimiento por medio del que indica que va á hablar, pero debe oírse un ruido repentino en el interior de la casa, que llama su atencion, y se detiene escuchando. Todos hacen lo mismo.)

Guillen. Algo ocurre por ahí fuera.

Mercedes. En efecto, parece que á la vez hablan todos los criados.

Matusalem (levantándose, acercándose á la puerta y escuchando). El ruido se aproxima.

La Marquesa. Doctor, llame V. y veamos qué es esto.

(Guillen coge el cordon de seda azul y blanco que cuelga junto á la chimenea, al mismo tiempo que levantándose la cortina de una de las puertas, aparece un nuevo personaje.)

Mercedes. ¡Ah!.....

Guillen. ¡Demonio!

Matusalem (acercándose al nuevo personaje y abrazándolo). No hay duda!

Miguel (inclinándose hácia la Marquesa). Señora, ahí tiene V. á su hermano.

La Marquesa. Sí, caballero.

El Duque (despreñdiéndose de los brazos de Matusalem y adelantándose). Querida hermana, acabo de llegar y he subido á abrazarte. No hubiera podido dormir sin este requisito. *(Reparando en Mercedes.)* Pero ¡ah! no sabía yo que estabas tan bien acompañada. ¡Señorita! *(saludando á Mercedes, que le contesta con fria cortesía.)* Insigne Alejandro, famoso doctor..... ¡Hola! Y aquí tambien mi buen secretario..... Esto es lo que se llama un delicioso *petit comité*. Mas..... juraria que no causa mi presencia el mayor regocijo. Hermana, estás excesivamente pálida..... y cruelmente muda..... Mercedes ni siquiera se muestra sorprendida..... el doctor parece que está á la cabecera de un moribundo..... Mi secretario *(contemplándole)* cualquiera diria que es otro..... y V., pequeño Alejandro..... ¿qué cara es ésa?

La Marquesa. No te esperábamos en este momento, y nos has causado una verdadera sorpresa.

Guillen. Una sorpresa semejante á la que nos causó su ausencia. Señor Duque, su desaparición hizo un efecto asombroso.

Mercedes. Un gran efecto; la Marquesa únicamente no participó de la emoción general..... no se habló de otra cosa en un mes.

Matusalem. ¿Y qué tal, qué tal ha ido por esos mundos?

El Duque. Muy bien. París es una delicia..... pero.....

Miguel (interrumpiéndole). Sí; por la Marquesa he sabido que ha sido V. muy dichoso en su viaje, pero que, cansado de tanta felicidad, se volvía.....

El Duque. Es cierto; así se lo escribí á mi hermana.

(Un criado levanta una cortina, da dos pasos y se inclina diciendo:)

«El coche de la señorita de Vegahonda.»

(Mercedes se levanta.)

El Duque. ¡Tan pronto!

Mercedes. Sí, amigo mio, ha llegado usted muy tarde.

El Duque. ¡Tarde, y aún no son las doce!.....

La Marquesa (besando á Mercedes, que se despide). Sí, Javier, es tarde.

Mercedes. Duque, le deseo una buena noche. Doctor, le recomiendo á V. á la Marquesa, á quien la inesperada presencia de su hermano ha puesto algo nerviosa.

El Duque. Hermana, ¿no te sientes bien?

La Marquesa (soltando una carcajada). Oh, me siento perfectamente.

Mercedes (saludando á Matusalem). Buenasnoches. *(Después saludando á Miguel.)*

Sr. Lanuza. (Hace una graciosa cortesía y sale seguida de la Marquesa y del Duque.)

Guillen (tomando su sombrero). Me parece que esto es asunto concluido.

Matusalem. Así parece.

Miguel. Así es.

Matusalem. ¿No habrá explicaciones?

Miguel. No. *(Cogiendo también su sombrero.)*

El Duque (entrando). Mi futura está re-

sentida conmigo..... tiene razon..... pero ya la convencerémos..... Ahora, querido secretario..... vámonos; tenemos que charlar mucho.

(La Marquesa entra sin ser notada.)

Miguel. Ay, señor Duque, no es posible..... nos va á separar un abismo.

El Duque. ¡Un abismo!

(Matusalem tira suavemente de la levita á Miguel.)

Miguel. Exactamente. Dentro de cuatro horas salgo de Madrid..... Voy á África, á la Argelia.

El Duque. ¡Demonio! ¡á qué!

Miguel. A dedicarme á la caza de leones.

El Duque. ¿De manera que me deja usted sin secretario?

(Matusalem ve á la Marquesa y se dirige á ella.)

Marquesa (á Matusalem en voz baja y apretando los dientes). Nunca.

Matusalem. Tendré paciencia.

La Marquesa. Es V. un infame.

Matusalem. Y V. una loca.

Guillen. Es un capricho que te puede cos-

tar caro..... la caza de leones es bastante peligrosa.

El Duque. Ya lo creo; como que no se dejan cazar tan fácilmente.

Miguel. Allá verémos.

La Marquesa (acercándose). Javier, tú des- pedirás á estos señores, porque yo me retiro.

Guillen. Nosotros tambien nos retiramos. Marquesa, buenas noches.

Miguel (inclinándose hácia la Marquesa y tendiéndole la mano). Señora.....

La Marquesa (irguiéndose y tocando la mano de Miguel con la suya). Caballero, muy buen viaje.

(Sale el Duque acompañando á Miguel y á Guillen, y Matusalem se acerca á despedirse de la Marquesa.)

Matusalem. Éste era el natural desenlace del poema.

La Marquesa. Éste es mi castigo.

(Llega Matusalem á la puerta, y con la cortina alzada se queda contemplando á la Marquesa con sonrisa de triunfo.)

La Marquesa. Me ahogaré mil veces ántes que exhalar un suspiro.

(Vuelve la cabeza, ve á Matusalem y suelta una sonora carcajada.)

Matusalem. Parece que celebra V. mi triunfo.

La Marquesa. Sí, lo celebro..... lo celebro con toda mi alma.

Matusalem. Gracias. *(Hace una reverencia y desaparece dejando caer la cortina.)*

FIN DEL LIBRO TERCERO.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO TERCERO.

	Páginas.
CAPÍTULO PRIMERO.—Dos problemas insolubles.	5
CAP. II.—La luna de miel.	29
CAP. III.—Empieza la araña á tejer de nuevo su tela.	61
CAP. IV.—La vieja Europa y la virgen América.	91
CAP. V.—Una visita que parece una aparicion.	123
CAP. VI.—Dos noticias interesantes que no tienen nada de particular.. . . .	155
CAP. VII.—Los amigos.	187
CAP. VIII.—Donde se come bien, se bebe mejor y se habla por los codos.	219
CAP. IX.—Un cuadro histórico.	251
CAP. X.—Cómo el poema de la Marquesa encuentra su natural desenlace.	277

FIN DEL ÍNDICE.

(Vuelve la cabeza, ve á Matusalem y suelta una sonora carcajada.)

Matusalem. Parece que celebra V. mi triunfo.

La Marquesa. Sí, lo celebro..... lo celebro con toda mi alma.

Matusalem. Gracias. *(Hace una reverencia y desaparece dejando caer la cortina.)*

FIN DEL LIBRO TERCERO.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO TERCERO.

	Páginas.
CAPÍTULO PRIMERO.—Dos problemas insolubles.	5
CAP. II.—La luna de miel.	29
CAP. III.—Empieza la araña á tejer de nuevo su tela.	61
CAP. IV.—La vieja Europa y la virgen América.	91
CAP. V.—Una visita que parece una aparicion.	123
CAP. VI.—Dos noticias interesantes que no tienen nada de particular.. . . .	155
CAP. VII.—Los amigos.	187
CAP. VIII.—Donde se come bien, se bebe mejor y se habla por los codos.	219
CAP. IX.—Un cuadro histórico.	251
CAP. X.—Cómo el poema de la Marquesa encuentra su natural desenlace.	277

FIN DEL ÍNDICE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA